



Introduccion.

I.

El Monte-Trueno.

Cerca de la márgen izquierda del Rhin á poco trecho de la imperial ciudad de Worma, y en el sitio donde tiene su origen el pequeño arroyo de *Selz*, comienzan las primeras montañas, cuyas elevadas crestas parecen huir hácia el norte, como una manada de búfalos, que se pierde en el inmenso Horizonte.

Estas montañas dominan enteramente un pais desierto, y parecen formar una respetuosa comitiva á las mas altas entre ellas. Cada una tiene su nombre que representa un recuerdo, ó una tradicion: llámase la una el *Sillon del Rey*, la otra *Piedra de los Rosales*, ésta la *Roca de los Halcones*, aquella la *Cabeza de la Serpiente*. La mas elevada de todas, la que esconde su frente de granito entre las nubes, coronada de ruinas tiene por nombre el *Monte-Trueno*.

A la hora vespertina, cuando los postreros rayos

del sol han dorado las erguidas cabezas de aquella dilatada familia de gigantes, diríase que el silencio baja poco á poco del cielo á la llanura, y que una mano invisible y poderosa estiende por el mundo, fatigado por el ruido y trabajo del día, ese inmenso velo azulado en cuyo fondo se ven brillar las estrellas. Entonces se verifica el cambio del día á la noche insensiblemente y el cielo y la tierra quedan envueltos en una muda quietud.

Solitario, en medio de este silencio, el pequeño arroyo de que hemos hablado, el *Selz*, sigue su misterioso camino á la sombra de los abetos de la ribera: y aunque ni el día ni la noche detienen su corriente, que va precisamente á perderse en el Rhin, que es su sepulcro, la arena de su cáuce es tan fresca, sus rocas tan tapizadas de musgo, que sus olas tranquilas, no dejan percibir el mas leve ruido desde Morsheim, en que toma su origen, hasta Freiwenheim, donde termina.

Un poco mas allá de su nacimiento, entre Albisheim y Kirchheim-Polaud, un camino tortuoso formado por las ruedas de los carrujes, conduce á Danenfels. Desde este sitio queda reducido el camino á una angosta senda que á su vez se estrecha y se pierde á la vista: ya no se encuentran mas que la inmensa pendiente del *Monte-Trueno*, cuya cima misteriosa, tantas veces abrazada con el fuego del Señor, que le ha dado su nombre, ocúltase detras de una muralla impenetrable.

Efectivamente, entrando bajo aquellos copudos

árboles, como las encinas de la antigua Dodona, el viajero puede seguir su camino sin ser observado desde la llanura aun en medio del día, y sin poder sentir las pisadas de su caballo; aun cuando fuese enjaezado de terciopelo y oro como el caballo de un rey, ni un solo reflejo de oro ó púrpura atravesaría el follaje: de tal modo embota el ruido de la espesura de la selva, y hasta tal punto estingue los colores la oscuridad de las sombras.

Hoy día que las más altas montañas se han trocado en simples observatorios: hoy que las leyendas más poéticamente terribles no despiertan más que una ligera sonrisa de duda en los labios del viajero, esta soledad atemoriza y hace mirar con respetuosa admiración esta parte de la comarca, donde alguna que otra pequeña casa de sencilla apariencia, muéstrase de tiempo en tiempo para dar testimonio de la presencia del hombre en aquel país.

Los habitantes de estas pequeñas casas extravíasadas en la soledad, son molineros que dejan muy satisfechos al río moler su trigo, y conducen su harina á Rockenhausen y á Alzay, ó bien pastores que llevan á pacer sus rebaños á las montañas, y se llenan de espanto juntamente con sus perros, al ruido de algún viejo abeto que se desploma en las sinuosidades de la selva.

Por que, á la verdad, las tradiciones del país son lúgubres, y el sendero que se pierde más allá de Daneñfels entre las malezas de la montaña, no siempre ha conducido buenos cristianos al puerto de su salvación.

De entre sus actuales habitantes, quizá habréis de uno que haya escuchado de boca de sus padres el relato que nosotros nos proponemos contar ahora.

El día 6 de Mayo de 1770, á la hora en que las aguas del gran río toman un blanco reflejo matizado de rosas, es decir, en el momento en que oculta el sol todo el Rhingand, por detras de la altísima aguja de la catedral de Stras-burgo, apareció poco mas allá de la aldea de Danenfels un hombre que venia de Mallenza, pasando por Alzay y Kirchheim-Poland: siguió la senda mientras esta fué visible y bajándose de su caballo cuando se borró enteramente, tomóle de la brida y lo ató al primer árbol de la temida selva.

Relinchó el animal con inquietud, y la selva pareció estremecerse con aquel ruido inusitado.

—Muy bien, dijo el viajero; vamos, no hay que tener miedo mi buen *Djerid*: ya llevamos andada una jornada de doce leguas, y tú al menos has terminado tu viaje.

Y el viajero procuró sondear con su vista la espesura: mas sin poder distinguir otra cosa que negras sombras. Acabado este examen infructuoso, volvióse hácia su caballo, cuyo nombre árabe revelaba á la vez su origen y buenas cualidades, y rodeando su cabeza con los brazos, la acercó á su boca diciendo:

—Adios, valiente compañero, adios, pues pues tal vez no nos volveremos á ver.

Y estas palabras fueron acompañadas de una rápida ojeada que dirigió en rededor, como si hubiera temido ó deseado que le escuchasen.

Sacudió el caballo sus sedosas crines, golpeó el suelo y relinchó como si presintiese la venida del leon en el desierto. Pero esta vez se contentó el viajero con menear su cabeza con una sonrisa que equivalia á decir:

«Tienes razon. *Djerid*, el peligro está próximo.»

Mas decidido sin duda á no combatir este peligro el desconocido aventurero sacó de la silla dos hermosas pistolas, las descargó y esparció la polvora por el suelo.

Terminada esta singular operacion, volvió á colocar las armas en sus pistoleras. Cesia ademas una espada que se quitó de la cintura, y la colocó sobre la silla sujetándola con los estribos; sacudió sus empolvadas botas, se quitó los guantes, metió la mano en sus bolsillos, y encontrando en ellos un cortaplumas y unas tijeras, los arrojó uno despues de otro sin tomarse siquiera la molestia de mirar á donde iban á caer.

Por último, despues de haber pasado dos ó tres veces la mano por el lomo del caballo, tomó aliento dilatando su pecho cuanto pudo; buscó inutilmente una senda cualquiera y se internó á la aventura en la espesa selva.

Este es, á no dudarlo, el momento oportuno de dar á nuestros lectores una idea exacta del viajero que hemos hecho aparecer á su vista, y que está destinado á representar un papel muy importante en el discurso de nuestra historia.

Tendria el atrevido aventurero, al parecer, como unos treinta á treinta y dos años; era de elevada estatura, y de una fisonomia que anunciaba á la vez la destreza y la fuerza. Vestia una especie de casaca de viaje, de terciopelo negro con botones de oro; veíase asomar por debajo una chupa bordada, y un pantalon ajustado ceñia sus piernas, que hubieran podido servir de modelo al mas escrupuloso estatuario, y cuya forma elegante se adivinaba aun al traves de las botas de cuero barnizado.

Su rostro, que tenia toda la viveza de los tipos meridionales, revelaba una mezcla singular de fuerza y de astucia; la mirada, que podia expresar todos los sentimientos, parecia penetrar hasta el alma de la persona á quien dirigia sus ojos. Sus morenas mejillas estaban acostumbradas sin duda á un sol mas ardiente que el de nuestro suelo; y su boca grande, pero bien formada, se abria dejando ver una noble fila de magnificos dientes, cuya blancura hacia resaltar aun mas el tinte moreno de su rostro. El pie era largo, pero de forma elegante, y la mano pequeña, pero fornida.

Apenas hubo andado unos cuantos pasos por la espesura el viajero, cuyo retrato acabamos de trazar, cuando volvió á escuchar las pisadas de su

cabalgadura. Su primera intencion fué la de volverse atrás, pero se detuvo; y no pudiendo resistir el deseo de adivinar la causa que motivaba su inquietud, se levantó sobre sus pies y dirigió su vista por entre las ramas. Arrastrado por una mano invisible que habia desatado su brida, *Djerid* habia desaparecido.

La frente de nuestro desconocido se contrajo ligeramente, y una cosa parecida á una sonrisa crispó sus mejillas; despues de lo cual continuó su camino hácia el centro de la selva.

Durante algunos pasos aun, el crepúsculo, penetrando por entre el ramaje, alumbraba su camino; pero bien pronto faltó esta débil claridad y se vió rodeado de una oscuridad tan densa, que temiendo sin duda el estraviarse, se detuvo.

—He llegado sin dificultad, dijo en voz alta hasta Danenfels, porque desde Mayenza á Danenfels, hay un camino, desde Danenfels hasta el Matorral-negro: porque desde Danenfels al Matorral-negro hay una senda; desde este último punto he podido llegar hasta aquí, porque aun cuando no habia ni camino ni vereda, la selva me guiaba; pero aquí ya es forzoso detenerme, puesto que nada veo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras en un dialecto mitad frances y mitad siciliano, cuando de repente apareció una luz como á unos cincuenta pasos delante del viagero.

—Gracias, continuó, gracias! ahora que hay luz puedo proseguir mi camino. Marchemos.

La luz siguió avanzando delante de él con un movimiento igual, sin oscilaciones ni sacudidas, como una de esas llamas fantásticas de nuestros teatros, subordinadas á la voluntad del maquinista.

Anduvo el viajero como unos cien pasos, cuando se estremeció creyendo oír á su lado un extraño ruido.

—No te vuelvas, dijo una voz que partía de su derecha, ó eres muerto.

—Bien, respondió sin pestañear el impassible viajero.

—Silencio! dijo otra voz que partía del lado izquierdo, ó eres muerto.

El desconocido se inclinó sin responder una palabra.

—Pero si acaso tienes miedo, dijo una tercera voz que como la del padre de Hamlet parecía salir de las entrañas de la tierra, si tienes miedo, vete, atrás; esto querrá decir que renuncias, y se te dejará volver libremente al punto de que has salido.

El viajero se contentó con hacer una señal con la mano, y continuó su camino.

La noche estaba tan oscura y la selva tan espesa, que á pesar de la luz que le prestaba su claridad, el viajero no podía avanzar sino á tientas. Por espacio de una hora la luz prosiguió adelantándose, y el viajero la siguió sin dar la menor muestra de temor.

Pero repentinamente desapareció.

Hallábase entonces el viajero fuera de la selva

Levantó los ojos y en el oscuro cielo se veían brillar algunas estrellas.

Continuó marchando en la dirección en que la luz había desaparecido, pero bien pronto vió levantarse ante sus ojos unas ruinas, espectro de un antiguo castillo, y tuvo que detenerse entre sus escombros.

Al mismo tiempo sintió deslizarse alrededor de sus sienes un objeto frío que tapó sus ojos, y desde entonces no pudo ver ni aun las tinieblas.

Una venda empapada en agua aprisionaba su cabeza: pero esto debía ser una cosa convenida de antemano, ó que al menos se la esperaba, porque no hizo el más ligero movimiento para quitársela; solamente tendió su mano hácia adelante, como hace un ciego que reclama un guía.

Este movimiento fué sin duda comprendido, porque en el mismo momento una mano fría, áspera y huesosa se agarró á los dedos del viagero.

Reconoció en aquella mano la de un esqueleto; pero si esta mano hubiera estado dotada de sentimiento, hubiera á su vez notado que la suya no temblaba:

El viagero entonces se vió arrastrado por aquella mano largo trecho, después de lo cual se separó de la suya, desapareció la venda y se detuvo: hallábase entonces sobre la cima del *Monte-Trucno*.



Ego annui qui annu.

En medio de un raso formado por abedules despojados de follaje y ramas en fuerza de su vejez, se elevaba la planta baja de uno de esos castillos arruinados, que los señores feudales alzaron en otros tiempos por toda la Europa al volver de las cruzadas.

Los pórticos, escultados con delicados adornos, entre cuyas cavidades, en lugar de las estatuas mutiladas y derruidas se destacaban agrupadas mazorcas de brezos y flores silvestres, dibujaban sobre un cielo descolorido sus ojivas mutiladas por el tiempo.

Al abrir los ojos el viajero se encontró ante las gradas del pórtico principal cubiertas de musgo y humedad: sobre el primer escalon estaba de pie la fantas-

ma de huesosa mano que le había conducido hasta allí. Cubriala un largo sudario desde la cabeza á los piés; sus inmóviles órbitas brillaban bajo los pliegues del mortuorio paño; y extendida hácia el interior de las ruinas su descarnada mano parecia indicar al viajero, como término de su viaje, una sala cuya elevacion sobre el nivel del piso impedía registrar su parte inferior, pero en cuyas ahuecadas bóvedas se veía rielar trémulo el resplandor de una luz misteriosa.

Inclinóse el viajero en señal de asentimiento. Subió la fantasma lentamente y sin ruido la gradearia y se internó en las ruinas; el desconocido la siguió con el mismo paso tranquilo y solemne á que había arreglado siempre su marcha, subió á su vez uno á uno los once escalones en que la fantasma le había procedido, y entró cerrándose en pós de él, tan ruidosamente como un muro vibrador de bronce, la puerta del pórtico principal.

Habíase pasado la fantasma á la entrada de una sala circular iluminada por tres lámparas que despedían verdinegros rayos.

A diez pasos de ella se detuvo el viajero tambien.

—Abre los ojos, dijo la fantasma.

—Ya veo, respondió el desconocido.

Sacando entonces con ademan pausado y altivo de entre su mortaja una espada de dos filos, golpeó la fantasma una columna de bronce que arrojó un sonido metálico.

En el momento, y en todo el circuito de la sala,

se alzaron las losas del pavimento y aparecieron innumerables fantasmas semejantes á la primera, armada cada una de espadas de doble filo, y tomaron asiento sobre gradas circulares en que reflejaba particularmente el verdeo resplandor de las tres lámparas, y donde aparecían incrustadas en la piedra por su impasible é inmóvil continente, cual estatuas sobre sus pedestales.

Cada una de estas humanas efigies se destacaba de un modo extraño sobre la negra coladura que cubria las paredes.

Ante la primera grada estaban colocadas siete sillas, y en ellas seis fantasmas que parecían jefes, hallándose vacante un asiento. El que estaba en el del centro, se levantó.

—¿Cuántos nos hallamos aquí reunidos? preguntó dirigiéndose á la asamblea.

—Trescientos, respondieron las fantasmas á una voz que retumbó en la sala, y que se apagó casi en el mismo punto en los tapices funerarios de las murallas.

—Trescientos, respondió el presidente de los cuales cada uno representa diez mil asociados; trescientas espadas que valen tres millones de puñales.

Volviéndose en seguida al viajero.

—¿Qué deseas? le preguntó.

—Ver la luz respondió este.

—Los senderos que conducen á la montaña de fuego son asperos y duros; ¿no temes entrar en ellos?

—Yo no temo nada.

—Si dais un paso adelante, no te será permitido volver atrás. Piénsalo bien.

—No me detendré hasta llegar al fin.

—¿Estáis pronto á jurar?

—Dictadme el juramento y lo repetiré.

—El presidente, levantó la mano, y con voz lenta y solemne, pronuncia las palabras siguientes:

—«En el nombre del hijo crucificado jurad romper los lazos carnales que os unen con vuestro padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, bienhechores y con todo aquel á quien hubierais prometido fe, obediencia, gratitud y obligacion.»

El viagero con voz firme repitió las paladras dictadas por el presidente, y este, pasando al segundo párrafo del juramento añadió con la misma lentitud y solemnidad.

—«Desde ahora estais libre del falso juramento hecho á la patria y á las leyes; jurad, pues, revelar el nuevo gefe que reconocis lo que habeis visto, ó hecho, leído ó entendido, deducido ó adivinado, y aun averiguar y expiar lo que no habeis visto.»

El presidente calló, y el desconocido repitió las palabras que acababa de oír.

—Honrad y respetad. *¡ agua tojana,* añadió el presidente sin cambiar de tono, como un medio pronto, seguro y necesario de purgar el globo con la muerte ó el embrutecimiento de aquellos que quieren envilecer la verdad ó arrancárnosla de las manos.

Un eco no hubiera reproducido mas fielmente que el desconocido estas palabras: el presidente continuó.

—Huid de España, huid de Nápoles, huid de toda tierra mallita, huya de vos la tentacion de revelar nada de lo que vais á ver y oír; porque el rayo no es mas pronto para herir que lo será vuestro castigo; donde quiera que esteis alcanzará el puñal invisible é inevitable.

Vivid en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A pesar de la amenaza que contenian las últimas palabras, hubiera sido imposible sorprender ninguna emocion en el rostro del desconocido que pronunció el fin del juramento y la invocacion postrera con un acento tan tranquilo como el principio.

—Y ahora, continuó el presidente, cedid la frente del neófito con la benda sagrada.

Dos fantasmas se acercaron al desconocido, que inclinó la cabeza; una de ellas le puso en la frente una cinta color de aurora, sembrada de caracteres plateados mezclados con la figura de nuestra Señora de Loreto; el otro le anudó los extremos en el nacimiento del cuello.

Despues se apartaron dejando de nuevo solo al desconocido.

—¿Qué pides? dijo el presidente.

—Tres cosas, respondió el recibido.

—¿Cuales?

—La mano de hierro, la espada de fuego, la balanza de diamante.

—¿Para qué quieres la mano de hierro?

—Para ahogar la tiranía.

—¿Para qué quieres la espada de fuego?

—Para arrojar al napuro de la tierra.

—¿Para qué quieres la balanza de diamante?

—Para pesar los destinos de la humanidad.

—¿Estás preparado para las pruebas?

—El fuerte está preparado á todo.

—¡Las pruebas, las pruebas! gritaron á un tiempo muchas voces.

—Vuélvete; dijo el presidente.

El desconocido obedeció y se encontró frente de un hombre pálido como la muerte, atado y con una mordaza.

—¿Qué ves? preguntó el presidente.

—Un criminal ó una víctima.

—Es un traïdor que ha revelado el secreto de la órden despues de haber hecho el mismo juramento que tú.

—Entonces es un criminal

—Sí, ¿que castigo merece?

—La muerte.

Los trescientos fantasmas repitieron.

—¡La muerte!

En el mismo instante el condenado, á pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, fué arrastrado hasta el fondo de la sala; el viajero le vió resistirse y torcerse en manos de sus verdugos; oyó silvar su voz al traves de la mordaza, brilló un puñal reflejando como un relámpago la luz de las lámparas y se oyó despues un

golpe seco y el ruido sordo y fúnebre de un cuerpo que cae desplomado al suelo.

—La justicia se ha cumplido, dijo el desconocido volviéndose hácia el espantoso círculo cuyos ávidos ojos habian devorado este espectáculo al través de los sudarios.

—Segun eso, dijo el presidente, ¿pruebas la ejecución que acaba de verificarse?

—Ciertamente, si el que acaba de morir era realmente culpable.

—¿Brindarás á la muerte de todo el que como él haga traición á los secretos de la santa asociacion?

—Brindaré.

—¿Cualquiera que fuese la bebida?

—Cualquiera.

—Traed la copa, dijo el presidente.

Uno de los verdugos se acercó entonces al neófito, y le presentó un licor rojo y tibio en un cráneo humano con pié de bronce.

El desconocido cogió la copa de manos del verdugo y alzándola por cima de su cabeza:

—Bebo, dijo, por la muerte de todo aquel que haga traición á los secretos de la santa asociacion.

Bajando despues la copa hasta sus lábios vació hasta la última gota, devolviéndola friamente al que se la habia presentado.

Un murmullo de espanto circuló por la asamblea y los fantasmas parecia que se miraban unos á otros al través de sus antifaces.

—Está bien, dijo el presidente, ¡la pistola!

Un fantasma se acercó llevando en una mano la pistola y en la otra una bala y una carga de pólvora:

El neólito apenas se dignó volver los ojos hácia aquel lado.

—¿Prometes obediencia pasiva á la santa asociación?

—Sí.

—¿Aun cuando esta obediencia fuese contra tí?

—El que entra aquí no se pertenece á sí propio, sino á todos.

—Segun eso, ¿obedecerás cualquier orden que te sea dada por mí?

—Obedeceré.

—¿En el mismo instante?

—Al instante.

—¿Sin titubear?

—Sin titubear.

—Toma esta pistola y cárgala.

El desconocido tomó la pistola, echó la pólvora en el cañon, la sujetó con un taco, y por último la cebó.

Todos los sombríos habitantes de aquella extraña morada le miraban con un silencio profundo, no interrumpido mas que por un ruido que hacia el viento al estrellarse contra los ángulos de los rotos arcos.

—Ya está cargada la pistola, dijo friamente el desconocido.

—¿Estás seguro de ello? preguntó el presidente.

Pasó por los labios del neólito una sonrisa, y sacando la baqueta la dejó caer dentro del cañon, escediéndole unas dos pulgadas.

El presidente se inclinó en señal de quedar convencido.

—En efecto, dijo, está cargada, bien cargada.

—¿Qué debo hacer con ella? preguntó el desconocido.

—A martillarla.

El desconocido lo ejecutó, oyéndose en medio del silencio que reinaba en los intervalos del diálogo el pitoneo del gatillo.

—Ahora, añadió el presidente, apoya en tu frente el cañon de la pistola.

El neófito lo ejecutó sin vacilar.

El silencio de la asamblea era mas profundo que nunca; las lámparas parecian palidecer, y las máscaras eran fantasmas en realidad, pues ni aun se oian respirar.

—¡Fuego! dijo el presidente.

La llave cayó, la piedra chispeó contra el espejuelo; pero solo ardió la pólvora del cebo, y ningun ruido acompañó á su escasa llama.

Un grito de admiracion se escapó de casi todos los pechos, y el presidente, por un movimiento instintivo, alargó la mano hácia el desconocido.

Pero no bastaban sin duda dos pruebas para los mas descontentadizos, y gritaron algunas voces:

—El puñal, el puñal.

—¿Lo exigís? preguntó el presidente.

—Sí, el puñal, el puñal, repitieron las mismas voces.

—Traed el puñal, dijo el presidente.

—Es inútil, repuso el desconocido, sacudiendo con desden la cabeza.

¡Cómo inútil! exclamó la asamblea.

—Sí, inútil, replicó el neófito con una voz que dominaba á todas las otras; inútil, os repito, porque perdeis un tiempo precioso:

—¿Qué deis? exclamó el presidente.

—Digo que sé todos vuestros secretos, que estas pruebas que me habeis hecho sufrir son juegos de niños, indignos de ocupar un instante á hombres graves. Digo que este hombre asesinado no está muerto, digo que la sangre que he bebido era vino encerrado sobre un olete colocado sobre su pecho y ocultó bajo sus vestidos: digo que la pólvora y las balas de esta pistola han caído en la culata cuando al montarla he levantado la válvula que lo impedía. Recoged vuestra arma impotente, buena para asustar cobardes. Levantate, cadáver falso, que tú no aterrarás á los fuertes de corazón.

Un grito terrible se alzó que hizo retremblar las bóvedas.

—¿Cónoces nuestros misterios? dijo el presidente, ¿eres un iluminado ó un traidor?

—¿Quién eres? preguntaron á una trescientas voces y al mismo tiempo veinte espadas brillaron en las manos de los mas cercanos y con un movimiento regular, como el de una falange egipcita se inclinaron y se reunieron en el pecho del desconocido.

• Pero él, sonriéndose, tranquilo, levantando la cabeza y sacudiendo su cabellera sin polvos y sogeta

por un liston que rodeaba su frente desnuda.

—*Ego sum qui sum*, dijo, *soy el que es*.

Después volvió sus ojos á la muralla humana que tan estrechamente le rodeaba, y á su dominadora mirada las espadas se bajaron con un movimiento desigual, segun la resistencia que oponian los que sufrieron aquella ojeada.

—Acabis de pronunciar una palabra imprudente, dijo el que presidia, y sin duda la has dicho porque desconocia su valor.

El extranjero sacudió la cabeza sonriéndose.

—He respondido lo que debo responder, dijo.

—¿Pues de donde vienes? preguntó el presidente.

—Vengo del pais donde nace la luz.

—Nuestras instrucciones anuncian que vienes de Suecia.

—El que viene de Suecia, puede venir de Oriente, replicó el extranjero.

—Por segunda vez: nosotros no te conocemos. ¿Quién eres?

—¿Quién soy?... En buen hora, contestó el desconocido; pronto os lo diré, puesto que no quereis comprenderme; pero antes quiero deciros quien sois vosotros.

Los fantasmas temblaron y sus espadas se chocaron al pasar de la mano izquierda á la derecha y al ponerlas á la altura del pecho del desconocido.

—Entonces, dijo el extranjero, señalando al presidente, tú que hablas que te creas un dios y que no

eres mas que un precursor, tú el representante de los círculos suecos, oírás de mi boca tu nombre para no tener necesidad de decir los de los demas. ¿Sivedemborg, los ángeles que hablan familiarmente contigo no te han revelado que alguno habia de llegar y que se habia puesto ya en camino?

—Es verdad, respondió el presidente, levantando su antifaz para ver mejor al que le hablaba, no lo han dicho.

Y el que contra los hábitos y ritos de la sociedad se habia descubierto mostró el venerable rostro y la blanca barba de un anciano de ochenta años.

—Bien, dijo el extranjero, ahora diré que el que está á tu izquierda es el representante del círculo inglés, el que preside la lója de Calcedonia; salud, mi lord: si corre por vuestras venas la sangre de vuestro abuelo, la Inglaterra puede esperar que se encenderá la luz apagada.

Bajáronse las espadas, y la cólera se cambió en asombro.

—¡Ah! sois, vos, capitán, continuó el desconocido dirigiéndose al último jefe colocado á la izquierda del presidente ¿en que puerto habeis dejado vuestro hermoso buque? Le amais como á una querida, es una fragata valiente. *La providencia*; su nombre honrará la America.

Despues volviéndose á la derecha.

—Vamos, profeta de Zurich, mírame el rostro, tú, que has elevado hasta la profecía la ciencia fisiológica di en voz alta sino están escritas en las lineas

de mi semblante las altas miras de mi misión.

Aquel á quien se dirigia dió un paso hácia atrás.

—Ola, continuó hablando con el mas cercano, descendiente de Pelayo, se trata de arrojar por segunda vez á los muros de España. Es bien fácil si los castellanos no han perdido la espada del Cid.

El quinto jefe permaneció mudo é inmóvil como si á la voz del desconocido se hubiera convertido en piedra.

—¿Y á mí, replicó el sexto, adelantándose al desconocido que parecia olvidado de él, nada teneis que decirme?

—Sí por cierto, respondió el viajero fijando en él una de esas miradas penetrantes que leen en los corazones; sí por cierto: diré lo que Jesus dijo á Judas y te lo diré bien pronto.

Aquel á quien se dirigia se puso blanco como su antifaz y al mismo tiempo un murmullo circuló por la asamblea como pidiendo cuenta de aquella extraña acusacion del neófito.

—¿Olvidas al representante de la Francia? dijo el presidente.

—No está entre nosotros, respondió con altivez el extranjero, y tú bien lo sabes porque está vacío su asiento. Ahora recuerdo que las ligaduras causan sonrisas al que vé en las tinieblas, al que obra en contra de los elementos, y vive á pesar de la muerte.

—Eres joven, replicó el presidente, y hablas con la autoridad de un Dios.—Reflexiona bien, porque la

audacia no atorle más que á los hombres sin resolución ó á los ignorantes.

Una sonrisa de estremo desden apareció en los labios del extranjero.

— Todos vosotros sois irresolutos, dijo, porque contra mí no podeis obrar: todos sois ignorantes, puesto que no sabeis quien soy, mientras que yo se quien sois vosotros; por consiguiente, con vosotros solo necesito de la audacia: ¿pero para qué lesirve el atrevimiento al que todo lo puede?

— Dadnos la prueba de ese poder, dijo el presidente, la prueba.

— ¿Quien os ha convocado? preguntó el desconocido, pasando de interrogado á interrogante.

— El círculo supremo.

— Sin duda no habeis venido sin objeto, dijo el extranjero volviéndose al presidente y á los cinco jefes, vos de Suecia, vos de Londres, vos de Nueva-York, vos de Zurich, vos de Madrid, vos de Varsovia, y vosotros, todos en fin, continuó dirigiéndose á la multitud de las cuatro partes del mundo, tambien habeis venido con objeto al santuario terrible de la fé.

— Ciertamente que no, respondió el presidente. Venimos ante el fundador de un misterioso imperio en Oriente que ha reunido los dos hemisferios en una comunidad de creencias y que ha enlazado las manos fraternales del género humano.

— ¿Y hay algun signo cierto por el que pudiesen reconocerle?

— Sí, dijo el presidente, y Dios se ha dignado revelármelo por medio de sus ángeles.

—¿Vos solo, según eso conocéis este signo?

—Yo solo lo conozco.

—¿No lo habeis revelado á nadie?

—A nadie del mundo.

—Decidlo en alta voz.

El presidente titubeó.

—Decidlo, repitió el extranjero, con tono de mando, decidlo, porque el momento de la revelacion ha llegado.

---Llevará sobre el pecho, dijo el gefe supremo, una placa de diamantes y grabadas en ellas las tres primeras letras de una divisa por él solo conocida.

---¿Cuáles son estas tres letras?

---L. P. D.

El extranjero separó con un movimiento rápido su redingot y su chaleco, y sobre su camisa de fina batista apareció resplandeciente como una estrella de fuego la placa de diamantes en la que brillaban las tres letras de rubies.

---El, gritó el presidente asombrado! ¿Será él!

---¿El, quien espera el mundo? digeron con ansiedad los gefes.

---¿El gran Copto? murmuraron trescientas voces.

---Bien, exclamó el extranjero con aire de triunfo ¡me creereis ahora cuando os repita por segunda vez: yo soy el que és?

---Sí, digeron las fantasmas prosternándose.

---Hablad, maestro, digeron el presidente y los cinco gefes, hablad y obedeceremos.



III.

L. P. Q.

Signió un silencio de algunos segundos, y durante él parecia que el estrangero reunia sus ideas; pasado el qual habló de esta manera.

—Señores, bien podeis envainar esas espadas que inutilmente teneis en vuestras manos, y escuchad con atencion quanto os voy á decir, porque en las pocas palabras que voy á deciros teneis mucho que aprender. El origen de los grandes rios es casi siempre divino, y esto es la razon porque nos es desconocido, véase sinó el Nilo, el Ganges y Amazonas; yo se á donde voy, pero ignoro de donde vengo. Lo único que puedo recordar es que el dia en que mis ojos se abrieron y vieron la primera luz, me hallé en Me-

dina, la ciudad sagrada, corriendo en los jardines del mufti Salihm.

«Era este un anciano venerable á quien respetaba como á mi padre y que sin embargo no lo era, porque aunque es cierto que me miraba con la ternura de tal no me hablaba sino con cierto respeto. Solia dejarme tres veces al dia en compañía de otro anciano, cuyo nombre no me atrevo á pronunciar sin una sensación de reconocimiento y miedo: este respetable anciano que poseía todos los conocimientos humanos, ilustrado por los siete espíritus superiores en todo lo que los ángeles aprenden para comprender el poder de Dios, se llamaba Althotas, él fué mi maestro y mi guía, y aun hoy dia es mi respetado amigo, pues tiene doble edad que el mas viejo de vosotros.»

«Cumpli los quince años, y me encontraba ya, y me hallaba impueto en todos los misterios de la sabia naturaleza: habia aprendido la botánica, y conocia perfectamente las sesenta mil familias de plantas que vejetan en todo el universo. Yo sabia, cuando mi maestro ponía sus manos sobre mi frente haciendo descender á mis cerrados ojos un rayo de luz divina, sabia por medio de una sobrenatural contemplacion hacer penetrar mi vista bajal sol del inmenso piélago y clasificar esas monstruosas é indescriptibles vegetaciones que flotan y se agitan sordamente bajo la capa cenagosa de sus aguas, sirviendo de cuna con sus gigantescas ramas á los esos terribles monstruos desconocidos al hambre y que Dios parece haber olvidado.»

«Habiáme además dedicado al estudio de las lenguas muertas y vivas, conociendo todos los idiomas que se hablan desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Magallanes. Leía los misteriosos geroglíficos escritos sobre esos libros de granito que llaman pirámides, y abarcaba todos los conocimientos humanos, desde Sanchoniaton hasta Sócrates, desde Moisés hasta san Gerónimo, desde Zoroastro hasta Agripa.»

«Estudié la medicina, no solo en Hipócrates, Galeno y Averroes, sino también en el gran libro que se llama naturaleza. Había sorprendido los secretos de los coptos y de los drusos, recogiendo las fatales semillas y las bienhechoras. Podía, cuando el simoon y el huracan pasaban sobre mi cabeza, entregar á su violencia desconocidas preparaciones que llevaban la muerte ó la vida á los países que yo había condenado ó bendecido, según dirigia hácia ellos mi rostro encolerizado ó risueño.»

«Entregado á estos estudios y trabajos, llegué á la edad de veinte años. Cierta día mi maestro fué á buscar me á la gruta de mármol en que me guarecía durante los grandes calores del día. Su semblante era severo á la par que dulce, y llevaba en la mano un frasco.»

—Acharat, me dijo, siempre me has oído decir que en el mundo nada nace ni muere, que la cuna y el sepulcro son hermanos, y que al hombre le falta unicamente, para ver con claridad las existencias pasadas, esta lucidez que le pondrá al nivel de Dios. y que una vez hallada, le hará inmortal como él,

Ahora bien, yo he encontrado la bebida que disipa las tinieblas, réstanos solo hallar la de la inmortalidad. Acharat, yo he bebido lo que aquí falta, bebe tú hoy el resto.

Tenia yo una gran confianza, y una sagrada veneracion para con mi maestro, y sin embargo, mi mano tembló al tomar en ella la bebida que Althotas me presentaba, como debió temblar la mano de Adan al tocar la fruta del árbol que Eva le ofrecia.

—Bebe, repitió tranquilamente; y yo lo obedecí.

Estendió entonces sus manos sobre mi cabeza, como acostumbra á hacer cuando queria dotarme momentáneamente del don de doble vista.

—Duerme, me dijo, y en el mismo momento el sueño se apoderó de mí. Entonces soñé que me hallaba acostado sobre un monton de sándalo y de aloes; un ángel que pasó á mi lado portador desde Oriente á Occidente de la voluntad del Señor, tocó con la estremidad de sus alas la leña sobre la cual me hallaba acostado, y principió á arder. Pero, cosa singular, en vez de causarme temor aquella brillante llama, me tendí voluptuosamente en medio de aquellas lenguas de fuego, como el fénix que va á buscar una nueva existencia en el fuego, principio de toda vida.

Desapareció entonces todo cuanto habia de material en mi ser y quedó sola el alma, conservando la forma humana, pero trasparente, impalpable mas ligera que la atmósfera en que vivimos. Entonces, tal

como Pitágoras que recordaba haber estado en el sitio de Troya, se presentaron á mi memoria las treinta y dos existencias por las cuales habia ya pasado. Presentáronse ante mis ojos los siglos, como una serie de ancianos, y me reconocí bajo los diferentes nombres que habia tenido desde el día de mi primer nacimiento hasta el de mi última muerte; porque bien sabéis, hermanos míos, que uno de los puntos mas esenciales de nuestra creencia, es que las almas, esas innumerables emanaciones de la divinidad, que á cada uno de sus hálitos, se escapan del pecho de Dios, llenan el espacio se distribuyen en numerosas gerarquias desde las mas sublimes hasta las mas ínfimas, y que el hombre que en el momento de su nacimiento aspira tal vez por casualidad una de esas almas preexistentes, la entrega á la hora de su muerte en una nueva carrera y á transformaciones sucesivas.

El que hablaba de este modo lo hacia con tal acento de convicción, sus ojos se levantaban al cielo con una mirada tan sublime, que un murmullo de admiracion interrumpió su discurso, y el asombro sucedia á la admiracion como la admiracion habia sucedido á la cólera.

—Cuando yo desperté, continuó el viajero, me sentia con una nueva existencia, con una nueva fuerza superior que casi me divinizaba.

Entonces juré consagrar, no solo mi actual existencia, sino todas las sucesivas á hacer la felicidad del género humano.

Al siguiente dia, Althotas, como si hubiese adi-

vinado mi proyecto, vino á buscarme y me dijo.

—Hijo mio, veinte años hace que vuestra madre espiró al daros al mundo; veinte años hace que un obstáculo insuperable impide á vuestro ilustre padre presentarse á vuestros ojos; vamos ahora á emprender nuevamente nuestros viajes; en el discurso de ellos encontrareis á vuestro padre, que os abrazará, aunque no por eso le reconocereis.

Todo en mí debía ser misterioso, como en los elegidos del Señor: el pasado el presente y el porvenir.

Despedíame del mufti Salaaym, quien me echó su bendición y me hizo muchos regalos; luego nos incorporamos á una caravana que marchaba á Suez.

Perdonad, señores, si este recuerdo me estremee; cierto dia un hombre venerable se acercó á mí y me estrechó entre sus brazos, y no podré explicar la singular emoción que experimenté al sentir los latidos de su corazón:

Era este hombre el achérif de la Meca, príncipe ilustre y magnánimo. Habiáse hallado en cien batallas, y tres millones de hombres obedecían sus mandatos. Althotas volvió la cabeza para no manifestar su emoción, y continuamos nuestro camino.

Nos internamos en el Asia; subimos el Tigris; visitamos á Palmira, Damasco, Smirna, Constantiñopla, Viena, Berlin, Dreade, Moscow, Stocolmo, Petersburgo, Nueva-York, Buenos-Aires, el Cabo, Aden; despues, hallándonos casi en nuestro punto de partida, entramos en la Abisina, bajamos al Nilo, llegamos á Rodas y luego á Malta. Habia salido á recibir

á nuestro navío una embarcacion, en la que venian dos caballeros de la órden, los que habiéndome saludado abrazado y á Althotas, nos condujeron triunfalmente al Palacio del gran maestro Pinto.

Vais á preguntarme, señores, en qué consiste que el musulman Acharat era católico y caballero de Malta, siempre me habia hablado de un Dios omnipotente, universal, que ayudado de sus ministros, los ángeles, habia establecido la armonia general, dando á este armonioso el gran nombre de Cosmos: en fin yo era teósofo.

Habíanse terminado mis viajes, y la vista de todas esas ciudades de tanta fama y de tan diversas costumbres, no me habia causado admiracion alguna: y es que nada nuevo habia para mí, pues durante el tiempo de mis treinta y dos existencias habia recorrido estas ciudades, y lo único que llamó mi atencion, fué los cámbios que se habian verificado en sus habitantes. Contemplé entonces la marcha de la humanidad: ví que los ánimos tendian al progreso, y que el progreso conducia á la libertad. Ví que todos los profetas que habian sucesivamente aparecido, habian sido inspirados por Dios para sostener la marcha vacilante de la humanidad, la que cada siglo adelanta un paso hácia la luz; y es que los siglos son los dias de los pueblos.

Conocia yo que no me habian sido reveladas cosas tan sublimes para que las guardase inútilmente dentro de mí. En vano esconde la montaña sus filones de oro, inútilmente el Océano oculta sus perlas,

porque el obstinado minero penetra en el fondo de la montaña y el arrojado buzo descende á las profundidades del Océano; y que mas valia hacer lo que el sol, esto es, repartir por el mundo mi luz.

Ahora ya comprendereis que no he venido aquí con el objeto de cumplir con los ritos masónicos. He venido desde el Oriente para decir os: hermanos apoderaos de las alas del águila y elevaos sobre el mundo, subid conmigo á la cima de la montaña en que Satanás llevó á Jesus, y tended la vista sobre los reinos de la tierra.

Los pueblos forman una inmensa falange: nacidos en épocas distintas y bajo diversas circunstancias, han avanzado mas ó menos y deben llegar unos despues de otros al fin para que han sido creados; estos pueblos marchan constantemente, aunque parecen inmóviles, y si casualmente retroceden, no es que vuelvan sobre sus pasos, sino que toman aliento para vencer algun obstáculo ó para obviar alguna dificultad.

La Francia se halla colocada al frente de las naciones; pongámosla una antorcha en la mano; la llama que la devore, será un saludable incendio que iluminará á todo el universo.

Este es el motivo que impide al representante de la Francia el hallarse aquí; puede que haya retrocedido ante una mision tan peligrosa, y se hace necesario un hombre que no se detenga ante los obstáculos. Yo iré á Francia. Este es el punto mas importante, y yo le tomo á mi cargo. Esta es la obra mas dificultosa, y yo me encargo de ella.

—Luego sabéis lo que pasa en Francia, dijo el presidente.

El viagero se sonrió.

—Lo sé, porque yo mismo he preparado los sucesos. Un rey viejo, débil, corrompido, aunque no tan viejo ni tan desesperado como la monarquía que representa, está sentado sobre el trono francés. Apenas le quedan algunos años de vida, y es necesario que se prepare convenientemente el porvenir para el día de su muerte. La Francia es la piedra fundamental de todo el edificio; que los seis millones de brazos que se elevan á una señal del círculo supremo, arranquen de raíz esta piedra, y se hundirá el edificio de la monarquía. El día que la Francia no tenga rey, los soberanos de Europa, aun los mas asegurados en sus tronos, experimentarán el vértigo fatal y se lanzarán espontáneamente al abismo que ha dejado abierto el hundimiento del trono de San Luis.

—Perdonad, mi respetable maestro, si os interrumpo, dijo el geje que se hallaba colocado á la derecha del presidente; y que por su acento montañoso parecia Suizo; vuestra superior inteligencia lo ha previsto todo?

—Todo, contestó lacónicamente el gran cophte.

—Sin embargo, me excusareis el que os haga algunas observaciones. Encima de nuestras montañas, en el fondo de nuestros valles y sobre las orillas de nuestros lagos, estamos habituados á hablar con la misma libertad que el soplo del viento y el murmu-

llo de las aguas: yo creo que el momento no es oportuno, porque se prepara un gran acontecimiento, al cual deberá la Francia su regeneracion. Yo mismo he visto, venerable señor, á la hija de Maria Teresa dirigirse con gran pompa á Francia para unir la sangre de diez y siete Césares con la del sucesor de sesenta y un reyes, y los pueblos se regorijan ciegamente, como acostumbran á hacerlo siempre que se aflojan sus cadenas, ó que se doran al menos sus eslabones. Lo repito, en su nombre, en el mio y en el de todos mis hermanos, el momento me parece inoportuno.

Todas las miradas se dirigieron con asombro hácia aquel que arrostraba con tanta tranquilidad, y tal atrevimiento la del gran maestro.

—Habla, hermano, dijo el gran cophto, sin alterarse,— tu opinion será seguida si es buena. Nosotros, los elejidos del Señor, á nadie despreciamos, y no sacrificamos el interés general á un amor propio mal entendido.

El diputado de la Suiza siguió diciendo en medio del mas profundo silencio:

—Yo he llegado por medio de mis estudios á convencirme de una verdad y es, que la fisonomia de los hombre revela, al que sabe leer en ella, sus vicios y sus virtudes. El hombre arregla su semblante, dulcifica su mirada, muestra sonrisa en sus lábios; todos estos movimientos musculares están bajo su dominio, pero el tipo principal de su carácter queda siempre al descubierto, testimonio indeleble de lo que pasa

en su corazón. También el tigre tiene una sonrisa afable y mirada cariñosa, pero en su frente contraída, en sus salientes prómulos siempre se reconoce al tigre. El perro por un lado frunce el entrecejo; enseña los dientes y se presenta sañudo é iracundo, pero en aquellos ojos dulces y francos, en su semblante de inteligencia, en sus maneras obsequiosas se reconoce al fiel compañero del hombre. Dios ha escrito sobre cada una de sus criaturas su nombre y sus cualidades. Pues bien, yo hé leído sobre la frente de la futura reina de Francia, el orgullo, el valor y la ternura compasiva de las hijas de Alemania: he leído sobre el semblante del jóven que ha de ser su esposo la tranquila sangre fría, la cristiana resignacion y el minucioso talento del observador.

Ahora bien: como un pueblo, y sobre todo el pueblo francés que no tiene memoria para el mal, y que nunca olvida el bien, puesto que le ha bastado un Carlo-Magno, un san Luis y un Enrique IV para veinte reyes cobardes y crueles: cómo un pueblo, repito, que espera siempre y no desespera nunca, habia de dejar de adorar una reina jóven, hermosa y buena, y á un rey clemente é instruido despues de la era desastrosa de Luis XV, despues de sus orgias y de sus crueles venganzas, y despues del reinado de las Pampadour y de las Dubarry ¿No bendecirá la Francia á unos principes que son el modelo de todas las virtudes? La Delfina Maria-Antonia vá á atravesar la frontera. El altar y el lecho imperial se están preparando en Versalle; y es este por ventura el momento de empezar vues-

tra obra de regeneracion? Perdonad, señor; pero he juzgado conveniente deciros lo que pasaba en el fondo de mi alma, lo que someto á vuestra infalible sabiduria.

Dichas estas palabras, inclinó el gefe la cabeza, y en medio de los murmullos de una general aprobacion, esperó la respuesta del gran cophito.

No se hizo esperar mucho tiempo el viajero, quien respondió de este modo al apóstol de Zurich.

—Si leéis en las fisonomias, hermano querido, yo leo en el porvenir. Maria Antonia es orgullosa; pues bien ella se lanzará á la lucha y en ella perecerá. El Delfin Luis augusto es bueno y clemente: él se debilitará tambien y perecerá con su esposa, solamente que cada uno perecerá por distinto camino. En este momento se aprecian; no les daremos tiempo para amarse y dentro de un año se aborrecerán. Pero, señores, inútil es toda deliberacion para saber de qué lado viene la luz, cuando esta luz me ha sido encomendada por medio de la revelacion, cuando yo vengo de Oriente, guiado como los pastores, por esa estrella que anuncia una segunda regeneracion.

Mañana empezaré la obra y con vuestro apoyo solo necesitaré veinte años para llevarla á cabo.

—Veinte años! exclamaron algunos fantasmas; eso es demasiado esperar.

Volvióse el gran cophito hácia la impaciente asamblea.

—Sí, les dijo, veinte años es un tiempo demasiado largo para el que crea que un principio se destru-

ye como un hombre con el cuchillo de Jacob Clemente ó con el cortaplumas de Daniens. Insensatos! el cuchillo mata al hombre, es cierto; pero semejante al hierro regenerador, corta una rama para hacer brotar diez, y para reemplazar el cadaver real, levanta un Luis XIII tirano estúpido, á un Luis XIV, despota inteligente, á un Luis XV, ídolo bañado en lágrimas y en la sangre de sus adoradores, como esas monstruosas divinidades de la India que stropellan y matan con la sourisa en los líbios á las mugeres y niños que arrojan guirualdas bajo las ruedas de su carro. Creéis que veinte años son demasiado para borrar el nombre de los reyes en el corazon de treinta millones de hombres, que no ha mucho tiempo ofrecian á Dios la vida de sus hijos para salvar la del pequeño rey Luis XV? Creéis que tan fácilmente puedan hacerse odiosas á la Francia sus flores de lis; que resplandecientes como las estrellas del cielo, gratas como el perfume de la flor que lleva su nombre, han llevado por espacio de mil años la prosperidad y la victoria por los ángulos del mundo? Intentadlo vosotros, hermanos míos, y yo os doy un siglo, y no veinte años, para dar cima á vuestra empresa.

Vosotros os encontrais divididos, aislados, ignorados los unos de los otros: yo solo conozco vuestros nombres, yo solo puedo apréciar vuestros poderes divididos, yo soy la cadén: que os une al gran círculo fraternal. Ahora bien, filósofos, economistas, ideólogos, yo quiero que en el espacio de veinte años

imprimais y hagais circular por toda la Europa esos principios que inculcáis con sigilo en vuestra familia, esos principios que escribís con temor á la sombra de vuestros antiguos torreones, que os confiáis unos á otros con el puñal en la mano para dar muerte al traidor ó al imprudente que repitiera vuestras palabras mas alto de lo que las ha pronunciado; quiero que deis publicidad á esos principios por medio de emisarios pacíficos ó con las bayonetas de quinientos mil soldados, que mantenedores de la libertad, se levantarán llevando escrita en su estandarte su sagrada mision; quiero en fin, que vosotros que tembláis al solo nombre de la torre de Lóndres, vosotros que os aterrorizáis con los calabozos de la inquisicion, y yo con el nombre de la Bastilla, dirijamos una mirada de desprecio sobre los escombros de sus crueles prisiones, y que sobre ellos juzguen tranquilamente nuestros hijos. Esto no puede hacerse sino despues de la muerte, no del monarca, sino de la monarquía; no puede llevarse á cabo sino derrocando los poderes religiosos, olvidando la superioridad individual, destruyendo la aristocracia y repartiendo los bienes señoriales. Pido veinte años para demoler un mundo gastado y edificar otro nuevo, veinte años, esto es, veinte segundos de la eternidad: y á esto llamais demasiado tiempo.

Un prolongado murmullo de admiracion y sentimiento sucedió al discurso del sombrío profeta; habia en efecto conquistado todas las simpatías de los misteriosos representantes de las ideas de la Europa.

El gran coplito gozó un momento de su triunfo, y prosiguió.

—Ahora, hermanos míos, ahora que yo voy directamente á atacar al leon en su cueva, ahora que voy á jugar mi vida contra la libertad del mundo, qué es lo que podré esperar de vosotros para asegurar el triunfo de la causa por la que sacrificamos nuestra vida, nuestro porvenir y nuestra libertad? Esto es, señores, lo que yo vengo á preguntaros.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras del viajero. En aquella espaciosa habitacion no se veian mas que inmóviles fantasmas, preocupadas en el terrible pensamiento que debia derrocar veinte tronos.

Los seis gefes, despues de algunos instantes de deliberacion, se volvieron hácia el supremo gefe.

—Yo, dijo el presidente, represento á la Suecia. A nombre suyo ofrezco para derribar el trono de Wassa, los mineros que le han levantado, dando además cien mil escudos de plata.

El gran coplito sacó un libro de memorias, y escribió en él la oferta que se le acababa de hacer.

El gefe que se hallaba á la izquierda del presidente habló á su vez.

—Yo, representante de los círculos irlandeses y escoceses, nada puedo ofrecer en nombre de la Inglaterra, que nos hará una terrible resistencia; pero á nombre de la pobre Irlanda y Escocia, ofrezco una contribucion de tres mil hombres y tres mil coronas por año.

—Y vos? dijo el viajero al tercer gefe.

—Yo, contestó este enviado cuya ruda actividad y robustez se descubria á través de la incómoda vestimenta del iniciado: yo represento la América, en donde cada piedra, cada árbol, cada gota de agua, y cada gota de sangre se hallan bajo el dominio de la revolucion. En tanto que tengamos oro, le daremos generosamente, y mientras nos quede una gota de sangre la verteremos por nuestra causa; pero nada podemos hacer mientras no seamos libres. Aislados como nos tienen, representamos una cadena gigantesca cuyos eslabones se hallan desunidos, y es menester que una mano poderosa reuna los dos primeros, y los demas se unirán por sí mismos. Seria necesario empezar por nosotros, y si los franceses quieren libertarse del yugo de la monarquía, libéranos antes á nosotros de la dominacion estrangera.

Asi se hará, respondió el gran cophto, se os dará la libertad, y la Francia os ayudará. Dios ha dicho en todas las lenguas: «Ayudaos los unos á los otros.» Para vosotros al menos, el término será corto, yo os lo prometo.

Volvióse en seguida hácia el enviado de Suiza.

—Yo, dijo aquel, nada puedo prometer sino mi persona. Los hijos de nuestra república son hace mucho tiempo aliados de la monarquía francesa y la han vendido su sangre desde Marignan y Paizá. Como fieles deudores cumplirán su contrato, y por la primera vez, respetable gran maestro, tengo que avergonzarme de nuestra lealtad.

—No importa, respondió el viajero, venceremos

sin ellos y á pesar de ellos. Hablad diputado de España.

—Yo, dijo este, soy pobre y no puedo presentar mas que tres mil hombres pero cada uno de estos contribuirá con mil reales por año. La España es un pais indolente en donde el hombre sabe dormir sobre un lecho de dolor con tal de que duerma.

—Bien; y vos?

—Yo, respondió el gefe á quien se dirigia, represento á la Rusia y á los circulos polacos. Nuestros hermanos son ricos descontentos ó pobres siervos destinados al trabajo continuo, y á una muerte prematura; nada puedo prometer en nombre de los siervos, pues nada poseen; pero con respecto á los otros ofrezco veinte luises anuales por cada uno de los tres mil ricos.

Los demas diputados hablaron á su vez; cada uno representaba un pequeño reino ó un poderoso principado, y cada uno de ellos ofreció cumplir bajo juramento las ofertas hechas al supremo gefe.

—Ahora, dijo el gran cophto, la consigna representada por las tres letras conque me habeis reconocido, y que es sabida ya de una parte del universo, vá á esparcirse por la otra. Que cada iniciado lleve estas tres letras, no solo en su corazon sino sobre él, porque Nos, soberano gefe de las logias de Oriente y Occidente decretamos la ruina de las flores de lis. Yo te lo mando, á tí, hermano de Suecia, á tí, hermano de la Escocia, á tí hermano de la America, á tí, hermano de Suiza, á tí, hermano de España, y á tí

hermano de la Rusia: LILIA PEDIBUS DESTRUE (1).

Una aclamacion general, vigorosa, resonó en toda la sala y se perdió en lúgubres ráfagas en la garganta de la montaña.

—Ahora retiraos—dijo el supremo gefe, cuando se apaciguó el murmullo,—unos por el rio, otros por el bosque, y otros por el valle, y dispersaos antes de la salida del sol. Aun me volvereis á ver otra vez, y esto se verificará el dia de nuestro triunfo. Andad!

Terminó esta alocucion con un gesto masónico que pudieron comprender solamente los seis gefes principales, de manera que estos permanecieron al rededor del gran cophto cuando los otros diputados se habian ya retirado.

El supremo gefe llamó aparte al de Suecia.

—Swedurborg, le dijo, tú eres verdaderamente un hombre inspirado, y Dios te felicita por mi mediacion. Envia á Francia el dinero á donde te indicaré.

Retiróse el presidente haciendo una profunda reverencia.

Salud, valiente Fairfax, continuó el viajero, sois un digno descendiente de vuestro abuelo. Decid á Washington que no me olvide, en la primera carta que le enviéis....

Fairfax saludó del mismo modo y se retiró.

—Ven aquí, Pablo Jones, dijo el gran cophto al

(1) Las tres letras L. P. D. eran la divisa de los Iluminados.

americano; has hablado perfectamente, cosa que ya la esperaba yo de tí. Tú serás uno de los héroes de América. Ella y tú debéis estar dispuestos para la primer señal.

Y el americano orgulloso con aquella palabra, se apartó á su vez.

—Tú, Labater, continuó el elegido: desecha la teoría, porque ya es tiempo de pasar á la práctica; no estudiéis lo que es el hombre sino lo que puede ser. Anda, pues, y desgraciados de tus hermanos si se levantan contra nosotros, porque la cólera del pueblo será rápida y devoradora como la de Dios.

El diputado Suizo se inclinó temblando y desapareció.

—Escucha, Jimenez, prosiguió, dirigiéndose al que habia hablado en nombre de la España.

Tú eres celoso por nuestra causa, pero tienes poca confianza. Tu país duerme, dices, pero es porque no se le despierta. Anda, Castilla será siempre la patria del Cid.

Adelantóse á su vez el último gefe; pero apenas habia andado tres pasos cuando le detuvo con imperioso ademán el gran cophto.

—Tú, enviado de Rusia, tú harás traicion á tu causa antes de un mes; pero antes de un mes habrás muerto.

El enviado moscovita cayó de rodillas; el viajero le hizo levantar con un gesto amenazador y el nuevo emplazado salió temblando.

Habiéndose quedado solo aquel hombre singular

miró á su alrededor y viendo el salon vacío y silencioso, abrochó su chupa y su casaca negra, colocó sobre su cabeza el sombrero, apretó en un resorte, y abriéndose una puerta de bronce se internó en los desfiladeros de la montaña, como si estos le fuesen conocidos; llegó á la selva, y sin luz y sin guia la atravesó con paso seguro como si una invisible mano le llevase.

Despues de haberla franqueado, buscó su caballo, y no viéndole, prestó atento oído y creyó oír un lejano relincho. Un silbido modulado de una manera particular salió de la boca del viajero, y un instante despues Djerid corría fiel y obediente con la alegría de un perro. Subió ligeramente sobre él aquel hombre maravilloso, y bien pronto desaparecieron entre los sombríos arbustos que se estienden desde Danenfels hasta el *Monte-Trueno*.

FIN DE LA INTRODUCCION.

Memorias de un médico.

PRIMERA PARTE.

JOSÉ BALSAMO.

—o—

CAPITULO I.

La tempestad.

Ocho días después de la misteriosa reunión que acabamos de transcribir, á las cinco de la tarde poco mas ó menos, un coche tirado de cuatro caballos y conducido por dos postillones, salian de Port-á-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz.

Mudó caballos en la casa de postas, y á pesar de las instancias inútiles de una posadera de buen humor, que en el dintel de la puerta acechaba á los pasajeros perezosos, continuó su camino hacia Paris.

Apenas hubo desaparecido tras el ángulo formado por el esquinazo de la calle, cuando una veintena de chicos y una docena de comadres que habian estado mirando la mudanza de el tiro, entraron en

sus respectivas casas haciendo gestos y exclamaciones que en los unos revelaban una excesiva hilaridad, y en las otras una profunda admiración.

Y es que nunca cosa parecida á aquel carruaje había atravesado el puente que cincuenta años antes el buen rey Estanislao había mandado construir sobre el Mosella, para establecer una comunicación mas fácil entre su pequeño reino con la Francia, sin exceptuar los variados carruajes de la Alsácia, que en los días de feria conducían desde Phalsbourg, los fenómenos de dos cabezas: los osos danzantes y las tribus nómadas de esa multitud de saltimbanquis, bohemios de los países civilizados.

Con efecto, sin pasar por un frívolo chicuelo, ni por una vieja curiosa y murmuradora, pudiera cualquiera persona detenerse sorprendida á la vista de aquel vehiculo monumental, que suspendido en cuatro ruedas de un diámetro igual, y sostenido por sólidos muelles, avanzaba con la velocidad suficiente para justificar esta aclamación que naturalmente se escapaba de los labios del espectador.

—¡Singular carruaje para ir de postal!

Nuestros lectores, que felizmente para ellos no le han visto pasar, nos permitirán que hagamos su descripción.

La caja principal del coche, (y decimos la caja principal porque esta iba precedida de una especie de cabriolé) estaba pintada de un color azul claro, y en las portezuelas se veían unas elegantes armas de bojo de una J. y una B. artísticamente enlazada.

Dos ventanillas, ó por mejor decir dos ventanas, con sus cortinas de muselina blanca, dejaban penetrar la luz en el interior; pero estas ventanas, invisibles al vulgo profano, se hallaban practicadas en la parte anterior de esta caja y daban al cabriolé. Una regilla que cubria esta comunicacion permitia recostarse con seguridad á los moradores de este departamento, y sin miedo de romper los cristales.

Aquella parte del coche que parecia ser la parte principal y que tendria unos ocho pies de largo por seis de ancho, no recibia pues la luz sino por estas ventanas, y el aire por un farol que se habria en la imperial; finalmente, para completar el conjunto de rarezas de aquel mueble singular, un tubo de tela que pasaba por mas de un pie sobre dicha imperial arrojaba continuamente un humo azulado que se remontaba y se estendia luego, dejando una nube blanquizca en pos del carruaje.

Esto en nuestros dias no hubiera tenido otro resultado que el de hacer creer en una nueva invencion en la cual el sábio mecánico habia artisticamente combinado la fuerza del vapor con la de los caballos.

Y hubiera parecido tanto mas probable, cuanto que el carruaje precedido de cuatro caballos y dos postillones era seguido por un caballo atado á la parte posterior. Este, que por su pequeña cabeza, por sus delgadas piernas, por su bien formado pecho, por su espesa crin y su ondulante cola, parecia de raza árabe, estaba completamente enjaezado: lo cual da-

ha á entender que algunos de los viajeros encerrados en aquella segunda arca de Noé se entretenia en cabalgar de vez en cuando.

En Port-a-Mousson, el postillon de la parada anterior habia recibido con el pago de su posta agujetas dobles de una mano musculosa que se deslizó por entre las dos cortinas de cuero que cerraban la parte anterior del cabriole, casi tan herméticamente como las de muselina cerraban la parte anterior del cuerpo principal del carruaje.

El postillon maravillado de tanta generosidad y quitándose el sombrero, le habia dicho: gracias monseñor. Y una voz sonora habia respondido en aleman, lengua que aun hoy dia no se entiende como no se hable en las cercanías de Nancy.

Schnell! schnell!

Lo que quiere decir: Aprisa, mas aprisa.

Los postillones entienden todas las lenguas conocidas cuando á las palabras acompaña cierto sonido metálico de que gusta mucho esta clase de gentes; así es que los nuevos conductores hicieron cuanto estuvo de su parte para hacer tomar el galope á los caballos que despues de inauditos esfuerzos, que mas probaban el vigor de sus brazos que el de las piernas de aquellos, pudieron por fin hacerles tomar un trote muy regular, á favor del cual podrian correr unas tres leguas por hora.

A eso de las siete mudaron tiros en San-Mihiel: la misma blanca mano se deslizó por entre las cortinas de cuero y la misma sonora voz volvió á pro

nunciar las dos palabras alemanas.

Desde San-Mihiel comienza la montaña. Llegado á ella fué preciso ir al paso, y tuvieron que emplear una media hora en andar un cuarto de legua.

Sobre la cima de ella detuviéronse un momento los conductores, para que los caballos tomasen aliento, y los viajeros del cabriolé, separando las densas cortinas, pudieron contemplar un inmenso horizonte, que las primeras sombras de la tarde empezaban á oscurecer.

El día, que habia sido claro y caluroso, hasta las tres de la tarde, se habia vuelto insufrible de calor desde esta hora. Una inmensa nube blanca que se veia hácia el Sud, y que parecia seguir con premeditacion el carruaje, amenazaba alcanzarles antes de llegar á Bar-le-Duc, donde á toda costa se proponian detenerse para pasar la noche.

El camino, dominado por un lado de la montaña y bordeado por el otro de una escarpada pendiente que bajaba á un valle, en cuyo fondo se veia serpentear al Mosa, presentaba en la estension de mas de una media legua un declive tan rápido, que hubiera sido peligroso atravesarle de otro modo que al paso; así es que los conductores al volverse á poner en camino; adoptaron esta prudente medida.

Adelantábase rápidamente la nube, que se iba aproximando á la tierra y que se estendia recogiendo los vapores que subian de ella, desalojando las azuladas nubes que se oponian á su movimiento.

Bien pronto los últimos rayos del sol fueron in-

terceptados por aquel nublado que se extendía en el cielo con la rapidez de una alta marea; filtrábase por ella una triste claridad, y las ojas, trémulas sin que la mas ligera brisa circulara por la atmósfera, se cubrieron del tinte opaco con que las mistizan las primeras sombras que se suceden á la caída del sol.

Repentinamente un relámpago surcó la nube y el cielo se coloró de reflejos de fuego, permitiendo á la vista aterrada penetrar en las inmensas profundidades del firmamento. Un trueno espantoso que conmovió la tierra, se dejó oír en el mismo momento impulsando á la espesa nube, que corrió como un caballo desbocado.

El carruaje proseguía sin embargo su camino y el mismo humo se veía salir de su estraña chimenea; solamente que de negro que era, habiase vuelto ténue y de color de ópalo. Entre tanto el cielo se cubria cada vez mas: iluminóse entonces el farol de la imperial y es que sin duda el habitante de aquel ambulante edificio tomaba sus precauciones contra la noche. Hallábase aun el carruaje sobre la esplanada de la montaña, y apenas empezó á descender por la pendiente, cuando un segundo trueno mas violento y mas vibrante que el primero, conmovió la nube que comenzó á dejar caer gruesas gotas de agua, y que luego se sucedieron con tal violencia como si se desprendiese del cielo una densa lluvia de flechas.

Consultaron unos instantes los postillones entre sí, y el coche se detuvo.

—Qué es eso? preguntó la misma voz, aunque

esta vez lo hizo en un excelente francés. Qué diablos hacéis?

—Consultábamos sobre si debemos seguir adelante.

—Pues yo creo que esa consulta me la debias hacer á mí. Continúa!

Tenia aquella voz un acento de autoridad tan poderoso, que los conductores obedecieron y el coche empezó á descender por el declive de la montaña.

Las dos cortinas de cuero entreabiertas por un momento volvieron á interponerse de nuevo entre los viajeros y los conductores. Empero el camino, húmedo y escurridizo de por sí, bañado por los torrentes de lluvia que se desprendian del firmamento, se hizo tan resbaladizo que los caballos se negaron á proseguir.

—Caballero, dijo el postillon que montaba uno de los caballos delanteros, es enteramente imposible avanzar ni un paso mas.

—Por qué razon? preguntó la voz que ya conocemos.

—Porque los caballos no andan sino patinan.

—A qué distancia nos hallamos de la parada?

—Muy lejos, señor; faltan cuatro leguas.

No importa: delantero, mete espuelas á los caballos y ellos andarán, dijo el extranjero abriendo la cortina y alargando al postillon cuatro escudos de seis libras.

—Creo que nuestro amo te habla dijo el otro

en un actor, que habiendo escuchado el sonido argentino de las monedas que guardaba en su bolsillo el primero, deseaba tener parte en una conversacion que iba tomando tanto interés.

—Sí, contestó aquel, me decia que siguiésemos adelante.

—Teneis algo que oponer á mis deseos? dijo el viajero con una voz afectuosa, pero firme, y que indicaba que no se hallaba dispuesto á sufrir contradicciones.

—Nada de eso, caballero, no soy yo, sino los caballos los que se oponen.

—Y de qué sirven las espuelas?

—Aun cuando los abriera en canal seria lo mismo, y que el cielo me confunda si....

No pudo el postillon concluir la frase, porque un horroroso relámpago acompañado de una terrible detonacion le cortó la palabra.

—Hace una noche infernal, dijo el pobre hombre aterrado. Ahí teneis al coche que marcha él solo, y que dentro de cinco minutos irá mas aprisa de lo que quisiéramos.

Y con efecto, el pesado carruaje impulsando á los caballos que no podian contenerlo, tomó un movimiento progresivo que concluyó por una impetuosa velocidad.

Los caballos y el equipage corrieron como una flecha por la oscura pendiente rodando visiblemente hácia el precipicio.

En aquel momento, no fué ya la voz únicamen-

te, sino la cabeza del viajero la que salió por entre las cortinas del cabriolé.

—Imbécil! gritó, vas á asesinarnos? á a izquierda! delantero á la izquierda!

—Yo quisiera veros en mi puesto, respondió el postillon procurando inútilmente reunir las riendas y tomar sobre los caballos su perdida superioridad.

—José! exclamó una voz de muger que salia por la vez primera del carnage. Socorro! socorro! Virgen Santísima!

El peligro era inminente á la verdad, y motivaba con justicia aquella invocacion á la madre de Dios. El coche siempre arrastrado por su propio peso y falto de una mano segura que le guiase, continuaba avanzando hácia el precipicio, sobre el cual parecia ya suspendido uno de los caballos; un par de vueltas de rueda, y caballos, carruajes, postillones, todo hubiera perecido. En aquel momento, el viajero saltó fuera del cabriolé, cojió del cuello y de la cintura al postillon, le levantó como si fuera un niño, y le arrojó á diez pasos, ocupando su lugar, y gritando con una voz terrible.

—A la izquierda! bribon, á la izquierda! ó te levanto la tapa de los sesos!

La órden produjo un efecto mágico; el postillon que conducia los caballos delanteros, aterrado con el ejemplo de su malaventurado compañero, hizo un esfuerzo sobrehumano y dando nueva direccion al carruaje, le volvió al camino, ayudado por el viajero, donde prosiguió avanzando con la rapidéz y el ruido,

—A galope! gritó el viajero, á galope! y cuidado con desmayar.

El postillon conoció que aquellas palabras no eran una frivola amenaza y redoblando su energía, el carruaje siguió descendiendo con una velocidad espantosa. Al verle pasar en medio de la noche con su terrible estrépito, con su humeante chimenea, se le hubiera creído un carro infernal, arrastrado por caballos fantásticos y perseguido por el huracan,

Empero los viajeros no habían evitado un peligro sino para caer en otro. La nube eléctrica que descendía sobre el valle, se adelantaba con la misma rapidéz que los caballos. De tiempo en tiempo el viajero levantaba la cabeza, sobre todo cuando algun relámpago se desprendía del firmamento, á cuya claridad podia distinguirse sobre su semblante un sentimiento de inquietud que no procuraba disimular, por que solo Dios podia sorprenderle. De repente, y en el momento en que el carruaje llegaba al final de la pendiente, entrando en un terreno mas igual, la nube se desgarró con un estrépito horroroso para dar paso á un mismo tiempo al trueno y al relámpago. Una llama primero de color de violeta, luego verdosa, y últimamente blanca, envolvió repentinamente á los caballos.

Los de atrás se levantaron sobre los cuartos traseros agitando sus manos y aspirando aquella atmósfera impregnada de azufre, y los de delante cayeron como si la tierra hubiese faltado bajo sus pies; pero casi al mismo tiempo el caballo que montaba el posti-

llon, se levantó con su ginete y desapareció con él en las tinieblas, en tanto que el carruaje rodó por algun tiempo y se detuvo en el cadáver del caballo que habia recibido la eléctrica descarga.

Todo este episodio habia sido acompañado de los gritos de lo incógnita viajera.

Hubo un momento de confusion, durante el cual ninguno pudo saber si estaba vivo ó muerto, y el mismo viajero lo dudó por algun tiempo. Felizmente ningun daño habia recibido.

Los gritos de la muger habian cesado y se hallaba desmayada; pero el viajero en lugar de acudir á su socorro se arrojó de su asiento y corrió hacia la parte posterior del coche.

El hermoso caballo árabe de que hemos hablado se encontraba allí espantado, erizadas sus crines y dando vigorosas sacudidas á la puertecilla posterior á que estaba atado. Con la mirada fija, la boca espumosa, el valiente animal despues de inútiles esfuerzos para romper su ligadura, habia quedado fascinado por el horror, y cuando su amo, silvando segun su costumbre, le pasó la mano por el lomo, dió un bote como si no le hubiese conocido.

—Hum! todavia ese en diablado caballo! murmuró una voz cascada que salia del interior: maldito sea el animal que conmueve mis murallas!

Despues de lo cual, la misma voz, aunque con tono mas fuerte y vigoroso, gritó en árabe con acento amenazador.

—Nhe goullac hogoud shaked haffrit (1).

—Noos incomodeis con *Djerid*, señor dijo el viajero desatando el caballo y volviéndole á atar á una de las ruedas traseras del carruaje; el pobre ha tenido miedo, y á la verdad con justa razon.

Y diciendo estas palabras, abrió la puertecilla bajó el estribo y entró en el coche.

(1) Estate quieto demonio.



Albolas.

EL viajero hallóse entonces colocado en frente de un anciano, de ojos azules, de nariz aguileña y de trémulas manos, que sepultado en un sillón, consultaba un abultado manuscrito que tenía en su mano izquierda, teniendo ocupada la derecha con una espumadera de plata.

Aquella actitud, aquella singular ocupacion, y aquel rostro de inmóviles arrugas, en cuya superficie solamente los ojos y la boca parecían gozar de vida, parecerán muy estraños al lector, y sin embargo eran muy familiares al viajero, porque ni siquiera dirigió á su alrededor una mirada, aun cuando el singular aspecto de esta parte del carruaje bien la hubiera disculpado.

Tres murallas (el lector recordará que así llamaba el anciano á las paredes del coche) cubiertas de es-

tantos de libros rodeaban el sillón, sitio constante y sin rival de aquel singular personaje. Sobre los estantes había un sinnúmero de redomas y vasijas, colocadas en estuches de madera como se acostumbra á hacer en los navios con la vajilla. El anciano podia desde su asiento alcanzar á todas partes, haciéndole girar y moverse por medio de un resorte.

Delante de la puertecilla veíase, además de un montón de vasijas y alambiques, un hornillo con su fuelle de fragua y su chimenea, y este hornillo, se hallaba en aquel momento ocupado por un crisol candente el blanco, en el que se veía agitarse una mistura que dejaba escaparse por el tubo de que hemos hablado anteriormente, aquel humo misterioso, objeto constante de admiracion y curiosidad para todos.

Veíase además entre la retorta, caja, libros y cartones esparcidos acá y allá, unas tenazas de cobre, carbon destinado á diferentes preparaciones, un gran vaso mediado de agua y manojos de yerbas recientes y secas que pendian del techo.

Percibíase allí un olor penetrante, que en un laboratorio menos grotesco se hubiera llamado perfume.

En el momento en que entró el viajero, el anciano haciendo girar su silla con una ligereza increíble se acercó al hornillo y se puso á espumar su breva con un cuidado que rayaba en veneracion. Despues se encasquetó hasta la oreja una gorra de terciopelo que habia sido negro y por debajo de la cual se escapaban algunos mechones de pelo brillantes como hilos

de plata, y recogió los faldones de su larga vestimenta de seda que diez años de uso habían transformado en un harapo sin color, sin forma y sobre todo sin continuidad.

El anciano parecía estar de bastante mal humor y hablaba por lo bajo sin dejar de espumar la mezcla.

—Tiene miedo, maldito animal! y de qué tiene miedo!... ha conmovido mi laboratorio y me ha vertido lo menos una cuarta parte del elixir en el fuego. Achara! en nombre de Dios, abandonad ese animal feroz en el primer desierto por donde tengamos que pasar.

El viajero sonrió.

—Por de pronto, señor, dijo, no tenemos ya que atravesar desierto alguno pues nos hallamos en Francia; además de que yo no puedo abandonar de ese modo á un caballo que vale mil lises, ó por mejor decir, no tiene precio, pues es de la raza de Al-Borachi.

—Con mil amores os daría yo, no mil lises sino un millón. Mucho más que eso me cuesta vuestro caballo, sin contar con los días de existencia que me quita.

—Pues que es lo que ha hecho mi pobre *Djerid*? Veamos.

—Preguntáis que es lo que ha hecho! si no fuera por él hubiera hervido el elixir dentro de cinco minutos sin verterse una sola gota, cosa que aun cuando no la indican ni Zoroastro ni Paracelso, la recomienda mucho Horri.

—Enhorabuena, mi querido maestro, dentro de pocos momentos hervirá.

—Sí, sí: hervir! Mirad, Acharat, parece que sobre mí ha caído alguna maldición, el fuego está apagado, y no sé que es lo que cae por esa chimenea.

—Yo sólo sé; respondió riendo el discípulo; lo que cae por la chimenea es agua.

—Como es eso! agua, agua! Pues bien: ya está mi elixir perdido, y es necesario volver á empezar la operacion. Un tiempo precioso perdido inútilmente! Ah! Dios mio, Dios mio, exclamó el anciano levantando al cielo sus manos con desesperacion, agua! y qué agua es esa, Acharat?

—Agua pura del cielo, porque está cayendo un terrible chaparron; no lo habeis notado?

—Por ventura noto yo algo cuando me dedico á mi trabajo? Agua! ahora es el agua!... Acharat, esto es insufrible, á fé mia. Seis meses hace que os he pedido una cubierta para mi chimenea.... Seis meses.... Pues bien; vos que no os acordais nunca de tal cosa.... vos que no teneis otra cosa que hacer. Asi es que gracias á vuestra negligencia, hoy la lluvia y mañana el viento inutilizan todas mis operaciones y destruyen todos mis cálculos; y á pesar de todo es menester que yo me dé prisa, bien lo sabeis: mi término se aproxima, y si no estoy preparado para ese término, si para entonces no he podido hallar el elixir vital, se pierde para el mundo el sabio Althotas. Mi centésimo año comienza el 15 de Julio á las once en punto de la noche, y de aquí para entonces es necesario llevar mi elixir á su perfeccion.

—Tiempo hay, mi querido maestro, porque eso, según creo se presenta bien.

—Sin duda ninguna. Ya he hecho mis ensayos por la absorción; mi brazo izquierdo, casi enteramente paralizado, ha recobrado toda su elasticidad; además de eso gano el tiempo que empleaba en mis comidas, pues no tengo que comer más que una vez cada dos ó tres días y en este intervalo una cucharada de mi elixir aunque imperfecto, sostiene mis fuerzas. ¡Oh! cuando pienso que tal vez no falta más que una oja de una planta para que mi elixir esté llevado á su término, una hoja de planta por cuyo lado habremos pasado probablemente mil veces! que la habremos hollado bajo nuestro pie: que mil veces la habrán pisado nuestros caballos y destrozado las ruedas de nuestro carruaje! Esta planta es aquella de que habla Plinio y que los sabios no han vuelto á conocer, porque nada se pierde en este mundo. Acharat, es preciso que vos preguntéis su nombre á Lorenza, durante su extásis.

—Así lo haré, querido maestro.

Mientras tanto, prosiguió el sabio suspirando tristemente, he aquí mi elixir inutilizado otra vez, y necesito cuarenta y cinco días, bien lo sabéis, para volver á llegar al estado en que se hallaba. Acharat bien conocéis que el día en que yo pierda la vida quedará la vuestra á merced del destino.... Pero que ruido es ese?

—El ruido del trueno.

—Del trueno?

—Sí, y hemos estado á punto de ser víctimas del

rayo, particularmente yo, aunque es cierto que me ha valido el estar vestido de seda.

—Ahí lo veis, Acharat, dijo el anciano dando un fuerte golpe sobre sus rodillas, que sonaron como un cráneo va ío; ved á lo que me espono vuestras locuras, á morir néciamente por una llama eléctrica que yo hubiera podido traer á mi hornillo para hacer hervir mi elixir. No es bastante aun el esponerse á los peligros de la ignorancia y de la maldad de los hombres, sino que quereis ademas esponerme á los que provienen del cielo, que son los mas fáciles de prevenir.

—Perdonadme, señor; pero no me habeis aun explicado.....

—Que no os he enseñado ya mi sistema de puntas, mi cometa conductora! Cuando encuentre mi elixir os lo volveré á repetir, pues ya conoceis que por ahora no tengo tiempo.

—Conque creéis que pueda dominarse el rayo?

—No solamente se le puede dominar sino llevarle al sitio que se desea. Mas adelante, cuando pase mi segunda cincuentena de años, cuando no tenga otra cosa que hacer que aguardar tranquilamente la tercera, yo pondré á las nubes bridas de acero y conduciré el rayo con la misma facilidad que vos conducis á *Djerid*. Pero mientras tanto haced colocar un cobertor á mi chimenea.

—Lo haré, no tengais cuidado.

—Lo haré! lo haré! siempre hablando del porvenir, como si el porvenir nos perteneciese. Ah! nunca lograré que me comprendas! exclamó el sabio re-

torciéndose los brazos desesperadamente. No tengais cuidado! me dice que no tenga cuidado, y dentro de tres meses todo lo habrá concluido para mi! Oh! cuanto pase mi segunda cincuentena: cuando vuelva á recuperar la juventud, la elasticidad de mis miembros, la facultad de moverme, entonces no necesitaré de nadie, y no oiré decir: «lo haré», sino que yo diré: lo he hecho.»

—Y á propósito de nuestra gran obra, habeis pensado en ello?

—Ah! si tan seguro estuviera de ballar mi elixir como de llegar á fabricar el diamante!....

—Pero estais seguro de ello?

—Sin duda ninguna: puesto que ya lo he fabricado.

—De veras?

—Ahi lo teneis.

—Donde?

—Allí, á la derecha, en aquel pequeño recipiente de cristal.

—Cogió con ansiedad el viajero el recipiente: consistía este en una pequeña copa de cristal muy fino, cuyo fondo se hallaba cubierto de un polvo casi impalpable y adherente á sus paredes.

—Polvo de diamante! exclamó el jóven.

—Seguramente, pero buscad bien en el centro de ese polvo.

—Oh! si, si, un brillante del grosor de un grano de mijo.

—El volúmen nada significa porque ese polvo

concluirá por reunirse todo. Pero, por Dios, mi querido Acharat, en cambio de todo esto buscad un cobertor á mi chimenea y un hierro conductor á vuestro carruaje para evitar la lluvia y el rayo.

—Bien, no tengais cuidado.

—¡Siempre lo mismo! ¡Juventud! loca juventud! exclamó el anciano con amarga sonrisa que dejó ver su boca desamparada de los dientes.

—Señor, vuestro fuego se apaga y el crisol se enfria: qué es lo que teniais en él?

—Miradlo.

Obedeció el joven, levantó la tapa y encontró en el crisol un pedazo de carbon vitificado del grueso de una avellana pequeña.

—Un diamante! exclamó, pero manchado, incompleto, sin valor ninguno.

—Porque el fuego se ha apagado, Acharat, porque mi chimenea no tiene cobertor, lo ois?

—Perdonadme mi querido maestro, dijo el viajero, volviendo y revolviendo entre sus manos el diamante que tan pronto arrojaba brillantes reflejos como se le veia opaco: pero es preciso que tomeis algun alimento.

—Es inútil, hace dos horas que he tomado una cucharada de elixir.

—Estais equivocado, fué esta mañana á las seis cuando lo tomásteis.

—Y qué hora es?

—Las ocho de la tarde.

—Dios mio! exclamó el sabio anciano, juntando

las manos, un día mas perdido, pasado inútilmente! los días son cada vez mas cortos; no tienen veinte y cuatro horas segun esol

—Si no quereis comer, dormid al menos algunos minutos.

—Bien, dormiré dos horas; pero pasado este tiempo me despertareis.

—Os lo prometo.

Acharat, cuando me duerman, dijo el anciano con una voz afectuosa, siempre temo que aquel sueño sea el sueño de la eternidad? No basta que lo prometais necesito que lo jureis.

—Pues bien, yo os lo jero.

—Dentro de dos horas?

—Sí.

En aquel momento se oyó en aquel camino el galope de un caballo: aquel ruido fué seguido de un grito que espresaba á la vez la inquietud y asombro.

—Que eso? exclamó el viajero, abriendo apresuradamente la portezuela y saltando á tierra sin poner el pie en el estribo.



Lorenza Seliciani.

DAREMOS á nuestros lectores cuenta de lo que motivaba aquel ruido en tanto que en el interior del coche hablaban el sábio anciano y el jóven viajero.

Hemos dicho ya, que durante la pasada catástrofe, la señora que iba en el cabriolé se habia desmayado.

Por algunos momentos permaneció en aquel estado, pero como el miedo únicamente habia causado aquel accidente, volvió en sí al poco tiempo.

—Dios mio! exclamó, aquí estoy abandonada, sin que ninguna persona tenga lástima de mí!

—Señora, respondió una tímida voz, si en algo puedo servirlos, vedme aquí á vuestra disposicion.

Al sonido de aquella voz la jóven se incorporó, y pasando su cabeza y sus brazos á través de las cortinas de cuero del cabriolé, se vió cara á cara con un jóven que se hallaba de pié sobre el estribo.

—Sois vos, caballero, quien me habláis?

—Si, yo soy, respondió el jóven.

—Y me habeis venido á socorrer?

—Sí.

—Pero, decídmelo, que es lo que ha sucedido?

—Lo que ha sucedido, señora, es que el rayo ha pasado sobre nuestras cabezas cayendo sobre los caballos delanteros, uno de los cuales se ha salvado huyendo con su jinete.

La jóven miró á su alrededor con la expresion de una viva inquietud.

—Pero, y el que conducia los caballos de atrás, dónde está?

—Acaba de entrar en el carruaje, señora.

—No le ha sucedido nada?

—Nada, absolutamente.

—Estais seguro de ello?

—Lo he visto sano y salvo.

—Alabado sea Dios!

Y la jóven respiró con mas libertad.

—Pero donde os hallabais vos, que tan á tiempo habeis venido á ofrecerme vuestro socorro?

—Señora, sorprendido por la tempestad, me encontraba allá abajo en la abertura de una cantera, cuando ví pasar un carruaje. Creí al principio que los caballos iban desbocados: pero bien pronto conocí que por el contrario iban conducidos por una mano firme y entendida. A pocos momentos se dejó oír el estampido que ha acompañado á esa eléctrica descarga, y yo mismo me creí muerto por un momento. Todo cuanto os he dicho lo he visto como en un terrible sueño.

—Entonces no podéis estar seguro de que el que conducía los caballos esté dentro del coche.

—En cuanto á eso, si señora, porque vuelto en mí, al poco tiempo le ví entrar en él.

—Aseguraos de que aun está dentro, yo os lo suplico.

—Y cómo, señora?

—Prestando atención por un momento; llegad, y escuchad si en el interior del carruaje se oye hablar á dos personas.

Saltó el jóven del estribo y aproximándose á la parte ocupada por el sabio anciano, escuchó por un momento.

—Con efecto, señora, dijo el jóven volviendo á ocupar su primitivo puesto, he oído hablar.

La jóven movió la cabeza de una manera que equivalía á decir: bien está; pero permaneció muda y como sumergida en una profunda meditacion.

Durante este tiempo el jóven la estuvo contemplando.

Era aquella una muger de unos veiate y tres á veinte y cuatro años, de tez morena, pero de ese color moreno mate mas bello aun que el mas puro encarnado. Sus hermosos ojos azules, levantados al cielo, al cual parecian interrogar, brillaban como dos estrellas, y sus negros cabellos que no estaban empolvados á pesar de la moda de aquel tiempo, caian en ondulantes rizos sobre su cuello opalino.

La jóven pareció tomar repentinamente una resolucion.

—Caballero, dijo, en qué sitio nos encontramos?

—Sobre el camino de Strasburgo á Paris.

—Y en qué parte del camino?

—A dos leguas de Pierrefitte.

—Y qué es ese Pierrefitte?

—Una poblacion.

—Y despues de Pierrefitte, qué es lo que se encuentra?

—Bar-le-Duc.

—Es una ciudad?

—Sí, señora,

—Populosa?

—De cuatro á cinco mil almas.

—Y hay algun camino que vaya mas directamente á Bar-le-Duc que el camino real?

—No señora, ó por lo menos no le conozco.

—*Pecato!* exclamó aquella volviéndose á recostar en su asiento.

—Esperó unos instantes el jóven por si la señora queria preguntarle algo mas; pero viendo que guardaba silencio, dió algunos pasos para alejarse.

Este movimiento la distrajo de su meditacion, y dijo asomándose con rapidez al cabriolé.

—Caballero!

—Qué queréis? contestó el jóven acercándose nuevamente.

—Permitidme que os haga otra pregunta.

—Como gustéis.

—Habia un caballo atado á la parte posterior del coche?

---Sí, señora.

---Y sigue en el mismo sitio?

---No señora, porque la persona que entró en el interior le quitó de allí para volver á atar una rueda del carruaje.

—Y no le ha sucedido nada al caballo?

—Creo que no.

—Es un hermoso animal á quien yo quiero estremadamente, y desearia asegurar por mi misma de que nada le ha pasado; pero cómo llegar á donde él está, con el lodo que hay?

—Yo os lo traeré aquí.

—Oh! sí, hacédlo por favor; yo os lo suplico.

Acercóse el jóven al caballo, que levantó la cabeza relinchando.

—No tengais miedo, dijo la jóven, es manso como un cordero.

Y luego bajando la voz, prosiguió.

—Djerid! Djerid!

El caballo conociendo sin duda aquel acento, alargó su inteligente cabeza hácia el cabriolé.

Y mientras tanto el jóven le desató; pero apenas hubo visto aquel que la mano que le sujetaba era una mano desconocida, dió una violenta sacudida, y de un solo bote se puso á veinte pasos del carruaje.

—Djerid! repitió la misma voz con cariñoso acento; aquí, Djerid, aquí.

El generoso curcel árabe, sacudió su hermosa cabeza, aspiró el aire con fuerza, y con acompasa-

dos pasos se fué aproximando al cabriolé.

—Ven aquí, Djerid, acércate, prosiguió la hermosa viajera.

Y el obediente animal acercó su cabeza á la mano que se adelantaba, para acariciarle.

En el momento aquella mano delicada se asió á sus crines, y apoyada la otra mano en el cabriolé, la jóven se arrojó sobre la silla con la velocidad de esos fantasmas de las baladas alemanas que saltan á la grupa de los caballos, y se cojen á la cintura de los viajeros.

Lanzóse hácia ella el jóven, pero le detuvo con un ademán imperioso.

—Escuchad, le dijo, aunque jóven, ó por mejor decir, porque sois jóven, debéis tener sentimientos de humanidad. No os opongais á mi marcha. Yo huyo de un hombre á quien amo; pero ante todo soy romana y buena católica. Ese hombre perdería mi alma si yo permaneciese á su lado. Es un ateo, un nigromántico, á quien Dios acaba de conminar por medio de la tempestad. Ojalá que este aviso sea provechoso! Repetidle lo que os acabo de decir, y Dios os bendiga por vuestros favores. Adios.

Y diciendo esto, y ligera como los vapores que flotan en la superficie de los lagos, se alejó y desapareció llevada por el aéreo galope de Djerid.

No pudo el jóven, al verla, contener un grito de sorpresa y de asombro.

Este grito que se oyó desde el interior del carruaje, fué el grito que habia alarmado al viajero Acharat.

IV.

Gilberto.

EL grito de que hablamos fué el que puso alerta al viajero.

Salió precipitadamente del carruaje, cerrándole en seguida con cuidado, y tendió en derredor suyo miradas inquietas.

La primera cosa que distinguió fué al jóven, en pié muy asombrado. Un relámpago que cruzó al mismo tiempo dejó breve espacio para examinarle de piés á cabeza; examen usual del viajero cuando se ofrecia ante sus ojos algun objeto ó personajes nuevos.

Era un mozo de hasta diez y siete años escasos, pequeño, flaco y nervudo; carecian de dulzura, mas no de gracia sus ojos negros que fijaba con osadía en cualquier objeto que escitase su atencion y denotaban astucia y circunspicion; la nariz fina y remangada, los labios delgados y pronunciadas megillas, al paso que se revelaba en él la resolucion por la vigoto-

sa prominencia de su bien contorneada barba.

—Sois vos el que acaba de gritar? le preguntó.

—Yo soy, si señor, contestó el jóven.

—Y con qué motivo?

—Porque..... el jóven no se resolvió á proseguir

—Vamos, por qué, repitió el viajero.

—Caballero, repuso el jóven, ¿no habia una dama en el cabriolé?

—Sí.

Y acompañó Bálamo esta afirmativa lanzando al carruaje una mirada penetrante, cual si quisiera atravesar sus paredes.

—No habia un caballo atado á la trasera del cabriolé?

—Sí, pero donde diablos está?

La dama del cobriolé ha huido con el caballo que os digo.

Nò se le escapó al viajero una exclamacion, no pronunció una palabra; mas de un brinco se arrimó al cabriolé, descorrió las cortinas de cuero y á favor de otro relámpago que á la sazón brillára halló el cabriolé vacío.

—Sangre de Cristo! exclamó con un rugido semejante al trueno que le sirvió de acompañamiento; miró luego en torno suyo en busca de algún medio para salir al alcance: mas pronto se convenció de su insuficiencia.

—Pretender alcanzar á Djerid, dijo meneando la cabeza, con uno de estos caballos, equivaldria á enviar á la tortuga tras de la gacela.... Mas yo sabré

donde está, y á no ser que...

Echó la mano al bolsillo con rapidéz y ansiedad, sacó una cartera y la abrió. En uno de los fuelles de la cartera habia un papel doblado, y en el papel un rizo negro.

Estos cabellos tuvieron la virtud de serenar al viajero, y cobró el reposo, en la apariencia al menos.

---Vaya, dijo pasando por la frente la mano, que al punto se la empapó en sudor: vaya, bien está! no os dijo nada al partir?

---Sí, por cierto.

---Y que dijo?

---Que os anunciára que no se alejaba de vos por odio, sino por miedo; que era buena cristiana mientras vos por el contrario...

Como titubéase el jóven, el viajero le interrumpió con impaciencia, exclamando.

---Mientras que yo.... vamos qué?

---No sé si debo repetir....

---Repetidlo, voto al diablo!

---Mientras que vos erais un ateo, un incrédulo, á quien Dios se ha servido dar esta noche el postrer aviso, que ella comprendió perfectamente, y que deseaba comprendiéseis tambien.

Asomó á los labios del viajero una sonrisa despreciativa y preguntó:

---Es eso todo?

---Todo.

---Enhorabuena; hablemos de otra cosa.

Y con esto pareció que desaparecía de la frente

del viajero las postreras huellas de inquietud y descontentos.

Miraba el joven todos estos impulsos del corazón reflejados en el rostro, con una curiosidad que demostraba cierta dosis de observación.

---Ahora, prosiguió el viajero, no me diréis como os llamais amiguito?

---Gilberto.

---Gilberto á secas? yo creo que ese es nombre de pila.

---A mí me sirve de apellido.

---Pues bien, querido Gilberto, la providencia os condujo á mí para sacarme de apuros.

---Estoy á vuestras órdenes, y cuanto de mí dependa.....

---Lo hareis? mil gracias. A vuestra edad sirven los jóvenes á cualquiera, por el mero placer de servir: ni tampoco es muy difícil el favor que voy á pedir: se reduce lisa y llanamente á que me indiquéis un albergue para esta noche.

---Teneis en primer lugar, dijo Gilberto, esa roca debajo de la cual me resguardé yo de la tempestad.

---Sí, pero preferiría una casa donde me dieran buena cena y buena cama.

---Eso es mas difícil.

---Tan distantes estamos del primer pueblo?

---De Pierreflute?

---Se llama Pierreflute?

---Si señor, y estará de aquí cosa de legua y media.

—Legua y media, con la noche que hace y con estos dos caballos no la andamos en dos horas. Vamos, amigo mio, discurred, ¿no hay en los alrededores alguna habitacion?

—El casillo de Taverney estará trecientos pasos.

—Ah! pues entonces.... dijo el viajero.

Cómo! exclamó el jóven mirándole con asombro.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Es que el castillo de Taverney no es posada.

—¿Pero está habitado?

—Sin duda.

—¿Y por quien?

—Por quien á de ser? por el baron de Taverney.

—¿Y qué baron es ese?

—Señor, es el padre de la señorita Andrea.

—Celebro saberlo, dijo el viajero sonriéndose: pero yo pregunto que especie de hombre es el baron.

—Es un señor de sesenta á sesenta y cinco años, que fué muy rico en otro tiempo segun dicen.

—Y ahora es pobre; historia harto frecuente. Amigo mio, ruegoos, que me acompañeis á casa del baron de Taverney.

—¿A casa del baron? exclamó el jóven casi asustado.

—¿Os negareis á hacerme ese obsequio?

—No señor pero....

—¿Qué?

—No va á recibiros.

—Como no ha de recibir á un caballero extraviado que le pide hospitalidad? Es algun salvage ese baron?

—Um! exclamó el joven con una entonación que significaba—Si no lo es, se le parece mucho.

—No importa, dijo el viajero, probaremos.

—No os lo aconsejo, por vida mía! repuso Gilberto.

—Bah! replicó el viajero, por salvaje que sea ese baron no ha de comerme vivo.

—No, pero es muy posible que os cierre la puerta.

—La echaré á bajo, y á no ser que os negueis á servirme de guía...

—No me niego, caballero.

—Pues enseñadme el camino.

—Con mil amores.

Volvió á subir el caballero al cabriolé, y tomó una linternilla.

Por un momento esperó el joven que habiéndose apagado la linterna, entraria en el carruaje el desconocido y seria posible distinguir lo que dentro habia.

Mas ni siquiera se acercó á la puerta de la caja, y el viajero puso la linterna en manos del joven.

Este la volvió y revolvió en todas direcciones, diciendo:

—Qué quereis que haga con esta linterna?

—Alumbrar el camino, mientras que yo conduzco los caballos.

—Si está apagada.....!

—Por eso vamos á encenderla.

—Ya, repuso Gilberto, traéis fuego dentro del carruaje?

—Difícil será que la yesca se encienda con esta lluvia.

Sonrióse el viajero y dijo:

—Abrid esa linterna.

Gilberto obedeció.

—Ahora poned el sombrero sobre mis manos.

Hizolo así Gilberto, observando este preparativo con la mayor curiosidad, pues no conocia mas medios de proporcionarse lumbré que el carbon y la yesca.

Sacó el viajero del bolsillo un estuche de plata y de este estuche una mecha: abriendo en seguida la parte inferior del estuche, metió la mecha en una pasta, inflamable sin duda, porque con un ligero chasquido se encendió la mecha:

Tan instantánea; tan inesperada fué la accion, que no pudo menos Gilberto de estremecerse.

Hizo sonreír al viajero esta sorpresa; tan natural en una época en que solamente algunos químicos conocian el fósforo, y guardaban este secreto para sus experimentos personales.

Comunicó el viajero la llama mágica á la bujía de la linterna y cerró y se guardó el estuche.

Miraba el jóven con condiciosos ojos el precioso recipiente, traslucíase que no hubiera perdonado sacrificio alguno por poseer aquel tesoro.

—Ahora que tenemos luz ¿quercis guiarme? preguntó el viajero.

—Vamos, señor vamos.

Y echó á andar el jóven, y en pos el desconocido con el caballo cogido del freno.

Habia mejorado algo el tiempo, la lluvia cesára

casi del todo, la tempestad se alejaba muiendo.

El viajero se adelantó á anudar de nuevo la conversacion.

—Segun parece, ¿conocéis mucho á ese baron?

—Si señor, y no tiene nada de particular, porque estoy en su casa desde mi infancia.

—¿Es pariente vuestro?

—No señor.

—¿Tutor acaso?

—Unpoco.

—Amo?

Estremeciósese el jóven al oír este nombre de amo, y acudió á sus mejillas, pálidas ordinariamente, un subido carmin.

No soy criado, caballero.

—Pero, alguna cosa seréis.

—Soy hijo de un antiguo arrendador del baron: mi madre fué nodriza de la señorita Andrea.

—Comprendo: estais en la casa como hermano de leche de esa jóven, porque supongo que será jóven la hija del baron.

—Diez y seis años, señor.

De las dos preguntas vemos que Gilberto esquivaba la una, precisamente la que le atacó.

Esta observacion se le ocurrió tambien al viajero: mas dirigió su interrogatorio á otro punto.

—Por qué casualidad estabais en el camino con tiempo tan infernal?

—No venia yo por el camino, estaba guarecido bajo una roca inmediata al camino.

—Y qué haciais allí?

—Leer.

—Leer! el qué?

—El *contrato social* de J. J. Rousseau.

Miró al joven el viajero con sorpresa.

—Habeis tomado ese libro de la biblioteca del baron? preguntó.

—No señor, le he comprado.

—Dónde, en Bar-le-Duc?

—No señor; aquí, á un buonero que pasaba: ahora andan muchos buoneros con buenos libros.

—Quién os ha dicho que el *contrato social* era un buen libro?

—Lo he juzgado leyéndole.

—Habeis leído algunos malos, para establecer esa diferencia?

—Sí.

—Y cuáles libros llamais malos?

—Claro es que al *Sofa*, *Tansay* y *Neadarmo*(1) y otros del mismo jaez.

—Dónde diantres habeis encontrado esos libros?

—En la biblioteca del baron.

—Y cómo se proporciona esas novedades el baron, en un agujero como en el que mora?

—Se las envian de Paris.

—Ola! siendo pobre como decis, gasta el baron su dinero en esas bagatelas?

—No las compra, se las dan.

(1) Novelas libertinas de Crébillon el joven.

—Se las dan? y quien?

—Un amigote suyo, un gran señor.

—Sabeis su nombre?

—El duque de Richelieu.

—Ah! el viejo mariscal?

—Con efecto, el mismo.

—Presumo que no dejará esos libros al alcance de la señorita Andrea.

—Bah! se los deja por cualquier parte.

—Y opina como vos la señorita Andrea, que son malos esos libros? preguntó el viagero con irónica sonrisa.

—No los lee la señorita, respondió Gilberto secamente.

Calló el viagero: conocíase que á su pesar le interesaba aquel singular carácter, mezcla de bueno y malo, de pudor y de osadía.

—Por qué leisteis esos libros, sabiendo que eran malos? continuó el que fuera designado por el sabio anciano con el nombre de Acharat.

—Porque desconocia su valor al abrirlos.

—Pero pronto los juzgasteis.

—Sí señor.

—Y continuasteis su lectura?

—Si, señor.

—Con qué objeto?

—Me enteraban de cosas que yo no sabia.

—Y el contrato social?

—Me enseña cosas que yo habia adivinado.

—Cuales?

—Que todos los hombres son hermanos, que las sociedades estan mal organizadas, pues tienen siervos ó esclavos, y que algun dia todos los individuos seran iguales.

—Ola, ola! dijo el viajero.

Hubo un instante de pausa, sin que interrumpieran su marcha, hasta que el viajero continuó:

—Teneis muchos deseos de saber?

—Sí, señor, es mi mas ardiente afan.

—Veamos, que es lo que quisierais aprender?

—Todo, respondió el jóven.

—Con qué fin?

—Para elevarme.

—Hasta donde?

Vaciló Gilberto; bien se conocia que su pensamiento tenia un término; mas este era sin duda un secreto, y no queria revelarlo.

—Hasta dónde puede llegar el hombre? contestó.

—Habeis estudiado algo?

—Nada. Cómo habia de estudiar siendo pobre y residiendo en Taverney.

—No sabeis algo de matemáticas?

—No.

—Ni de fisica?

—Tampoco.

Ni de química?

—Menos. Se leer y escribir únicamente, mas yo lo sabré todo.

—Cuándo?

—Algun dia.

---Pero cómo?

-- Lo ignoro: mas yo sabré!

Qué singular muchacho, murmuró el viajero.

---Entonces....balbuceo Gilberto como si hablara consigo.

---Entonces.... qué?

---Nada.

Así fueron andando por espacio de un cuarto de hora; habia cesado la lluvia y comenzaba á esklar la tierra el áspero perfume que en primavera viene en pos de las ardientes emanaciones de la tempestad.

Gilberto reflexionaba profundamente.

---Caballero, dijo de pronto, sabéis lo que es la tempestad?

---Vaya si lo sé!

---Vos?

---Yo.

---Conque sabéis en qué consiste la tempestad? Sabéis lo que causa el rayo?

--Es la combinacion de las electricidades: la electricidad de la nube, y la electricidad de la tierra.

Escapósele un suspiro á Gilberto diciendo:

---Ah! no comprendo.

Sin duda iba el viajero á dar alguna explicacion mas comprensible, mas por desgracia brilló en aquel momento mismo una luz por entre el follaje.

---Qué es eso? preguntó el desconocido.

---Es Taverney.

---Hemos llegado ya?

---Esa es la puerta carretera.

---Pues abridla.

---La puerta de Taverney no se abre así como quiera.

---Diantre! es alguna plaza de guerra el tal castillo? llamad.

Acercóse á la puerta Gilberto, y con el recelo propio de la timidez, dió un golpe.

---De esa suerte, dijo el viajero, no os van á oír jamás: llamad mas fuerte.

En efecto no habia indicio de que hubiera sido oido Gilberto, y todo seguia en silencio.

---Tomais á vuestro cargo las resultas? dijo Gilberto.

---No tengais miedo.

Ya no vaciló Gilberto, soltó el aldabon y se colgó de la campanilla, que produjo un agudísimo sonido.

---Por mi vida que si ahora no ha oido el baron, ha de ser sordo por fuerzal dijo el viajero.

---Mahon ladra, repuso el jóven.

---Mahon! repitió el viagero: será sin duda alguna galantería de vuestro baron en favor del duque de Richelieu.

---No sé, no os comprendo.

---Mahon es la última conquista del mariscal.

Eshaló Gilberto un profundísimo suspiro.

---Ay! señor, he hecho ya la triste confesion de mi ignorancia.

Para el estrangero, aquellos dos suspiros compendiaban una série de sufrimientos ocultos y ambiciones comprimidas, si no que malogradas.

Sonó entonces un ruido de pasos y el extranjero exclamó.

---Ya era tiempo!

---Es el bonazo de La-Brie, dijo Gilberto.

Abrióse la puerta; mas á vista del desconocido y de su extraño carruaje, La-Brie, cogido de improviso, pues solo esperaba hallarse con Gilberto, quiso cerrar otra vez la puerta.

---Con vuestro permiso, buen amigo, dijo el viagero: siendo aquí donde venimos, no es justo que nos deis con la puerta en los hocicos.

---Con todo, debo avisar al señor baron una visita inesperada.

---No hay necesidad de que os tomeis el trabajo de avisarle. Yo sobrellevaré el primer impulso de su mal humor, y si se me echa, yo respondo de que tal cosa no sucederá hasta despues de haberme calentado y repuesto. He oido decir que habia por acá buen vino: es verdad?

En vez de contestar á la pregunta, quiso La-Brie retirarse: mas el viagero tenia su resolucion formada, y así en un instante metió por el parque adentro los caballos, mientras Gilberto cuidaba de cerrar la puerta. Viéndose La-Brie vencido, resolvió ir en persona á anunciar su derrota, y renqueando como pudo, echó á correr hácia la casa gritando con todo el vigor de sus pulmones.

---Nicolasa! Nicolasa!

---Quién es esa Nicolasa? preguntó el forastero sin dejar de avanzar hácia el edificio con la misma tranquilidad.

--Nicolasa, decis? repitió Gilberto con un ligero temblor.

--Sí esa á quién llama La-Brie.

--Señor, Nicolasa Legay es la doncella de la señorita Andrea.

A los gritos de La-Brie, apareció una luz debajo de los árboles, alumbrando un delicioso rostro de muchacha.

--Qué quereis, La-Brie, exclamó, por qué gritas de ese modo?

--Pronto, Nicolasa, aprieta, chilló la voz temblorosa del viejo; corre á anunciar al ama que un caminante sorprendido por la tempestad, le pide hospitalidad por esta noche.

No necesitó mas Nicolasa para echar á correr con tanta celeridad, que en breve se le perdió de vista.

La-Brie, por su parte, seguro ya de que su señor no sería cogido de improviso, creyó lícito cobrar algun aliento.

El mensaje produjo un pronto efecto porque oyóse una voz ágría é imperiosa que desde el umbral de la puerta y en lo alto de la escalera que se alcanzaba á ver por entre las acacias, decia con un tono muy poco hospitalario.

--Un caminante!.... y quién es ese? paréceme que quien se presenta en una casa debería comenzar por dar su nombre.

--Es el baron? preguntó á La-Brie, el causante de todo aquel alboroto.

--Ay! señor, contestó muy compungido el pobre viejo; no ois lo que pregunta?

--Mi nombre; no es así?

--En efecto. Y yo que me olvidé de preguntarlo.

--Anunciad al baron José Bálamo, dijo el viajero; es probable que la paridad del título desarmen á tu señor.

Hizo su anuncio La-Brie, un tanto alentado por el título con que acababa de condecorarse el desconocido.

--En ese caso, está bien, masculló la voz; que pase, una vez que está ya allí.... Entrad, caballero entrad; por aquí.

Avanzó el extranjero con paso rápido; mas al llegar al primer escalon, asaltóle la curiosidad de ver si lo seguía Gilberto; mas Gilberto había desaparecido.

El baron de Tavernuey.

Aun cuando iba prevenido por Gilberto de la penuria del baron de Tavernuey, el que se anunciara bajo el nombre de baron José Balsamo no pudo menos de sorprenderse en vista de la sencillez de la vivienda bautizada enfáticamente por Gilberto con el nombre de castillo.

Un solo piso tenia la casa en forma de un cuadrilongo, elevándose á ambos extremos dos pabellones cuadrados en forma de torrecillas. Sin embargo al pálido fulgor de una luna á medio velar por nubes desgarradas por el huracan, tenia cierta gracia pintoresca aquel irregular conjunto.

Seis ventanas de frente, un vestibulo bastante desahogado, pero cuyos escalones dislocados dejaban abierta en cada juntura una sima; tal fué la vista que se le ofreció al busped antes de subir á la entrada, donde como ya dijimos, aguardaba el baron en bata con una buja en la mano.

El baron de Taverney pasaba de los sesenta inviernos; tenia ojos vivos y frente despejada, aunque un tanto achatada por el vértice, donde llegaba apenas una mala peluca que en la luz de las bujías perdiera los pocos rizos que los ratones le habian dejado. En la mano tenia una servilleta de problemática blancura, lo cual era indicio de que habia sido sorprendido en el momento de sentarse á la mesa.

La maliciosa faz, algo parecida á la de Voltaire, estaba animada en aquel momento por una expresion doble fácil de adivinar: la política mandaba recibir con la sonrisa en los labios al huésped desconocido, empero la impaciencia trocaba esta disposicion en un gesto atrabiliario, de suerte que á la incierta luz de la bujía, el baron de Taverney debia parecer un señor muy feo.

---Caballero, dijo, podré saber á qué feliz casualidad debo el placer de recibirnos en mi casa?

---A la tempestad que asustó á los caballos y que por poco vuelcan mi carruaje. Me hallaba en el camino real sin postillones, pues el uno habia dado una caída, cuando por fortuna encontré á un jóven que me indicó el camino de vuestro castillo, dispensando los mayores elogios á vuestra conocida hospitalidad.

Levantó el baron la bujía para abarcar mas espacio á ver si descubria al torpe que le deparaba aquella dichosa casualidad de que habia hablado.

El viajero por su parte tambien miró alrededor para cerciorarse de que su guia habia desaparecido.

---Sabeis como se llama el que os dió las señas

de mi castillo? preguntó el baron deseoso de saber á quien debia mostrar su reconocimiento.

-- Es un jóven que creo ha de llamarse Gilberto.

---Ah! ah! Gilberto! no pensé que sirviera ni aun para eso. El holgazan de Gilberto! el filósofo, eh?

Por este flujo de epítetos, acentuados de un modo amenazador, conoció el huésped que habia poquitas simpatias entre el señor y el vasallo.

---Vaya, dijo el baron despues de una pausa tan espresiva como sus palabras, servios pasar, caballero.

---Antes, dijo el viajero, me permitiréis que cuide de acomodar mi carruaje, que contiene objetos bastante preciosos.

---La-Brie! gritó el baron, La-Brie, pon el coche debajo del cobertizo, donde estará mas resguardado que en medio del patio; en cuanto á los caballos ya es otro cantar, no respondo de que tengan pienso; pero como supongo que serán del maestro de postas, no tendreis gran sentimiento.

---Sin embargo, dijo el viajero impacientado, si molesto como voy creyendo...

---Nada de eso, señor mio, saltó el baron cortesmente, no me molestais; pero vos sí sereis el molestado.

---Oh! yo estaré siempre reconocido.

---No me hago ilusiones, dijo el baron volviendo á alzar la bujía, para estender el círculo de luz hácia el lado donde Bálsamo, ayudado por La-Brie, conducia su carruaje; y levantando la voz á medida que el huésped se alejaba; no me hago ilusiones.-Ta-

verney es una morada bien triste y lo que es peor, muy pobre.

Hallábase demasiado ocupado el viagero para responder; buscaba el sitio mas abrigado del cobertizo para colocar el carruaje, y así que hubo hecho su elección, puso un luis en la mano á La-Brie, volviendo á donde estaba el baron.

La-Brie se guardó su luis sin mirarle muy convencido de que sería una moneda de veinte y cuatro sueldos, y aun dando gracias á Dios por tan generosa propina.

---No permita Dios juzgue yo vuestro castillo tan mal como vos mismo, dijo Bálamo, saludando al baron, el cual para probar la verdad de lo que decia le condujo gruñendo, por una larga y húmeda antecala.

---Sé muy bien lo que me digo: por desgracia conozco mis recursos que son bien escasos. Si sois frances, señor baron, bien que vuestro acento alemán indica que no lo sois... Y vuestro nombre italiano... Pero esto no es del caso, si sois frances, repito, el nombre de Taverney os traeria á la memoria ideas de lujo, por que solian decir en otros tiempos: Taverney el rico.

Bálamo pensaba que esta frase terminaría con un suspiro, mas no oyó nada.

---Filosofía tenemos, dijo entre sí.

Por acá, señor baron, por acá, continuó el baron abriendo la puerta del comedor. La-Brie, sírvenos la cena como si tu valieras por cien lacayos.

La-Brie corrió á obedecer á su amo.

---No tengo mas criado que este, dijo Taverney

y me sirve bien mal; pero no puedo tener otro. Este imbécil hace que está conmigo cerca de veinte y cinco años sin haber tomado un cuarto de su salario, y yo le mantengo... poco mas ó ménos como él me sirve... Oh! ya veréis, es estúpido!

Bálsamo proseguía el curso de sus observaciones.

---Sin corazon! dijo para sí; pero acaso esto no es mas que afectacion.

El baron volvió á cerrar la puerta del comedor, y solo entonces, gracias á la bugía que alzaba por cima de su cabeza, pudo el viajero tender una escudriñadora mirada á su alrededor.

Era un anchuroso aposento que habia sido en otro tiempo la pieza principal de un pequeño fuerte elevado por su propietario al rango de castillo, y estaba tan escasamente amueblado, que á primera vista parecia vacío. Unas sillas de paja con respaldo tallado, grabados de las batallas de Lebrun en marcos de madera barnizada de negro, un armario de encina ennegrecido por el humo y los años, constituian todo su adorno. En medio se elevaba una pequeña mesa redonda, sobre la cual humeaba un solo plato compuesto de perdigones y col. El vino estaba contenido en una botella de barro de ancha cabida: la vajilla usada, ennegrecida, y abollada se componia de tres cubiertos, una copa y un salero. Esta última pieza, de un trabajo esquisito y de gran peso, parecia un diamante de precio en medio de guijaros sin valor ni brillo.

---Vedlo, caballero, vedlo, le dijo el baron ofre-

ciendo una silla á su huésped, cuya mirada investigadora habia seguido. Ah! vuestra mirada se detiene en mi silleria; la admirais, y esto es político, de buen gusto, pues reparais en la única cosa presentable; caballero, os doy las gracias con todo mi corazon; pero aun tengo otra cosa mas preciosa, á fé mia, y es mi hija.

---La señorita Andrea? dijo Bálamo.

---Si, á fé mia, la señorita Andrea, dijo el baron maravillado de que su huésped estuviese tan bien instruido, y os quiero presentar á ella. Andrea! Andrea! ven, hija mia, no tengas miedo.

---Yo, no tengo miedo, padre mio, respondió con una voz dulce y sonora á la vez una alta y hermosa jóven; presentándose á la puerta sin cortedad pero no por eso con descaro.

Aunque en gran manera dueño de sí mismo, como no habrá podido menos de notarse, sin embargo, no pudo menos Bálamo de inclinarse ante aquella notable hermosura.

En efecto, Andrea de Taverney, que acababa de presentarse, como para dorar y enriquecer cuanto la rodeaba, tenia el cabello castaño claro, que lo era mas hacia las sienes y el cuello; sus ojos negros brillantes y rasgados tenian la fija y penetrante mirada del águila; empero la suavidad de su mirada era indecible; su boca formaba un caprichoso arco de coral húmedo y brillante, unas manos admirablemente blancas, afiladas, y de dibujo griego, se unian á unos brazos deslumbradores por su forma y color; su talle á

la vez flexible y firme la asemejaba á una hermosa estátua pagana animada por un prodigio: su enano pié, cuya curba habria sido notable aun al lado del de la cazadora Diana, parecia no poder llevar el peso de su cuerpo sino por un milagro de equilibrio; el traje, en fin, aunque de la mayor sencillez, era de un gusto tan perfecto y tan acomodado al conjunto de su persona, que acaso habria aparecido á primera vista menos elegante y rico un traje completo sacado del guarda-ropa de una reina.

Todos estos maravillosos detalles sorprendieron á Bálamo á la primera ojeada; y todo lo habia visto y notado desde el momento en que la señorita de Taverney se presentó á la puerta del comedor hasta el en que la saludó; por su parte el baron no habia perdido una sola de las inspiraciones producidas en su huésped por aquel inapreciable conjunto de perfecciones.

—Razon teneis, dijo en voz baja Bálamo, volviéndose al baron: esta señorita es una hermosura sin igual.

—No aduleis demasiado á esta pobre Andrea, caballero, dijo negligentemente el baron; pues sale de un convento y creeria vuestras lisonjas. Oh! y no os lo digo porque tema su coqueteria; no, pues que bien al contrario de esto, creo que mi hija no es bastante coqueta, caballero, y como buen padre procuro desarrollar en ella aquella cualidad que constituye la principal fuerza de la mujer.

Bajó los ojos Andrea ruborizada, sin poder ha-

cer otra cosa al oír la singular teoría de su padre; no obstante toda la buena voluntad con que la escuchaba.

—¿Oía decirlo mismo esta señorita cuando estaba en el convento? preguntó riendo José Bálamo al baron, ¿y era ese precepto parte de la enseñanza que daban las religiosas?

—Señor mio, contestó el baron, yo tengo, como habeis podido notar, mis ideas particulares.

Bálamo se inclinó en señal de conformidad con esta pretension del baron.

—Nó, continuó, no quiero imitar á esos padres de familia que dicen á su hija; sé gazmoña, inflexible ciega, embriégate de delicadeza y desinterés. ¡Imbécil! Es como si sacaran al palenque un campeón completamente desarmado para combatir con un contrario armado de todas armas. ¡No por Dios! no sucederá así á mi hija Andrea, aunque sea educada en el agujero de Taverney.

Aunque de acuerdo con el baron sobre el apodado á su castillo, Bálamo creyó sin embargo deber significar por señas una política contradiccion.

—Bien, bien, continuó el viejo, respondiendo al juego de fisonomía de Bálamo, dígoos que conozco á Taverney, y sea como quiera, y por mas alejados que estemos de ese sol resplandeciente que llaman Versalles, mi hija conocerá el mundo que yo he conocido en otro tiempo; ella entrará allí, si esto llega á suceder, con un arsenal completo, que le forjo ayudado de mi esperiencia y mis recuerdos.... pero, caballe-

ros; os confieso que el convento lo ha hechado todo á perder.... estas cosas solo me suceden á mí: mi hija es la primer pensionista que ha tomado buena enseñanza y seguido á la letra del evangelio. Por Dios! convenid, baron, en que esto es tener desgracia.

—Esta señorita es un ángel, respondió Bálarno, y en verdad, caballero, que no me sorprende lo que me decís.

Saludó Andrea al baron en señal de gratitud y simpatía, y en seguida tomó asiento á una silla de su padre.

—Sentáos, baron, dijo Taverney, y comed sino os falta apetito. Es un horrible guisado hecho por ese animal de La-Brie.

—Perdices! Y llámáis por eso horrible guisado? dijo sonriendo el huésped del baron. Calumniais vuestra mesa. Son de vuestras tierras estas perdices?

—Mis tierras! Ha mucho tiempo que todas las que tenia, y cuidado que mis padres me dejaron una buena porcion, están vendidas, comidas, y dixeridas. Ah, Dios mio! gracias al cielo, no tengo ni una pulgada de tierra, lo que se llama una pulgada. Es ese holgazan de Gilberto, que no sirve para nada mas que para leer y meditar, y que en sus ratos perdidos habré adquirido no sé cómo ni dónde, una escopeta, pólvora y municion, el que va á cazar furtivamente estos volátiles en las tierras de mis vecinos. Con eso irá á galeras, y ciertamente le dejaré ir, porque esto me desembarazará de él. Mas Andrea gusta de la caza, y por mi hija perdono al señor Gilberto.

Bálsamo examinó el hermoso rostro de Andrea, y no descubrió en él ni una señal de sobresalto; ni la menor sombra de alteracion.

Sentóse el forastero á la mesa, entre el padre y la hija, y esta sin mostrar empacho en lo mas minimo por la penuria de las viandas, le sirvió su porcion de aquel plato provisto por Gilberto, guisado por La-Brie y que tanto despreciaba el baron.

Entretanto el pobre La-Brie, que no perdía una palabra de los elogios que Bálsamo prodigaba á su persona y á la de Gilberto: presentaba los platos con un semblante contrito, que se convertia en triunfante á cada elogio que el baron tributaba á sus condimentos.

---No le ha puesto sal á su maldito guisado! dijo el baron despues de haber devorado dos alas de perdiz que su hija habia colocado en su plato sobre una buena cama de col. Andrea, alargó ese salero al señor baron.

Obedeció Andrea alargando el brazo con esquisita gracia.

---Ah! os sorprendeis tambien admirando mi salero? dijo Taverney.

---Esta vez os engañais, caballero, respondió Bálsamo; es la mano de esta señorita lo que admiraba.

---Oh! magnífica lisonja digna de Richelieu! Mas ya que lo teneis en la mano, baron, examinad ese famoso salero; fué encargado por el regente á Lucas el platero. Son amores de sátiros y de bacantes;

verdad es que el dibujo es un poco libre, pero es muy lindo.

Bálsamo notó entonces que el grupo de figurillas trabajo primoroso y encantador, era no solo libre sino obsceno, lo cual le hizo admirar la calma é indiferencia de Andrea, que por órden de su padre le habia presentado el salero sin pestañear y seguia comiendo tranquilamente y sin ruborizarse.

Pero como si el baron se hubiese propuesto deslumbrar el barniz de inocencia que, á manera del vestido virginal de que habla la escritura, cubria totalmente á su hija, continuó detallando todas las bellezas de su alhaja, á pesar de los esfuerzos de Bálsamo para mudar de conversacion.

---Comed, baron, dijo Tavernay, porque os advierto que no hay mas que este plato. Acaso os figurais que va á venir el asado y los entremeses; pero desengañaos porque llevareis un horrible chasco.

---Perdonad, dijo Andrea con su frialdad habitual; pero si Nicolasa me ha comprendido debe estar preparando una tortilla de un modo que le he enseñado.

---Calle! vos, señorita, enseñado cocina á Nicolasa Legay vuestra doncella! vuestra doncella guisando! Guisaban acaso para el rey la duquesa de Chateaux ou ó la marquesa de Pompadour? Al contrario, el rey era el que les hacia á ellas tortillas... Válgame Dios! Qué vea yo en mi casa guisar á las mugeres!....
Baron, os suplico dispenséis á mi hija.

---Pero, padre mio, preciso es comer, dijo tran-

quilamente Andrea, Nicolasa, añadió levantando la voz, está eso?

---Sí, señorita, respondió la jóven poniendo en la mesa un plato que olía del modo mas apetitoso.

---Estoy seguro de que no comeré de ese plato, dijo Taverney furioso quebrando el suyo.

---Pero no es esta razon para que deje de comerlo este caballero, dijo friamente Andrea.

Volviéndose en seguida á su padre:

---Bien sabeis, señor, que no os quedan mas que diez y siete platos de este servicio que me dejó mi madre.

Y dicho esto, trinchó la humeante torta que Nicolasa acababa de colocar sobre la mesa.

VI.

Andrea de Taverney.

EL genio sagaz y observador de José Bálamo, en-
contraba ancho campo en cada detalle de aquella exis-
tencia aislada y estraña, perdida en un rincon de la
Lorena.

Habiále bastado el salero para darle á conocer ba-
jo todos aspectos el carácter del baron, y llamando
tambien en su ayuda á su mas delicada penetracion,
estudió las facciones de Andrea, mientras que esta se
entretenia en limpiar con la punta de un cuchillo las
figuras de plata de unos candeleros, que parecian es-
capados de una de esas cenas nocturnas del Rejente, y
cuyas bujías tenia Canillac el encargo de apagar.

Bien fuese por curiosidad ó impedido por otro
sentimiento, lo cierto es que Bálamo consideraba á
Andrea con tal perseverancia, que dos ó tres veces, en

menos de dos minutos, se encontraron sus miradas con las de la jóven. Al principio aquella pura y casta doncella resistió sin confusion tan singular mirada: pero llegó á ser tanta su fijeza mientras el baron destrozaba, con ayuda del cuchillo, la obra maestra de Nicolasa, que empezó á apoderarse de ella una impaciencia febril, agolpándosele la sangre á las mejillas. Turbada por aquella mirada sobrehumana, quiso desafiarla, y entonces ella fué quién miró al baron con sus ojos grandes, claros y dilatados; sin embargo, pronto tuvo que ceder, é inundados sus párpados por el fluido magnético que irradiaban los ardientes ojos del huésped, tuvo que bajarlos timidamente para no volverlos á levantar mas que á medias y perezosamente.

En tanto que esta lucha silenciosa se planteaba entre la jóven y el misterioso viajero, el baron refunfuñaba, gruñía, juraba como un verdadero señor campesino y pellizcaba el brazo á La-Brie, que desgraciadamente para él se encontraba á su lado en un momento en que la irritacion nerviosa le hacia sentir la necesidad de pellizcar algo.

Otro tanto iba á hacer con Nicolasa, cuando sus ojos por la primera vez sin duda, se detuvieron en las manos de la camarera.

Es de advertir que el baron se moria por las manos bonitas, y por manos hermosas habia hecho todas sus locuras en la juventud.

¡Vaya unos dedos tan lindos como tiene esa bribonzuela! Si como se gasta la uña se encorvase suavemente sobre la piel, tendria una belleza superior, pero

la leña que se raja, las botellas que se enjungan, las cacerolas que se fríegan, destrozan horrorosamente el cuerno, porque cuerno es, señorita Nicolasa, lo que tenéis en la estremidad de los dedos.

Poco acostumbrada Nicolasa á tan amable tratamiento, miraba sonriendo al baron con mas asombro que vanidad.

—Sí, sí, dijo el baron notando lo que pasaba en el corazon de la jóven coquetuela. Poneos orgullosa, os lo aconsejo. Oh! debo deciros, querido huésped que esta muchacha no es mogigata como su ama y los chicoleos no la asustan ni la avergüenzan.

Los ojos de Balsamo se volvieron vivamente hácia la hija del baron, y vió brillar el mayor desden en el bello rostro de Andrea: Parecióle entonces oportuno poner su figura en armonía con la de la altiva niña, y esta que lo notó, sin duda no pudo menos de agradecersele, pues que desde aquel momento le miró ya con no tanta dureza, ó al menos con menos inquietud que hasta entonces.

—Creeréis, caballero, continuó el baron, haciendo una caricia á Nicolasa y decidido al parecer á tenerla por bonita aquella noche, ¿creeréis que esta doncella viene de un convento como mi hija y que apenas ha recibido educacion? Asi es que no se separa ni un minuto de su ama. Oh! Es un desinterés capaz de entusiasmar de alegría á esos señores filósofos que se empeñan en sostener que estas especies tienen tambien alma.

—No es por desinterés, dijo descontenta Andrea.

Oh! no es por desinterés por lo que Nicolasa no me deja, es porque yo se lo mando,

Miró Bálamo á Nicolasa para leer en su rostro el efecto que producirán en ella estas palabras de su ama, altaneras hasta la insolencia, y vió que sus labios se crispaban, lo cual queria decir que no era insensible á las humillaciones que se le hacian como criadas.

Promto, empero, desapareció toda la señal de disgusto: que al volverse la camarera, para ocultar sin duda una lágrima, fijáronse sus ojos en una ventana del comedor que daba al patio. Todo interesaba á Bálamo, que parecia buscaba alguna cosa á su vez en medio de los personajes con quien habia sido introducido, todo interesaba á Bálamo, decimos, su mirada, pues, siguió la mirada de Nicolasa, y se le antojó vislumbrar el rostro de un hombre tras de aquella ventana, objeto de la atencion de la jóven.

En verdad, pensó, que todo es curiosidad en esta casa: cada cual tiene su misterio; y espero que no pasará una hora sin que conozca el de la señorita Andrea. Ya conozco el del baron y he adivinado el de Nicolasa.

—Por corto que fuese este momento de distraccion, fué sin embargo notado por Taverney que le dijo.

Calle! Andais tambien distraido? Pues por mi vida que el plin y la meditacion son una enfermedad contagiosa y bastante general en esta casa. Voy á manifestárolo sino. La primera meditabunda es nuestra Andrea; tenemos tambien á Nicolasa que siempre ví con sus meditaciones á cuestras, y por fin, hasta está

siempre caviloso ese muchacho, ese holgazan que ha muerto las perdices y que tambien debian estar meditando cuando se han dejado matar.

Gilberto? preguntó Bálamo.

—Sí! un filósofo rematado. A propósito de filósofos: sois amigo de ellos por casualidad? Oh! entonces, os lo prevengo, no sois de los míos....

---Caballero, no estoy bien ni mal con ellos, porque no los conozco, respondió Bálamo.

---Tanto mejor, porque, son unos animales tan venenosos como feos. Pierden la monarquía con sus máximas. Ya no se rie en Francia, se lee, y qué se lee? Frases como aquellas de: *Con un gobierno monárquico es muy difícil que un pueblo sea virtuoso* (1); ó bien: *La verdadera monarquía no es mas que una constitucion imaginada para corromper las costumbres de los pueblos y sojuzgarlos* (2); y tambien *Si la autoridad de los reyes emana de Dios, es como las enfermedades y las plagas del género humano.* (3) Qué lindo es todo esto! Quisiera que se me dijese para qué serviria un pueblo virtuoso. Ay amigo mio! todo va mal, muy mal desde que S. M. ha hablado con Voltaire y leído los libros de ese parlachin de Diderot.

En este momento parecióse á Bálamo que otra vez aparecia el rostro pálido por detras de los

(1) Montesquieu.

(2) Helvecio.

(3) Rousseau.

cristales. Pero desapareció al punto que fijó su vista en él.

---Seréis acaso filósofa, señorita? preguntó Bál-samo sonriendo.

---No sé lo que es filosofía, respondió Andrea. Sé únicamente que me agrada todo lo que es grave y serio.

---Queridita, dijo el baron, nada hay mas grave y mas serio que saber vivir bien. Hazlo así y acertarás.

---Aie parece que la señorita no aborrece á la vida? preguntó Bál-samo.

---Segun y conforme, caballero, respondió Andrea.

---He ahí otra estupidez, dijo el baron, y lo peor es que con lo mismo mismísimo me salió mi hijo en otra ocasion.

---Teneis un hijo, mi amado huésped? preguntó Bál-samo.

---Oh! sí, tengo esa desgracia; un vizconde de Taverney, teniente de los guardias del Delfin: excelente alhaja!...

Pronunció el baron estas palabras apretando los dientes, como si hubiera querido mascar las letras.

---Os felicito por ello, caballero dijo Bál-samo inclinándose.

---Sí, respondió el viejo: otro filósofo. A fé mia qué da esta compasion. Pues no me hablaba el otro dia de emancipar á los negros?— Y el azúcar! de donde sacaremos la azúcar? le pregunté. Gústame á mí

el café con mucha azúcar y lo propio al Rey Luis XV.— Oh! me respondió vale mas carecer de azúcar que ver sufrir todo una raza.... Raza de monos, le contesté yó, y esto haciéndoles todavia gran favor.— Pues sabéis lo que pretendia?— Vamos, si digo que hay alguna epidemia que les trastorna las cabezas.— Pretendia que todos los hombres eran hermanos. Yo hermano de Mozambique!

—Oh! dijo Bálamo; eso es llevar las cosas lejos.

—Eh! que os parece? verdad que tengo fortuna con mis hijos? No se dirá que renazco en mi descendencia. La hermana un ángel y el hermano un apóstol! vamos, bebed, caballero... vaya un trago de mi detestable vino.

—Yo lo encuentro esquisito, dijo Bálamo mirando á Andrea.

—Segun eso, vos tambien sois filósofo? Ah! cuidado, porque haré que mi hija os predique un sermón. Pero no: los filósofos no tienen relijion; ya se vé, la relijion es una cosa demasiado cómoda; con creer en Dios y en el Rey está concluido todo. Al presente, para no creer ni en uno ni en otro, es menester aprender una porcion de cosas y leer una multitud de libros: prefiero no dudar de nada. Por lo demas, en mi tiempo, no se aprendian mas que cosas agradables; se aprendia á jugar al faraon, al bribi y los cientos: se tiraba bonitamente la espada, á pesar de los edictos, las duquesas se arruinaban por uno y uno se arruinaba por las bailarinas; por lo menos esta es mi historia. Taverney entero á pasado á la ópera y esto

es lo único que siento, en razón á que un hombre arruinado no es hombre. No es verdad que parezco viejo tal como estoy? Pues bien, esto consiste en que estoy arruinado y vivo en esta zaburda; en que mi peluquin está raiido y mi casaca es antigua; pero mirad á mi amigo el mariscal, que tiene vestidos nuevos y pelucas pobladas, que vive en Paris y que tiene doscientas mil libras de renta. Pues bien: todavía está verde, dispuesto, emprendedor; Y con diez años mas que yo, señor mio, con diez años!

—Es de Mr. de Richelieu de quien hablais?

—Sin duda.

—Del duque?

—Cierto! yo no pienso en el cardenal; nó me remonto tan alto. Por otra parte, él no ha hecho lo que su sobrino, ni se ha conservado tanto tiempo.

—Me admiro, caballero, que teniendo, á lo que parece, amigos tan poderosos, dejáseis la corte.

—Ah! es una retirada momentánea, y algun dia volveré, dijo el viejo baron dirigiendo á su hija una mirada singular que no se le escapó á Bálamo.

—Pero al ménos, dijo; el señor mariscal hará adelantar á vuestro hijo

—A mi hijo? ni por pienso, lo aborrece.

—Al hijo de su amigo?

—Y tiene razon.

—Cómo! y lo decís vos?

—Vaya un filósofo! lo detesto.

—Y Felipe por su parte le paga en igual moneda dijo Andrea con una calma perfecta. Quita la mesa, Nicolasa.

Acudió la doncella á este llamamiento apartando á su pesar los ojos de la ventana.

—¡Ah! dijo el baron suspirando, otras veces se estaba uno en la mesa hasta las dos de la mañana, y era porque habia que comer, ó porque se bebia, cuando no se queria comer mas. Pero, ¿quien bebe agua despues de comer?..... Nicolosa mira si por casualidad queda algo de marrasquino y dame un poco.

—Obedece, dijo Andrea á Nicolasa que parecia esperar las órdenes de su señora para obedecer las del baron.

El baron se habia recostado en un sillón, y con los ojos cerrados arrancaba de su pecho grotescos suspiros de melancolia.

—Me hablais del mariscal Richelieu, dijo Bálzamo, decidido al parecer á no dejar desmayar la conversacion.

—Sí, es verdad, de eso hablaba dijo Taverney.

Y púsose á talarrear una cantinela mas triste aun que sus suspiros.

—Pero aunque deteste á vuestro hijo, y tenga razon en detestarle, porque es filósofo, continuó Bálzamo, ha debido conservaros su amistad, puesto que vos no lo sois.

—Filósofo? No, á Dios gracias!

—A lo que presumo no son méritos lo que os faltan. ¿Habeis servido?

—Quince años. He sido ayudante del mariscal: hemos hecho juntos la campaña de Mahon, y nuestra amistad data.....si.....esperad.....del famoso si-

tio de Philipsburgo, es decir, de 1742 á 1743.

—Ah! ah! dijo Bálamo; ¿estabais en el sitio de Philipsburgo?.....yo estuve tambien.

El viejo se enderezó en su sillón y miró cara á cara á Bálamo, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Dispensádmé, le dijo; pero ¿qué edad teneis entonces, señor huésped?

—Yo tengo edad, dijo Bálamo alargando su vaso á fin de que la hermosa mano de Andrea le sirviese marrasquino.

El conde interpretó á su manera la respuesta de su huésped, y creyó que Bálamo tenia alguna razon para ocultar su edad.

—Caballero, le dijo, permitídmé que os diga no pareceis tener la edad de un soldado de Philipsburgo. El sitio de esta plaza tuvo lugar hace veinte años y vos si no me engañó, teneis á lo mas treinta.

—Oh! Quién no tiene treinta años? dijo el viajero con negligencia.

—Yo, por ejemplo, dijo el conde, que hace justamente treinta años que no los tengo.

Andrea miraba al estrangero con una fijeza, que indicaba el irresistible atractivo de la curiosidad. En efecto, este extraño sujeto se le revelaba á cada instante bajo un nuevo aspecto.

—En fin, caballero, me confundis, dijo el baron, á menos que no esteis equivocado, como es probable y toméis Philipsburgo por otra ciudad. Yo á lo mas os creo de treinta años ¿no es verdad, Andrea?

—En efecto, respondió esta, queriendo, aunque

en vano, resistir la poderosa mirada de su huésped.

—No tal, no tal, dijo este último, sé lo que digo, y lo que es. Hablo del famoso sitio de Philipaburgo, en que el señor duque de Richelieu mató en desafío á su primo el príncipe de Lixen. El lance tuvo lugar volviendo de la trinchera en medio del camino, por mas señas que era un recodo que hacia al lado izquierdo, y que le metió la espada por medio del cuerpo. Yo pasaba á tiempo que el príncipe de Dos-Puentes le sostenia agonizando en sus brazos, sentado á la orilla del foso, mientras que el duque de Richelieu enjugaba tranquilamente su espada.

—Caballero, dijo el baron, en verdad que me volveis loco. Todo sucedió lo mismo que lo decís.

—Lo habeis oido contar? preguntó tranquilamente Bálamo.

—Estaba yo allí, y tuve el honor de servir de testigo al señor mariscal, que entonces no era mariscal, pero esto no hace al caso.

—Aguardad, dijo Bálamo mirando fijamente al baron.

—Qué?

—No llevábais en aquella época uniforme de capitán?

—Justamente.

—Serviais en el regimiento de caballeria ligera de la reina, que fué acuchillado despues en Fontenoi?

—Estábais tambien en Fontenoi? preguntó el baron, con sardónica sonrisa.

—No, respondió tranquilamente Bálamo; cuan-

do lo de Fontenoi habia yo muerto.

El baron abrió desmesuradamente los ojos. Andrea se estremeció y Nicolasa hizo la señal de la cruz.

—Volviendo pues á lo que deciamos, continuó Bálamo, llevabais el uniforme de caballeria ligera, me acuerdo perfectamente, y os vi al pasar; vos teniais vuestro caballo y el del mariscal mientras que este se batia. Aun mas; recuerdo que acercándome á vos os pregunté los pormenores, y me lo disteis.

—Yo!

—Si! vos! os conocí perfectamente. Entonces no teniais mas títulos que el de caballero y no os llamaban mas que el caballero.

—Cáspita! y es verdad, exclamó atónito Taverney.

—Escusadme no haberos reconocido antes; pero treinta años cambian á un hombre.

Y levantando Bálamo su vaso, le apuró hasta la última gota.

—Con que, me visteis en aquella época, repitió el baron, imposible!

—Os ví, dijo Bálamo.

—En el camino?

—En el camino.

—Teniendo los caballos?

—Teniendo los caballos.

—Mientras el duelo?

—Precisamente cuanto exhalaba el príncipe su postrer suspiro.

—Segun eso lo menos que debeis tener, son cincuenta años.

—Tengo la edad necesaria para haberos visto.

Esta vez se dejó caer el baron en su sillón con un movimiento tal de enojo, que Nicolasa no pudo menos de reírse.

Andrea, sin embargo, en vez de reírse con su doncella, quedó pesativa con la vista fija en la de Bál-samo.

No parecía sino que este aguardaba que esto sucediese y que hasta lo había también previsto.

Levantándose de repente lanzó dos ó tres rayos de su inflamada pupila sobre la joven, que se estremeció como si hubiera recibido el contacto de una corriente eléctrica.

Envarióse sus brazos, inclinóse su cuello, sonrió como á su pesar al estrangero y luego cerró los ojos.

Este, siempre de pié, la tocó en los brazos, y volvió ella á estremecerse.

—¿Y vos también, señorita, creéis que no diga verdad, cuando sostengo que estuve en el sitio de Philipburgo?

—No, caballero, yo os creo, articuló Andrea haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—En ese caso, yo soy el que no sabe lo que dice, añadió el baron, perdonadme! á menos que seais un duende, una sombra!

Nicolasa asustada abrió desmesuradamente sus ojos.

—Quién sabe! dijo Bál-samo, con un acento tan grave que acabó de cautivar á la fascinada joven.

—Veamos, formalmente, señor baron, replicó el viejo, que pareció decidido á poner la cosa en claro. ¿Es cierto que teneis mas de treinta años? porque os aseguro que no los representais.

—Caballero, dijo Bálamo, ¿me creeréis si os digo una cosa poco creible?

—No os respondo de ello, dijo el baron moviendo la cabeza con aire picaresco, mientras que Andrea, por el contrario, escuchaba con toda su alma. Os preveugo que soy muy incrédulo.

¿Para qué me haceis en ese caso una pregunta, cuya respuesta no habeis de escuchar?

—Bien, sí, os creeré; estais contento?

—Entonces, caballero, os repetiré lo que ya os he dicho, no solo os ví en el sitio de Philipsburgo sino que os conocí.

—Pero seriais un chiquillo?

—Sin duda.

—De unos cuatro años poco mas?

—No tal, tenia cuarenta y uno.

—Ja! ja! ja! ja! gritó el baron riendo con todas sus fuerzas, mientras que le secundaba Nicolasa.

—Bien decia yo, caballero, no me creeis.

—Pero como creerlo formalmente, vamos... dadme una prueba:

—Es bien sencillo, sin embargo, contestó Bálamo, sin manifestar embarazo. Tenia cuarenta y un años en aquella época, eso es cierto; pero no he dicho que fuese el hombre que soy en el dia.

—Ola! ola! vais tocando ya el punto del paganis-

mo, dijo el baron. ¿No hubo un filósofo griego.—en todos tiempos ha habido de estos miserables filósofos! —no hubo un filósofo griego que inventó eso y que no comía habas, por que sostenia que tenian alma, como mi hijo pretende que los negros la tienen? Era..... era.... cómo diablos se llama?

—Pitágoras, dijo Andrea.

—Eso es, Pitágoras; los jesuitas me enseñaron eso en mis mocedades. El padre Porcé me hizo componer versos latinos sobre ello en competencia con el jóven Arjoneta, y por mas señas que recuerdo que halló mis versos infinitamente mejores que los suyos. Pitágoras, eso es.

—Y bien, quién os dice que yo no haya sido Pitágoras? replicó sencillamente Bálamo.

—No niego que hayais sido Pitágoras, dijo el baron, pero en fin, Pitágoras no estaba en el sitio de Philipburgo, ó al menos no le ví.

—Seguramente, pero, visteis al vizconde Juan Des-Barreaux que pertenecia á los mosqueteros negros.

--Sí, sí, á ese sí le ví.... y no era filósofo, bien, que tuviera horror á las habas y no las comiese sino cuando no habia otra cosa.

--Pues bien, os acordais del dia siguiente al duelo de Richelieu, del dia en que vos estuvisteis de servicio en la trinchera con Des-Barraeux?

--Perfectamente.

--Recordaréis asimismo que los mosqueteros negros y la caballeria lijera entraban juntos de servicio cada dos dias?

--Sí, sí; y bien?

--Y bien! la metralla caía aquella tarde como granizo. DesBarreaux estaba triste, se acercó á vos y os pidió un polvo, que le ofrecisteis por mas señas en una caja de oro.

--Sobre la que había el retrato de una dama.

--Justamente. Todavía la veo, rubia, no es esto?

--Por el cielo, que es todo exacto, dijo el baron todo asombrado. Y qué mas?

--En seguida, continuo Bálamo, cuando saboreaba el polvo le dió un balazo en la garganta y se le llevó la cabeza.

--Ah! sí; dijo el baron; pobre Des-Barreaux!

--Bien veis, caballero, que os he visto y conocido en Philipsburgo, dijo Bálamo, puesto que ese Des-Barreaux era yo en persona.

Echóse el conde hácia atras en un acceso de estupor, mas bien de asombro, lo cual puso la ventaja de parte del extranjero.

--Pero, señor, es esto cosa de hechicería? hace cien años que hubierais sido quemado, mi amado huésped. Oh, Dios mio! pareceme que huele como resucitado, á ahorcado ó á demonio.

--Señor baron, dijo sonriendo Bálamo, el verdadero hechicero no es jamas ahorcado ni quemado: tenedlo presente; las cuerdas y la hoguera se reservan para los necios. Pero, si os parece, dejaremos esto por hoy; ved como se duerme la señorita Taverney. Parece que las discusiones metafísicas y las ciencias ocultas la interesan poco.

En efecto, Andrea, subyugada por una fuerza desconocida, irresistible, columpiaba blandamente su cabeza, como una flor cuyo cáliz acaba de recibir una gota de rocío demasiado grande.

A las últimas palabras del baron, sin embargo, hizo un esfuerzo para repeler la dominadora invasion de aquel fluido que la abrumaba; sacudió enérgicamente la cabeza, se levantó y salió del comedor al principio dando traspiés y apoyada en el brazo de Nicolasa.

Al mismo tiempo que ella desapareció el rostro pegado á los cristales, que mucho tiempo hacia habia ya reconocido Bálamo por el de Gilberto.

Un instante despues oyóse á Andrea pulsar vigorosamente las teclas de su clavicordio.

Cuando la hija del baron se habia levantado para salir del comedor, Bálamo ni un momento la perdió de vista.

—Vamos, dijo con aire triunfante, así que hubo desaparecido: puedo decir como Arquimedes:

Enreka!! (1)

Quien fué ese Arquimedes? preguntó el baron.

Un pobre diablo de sabio con quien tuve amistosas relaciones hará cosa de unos dos mil ciento cincuenta años.

(1) «Lo allétt



VII.

Surcha.

AQUELLA vez, á los ojos del estupefacto baron, la fanfarronada era ya demasiado grande y pasaba los límites de á lo que él daba el nombre de posibilidad; por lo mismo deseando cuanto antes perder de vista á un huésped tan singular, aguardó á que Andrea se hubiese alejado y luego que los armónicos sonidos de su clavicordio le hubieron asegurado de que estaba ocupada en la habitacion inmediata, ofreció á Bálamo hacerle conducir hasta la próxima.

—Tengo, le dijo, un mal caballo que reventará quizás, pero que llegará allá, y estaréis seguro á lo menos de acostaros cómodamente. Y no porque falten una habitacion y una cama en Taverney, pero yo entiendo la hospitalidad á mi modo. *O bien ó nada*: tal es mi divisa.

--Me despedis segun eso, dijo Bálamo ocultando bajo una sonrisa la contrariedad que experimentaba. Eso es decirme que soy importuno.

--No, por Dios! es trataros como amigo, mi querida huesped, porque, ya lo veis, alojaros aquí seria, por el contrario, quereros mal. Me pesa tener que deciroslo, y lo hago porque así me lo dicta mi conciencia; pues os confieso que me agradais mucho.

Pues si os agrado, no me obligueis á irme y á correr á caballo; cuando estando aquí podria estender mis brazos y descansar mis piernas en una cama. No exajereis vuestra mediania, si no queréis que crea me tenéis mala voluntad.

---Oh! si tal pensais, le dijo el baron, dormiréis en el castillo, quiero que durmais en él. Buscando en seguida con los ojos á La-Brie y distinguiéndolo en un tincon, ven acá, viejo malvado, le gritó.

La-Brie dió tímidamente algunos pasos.

--Avanza mas ¡voto al demonio! crees que estará decente la sala roja?

-Cierto que sí, señor, puesto que es la del Sr. Felipe cuando viene á Taverney.

--Puede estar muy bien para un pobre diablo de teniente, que viene á pasar tres meses en casa de un padre arruinado, y muy mal para un rico caballero, que corre la posta con cuatro caballos.

--Os aseguro, señor baron, dijo Bálamo, que estará perfectamente.

Hizo el baron un gesto de duda y añadió.

Pon la sala roja á disposicion de este caballero,

pues quiere absolutamente curarse del deseo de volver á Taverney. Insistís en dormir aquí?

--Sí, ciertamente.

--Sin embargo habría un medio,...

--Para qué?

--Para que hicieseis el camino á caballo.

--Que camino?

--El que conduce de aquí á Bar-le-Duc.

Bálsamo esperó á que esplanase la proposición.

---Son caballos de posta los que han traído vuestro carruaje?

---Sí, como no fuera Satanas disfrazado.

---Desde luego me ocurrió que así podría ser, porque sospecho que no os habeis de llevar muy mal con él.

---Me honrais mas de lo que merezco.

---Pues bueno, los caballos que han traído el carruaje pueden llevarlo.

---No tal: pues no quedan mas que dos de cuatro que eran. El carruaje es pesado y los caballos deben dormir.

---Está visto que habeis hecho propósito de pasar aquí la noche.

---Hoy sí, para volveros á ver mañana y manifestaros mi reconocimiento.

---Teneis un medio muy sencillo de hacerlo.

---Cuál?

---Pues que tan bien estais con el diablo, pedidle que me haga encontrar la piedra filosofal.

---Si teneis mucho empeño, señor baron.....

---La piedra filosofal vaya si tendria....

Seria menester dirigiros á una persona que no es el diablo.

--Quien es esa persona?

--Yo, como dijo Corneille en no sé que comedia que me recitaba hace justamente cien años, paseando por el puente nuevo de Paris.

La-Brie, viejo picaro! gritó el conde que empezaba á juzgar peligrosa la conversacion á semejante hora y con semejante hombre, buscad una bujía y alumbrad á este caballero.

Se apresuró á obedecer La-Brie é interin hacia su pesquisa, casi tan difícil como encontrar la piedra filosofal, llamó á Nicolasa para que subiese delante é hiciese ventilar la sala roja.

Nicolasa dejó sola á Andrea, ó mas bien Andrea quedó muy complacida de hallar esta ocasion para despedir á su camarera, pues tenia necesidad de quedar á solas con su pensamiento.

El baron dió las buenas noches á Bálamo, y se fué á acostar.

Bálamo sacó su reloj, pues recordaba la promesa que habia hecho á Althotas, y habia ya dos horas y media en lugar de dos que el sabio dormia. Eran treinta minutos perdidos. Preguntó pues, á La-Brie si el carruaje permanecia en el mismo sitio.

La-Brie contestó que á menos que se hubiese ido solo, allí debia de estar.

Bálamo se informó entonces de lo que habia sido de Gilberto.

La-Brie aseguró que Gilberto era un perezoso que debia estar acostado hacia lo menos una hora.

Salió Bálamo para ir á despertar á Althotas, despues de haber estudiado la topografía del camino que conducia á la sala roja.

No habia mentido Taverney relativamente á la mediania de la cámara roja; pues su mueblaje correspondia al de las otras piezas del castillo.

Una cama de roble, cuya cubierta era de viejo damasco verde, así como las colgaduras y adornos; una mesa de encina con piés torneados; una gran chimenea de piedra, que databa del tiempo de Luis XIII, y á que el fuego podia dar una cierta suntuosidad en invierno, pero cuya ausencia la hacia de las mas tristes en el verano, sin ceniza, sin utensilios para fuego, sin leña, pero en cambio llena de periódicos viejos y rasgados; tales eran los muebles de que Bálamo iba á ser por una noche dichoso propietario. Añadiendo á todo esto dos sillas y un armario de madera pintado de pardo con tableros labrados.

Mientras que La-Brie procuraba poner un poco en órden esta habitacion, ya ventilada por Nicola-sa que se habia retirado concluida esta operacion, entraba Bálamo en la casa, despues de haber despertado á Althotas.

Llegado enfrente de la puerta de Andrea se detubo á escuchar. Así que saliera del comedor, la hija del baron conoció que escapaba de la misteriosa influencia que el extranjero ejercia sobre ella, y para combatir hasta sus pensamientos se habia puesto á tocar el clave, llegando los sonidos hasta Bálamo á través de la puerta cerrada, quien, como hemos dicho, se habia parado delante de ella.

Al cabo de un instante hizo muchos signos circulares, que pudieran tomarse por una especie de conjuro, y que lo eran sin duda; pues acometida Andrea de una nueva sensación, semejante á la primera, cesó lentamente de tocar, dejó caer inmóviles los brazos á los lados y se volvió hácia la puerta con un movimiento pausado y maquinal, semejante al de una persona que obedece á una influencia estraña y ejecuta cosas que no son efectos de su libre voluntad.

Bálsamo sonrió en la obscuridad, como si hubiese podido ver á través de la puerta.

Era esto, sin duda, lo que deseaba Bálsamo y al parecer habia adivinado que se cumpliría su deseo, porque habiendo estendido la mano izquierda y encontrado el pasamano, subió la maciza escalera que conducia á la sala roja.

A medida que él se alejaba se volvia Andrea hácia su clave con el mismo movimiento maquinal y lento con que la vimos volverse del lado de la puerta; de modo que al tocar Bálsamo el último escalon volvió á oír las primeras notas de la interrumpida música.

Bálsamo entró en la cámara roja y despidió á La-Brie, el cual era de seguro un buen criado acostumbrado á obedecer á la mas mínima señal. Con todo despues de haber hecho un movimiento, se detuvo.

--Qué hay? preguntó Bálsamo.

La-Brie deslizó la mano en el bolsillo de su vestido, y pareció que palpaba algo en lo mas hondo de él, pero no respondió.

—Teneis algo que decirme, amigo mio? preguntó Bálamo acercándosele.

La-Brie pareció ejecutar un violento esfuerzo sobre sí mismo, y sacando la mano del bolsillo:

—Quiero decir, caballero, que sin duda os habeis engañado esta noche, respondió.

—Yo? dijo Bálamo; y en qué, amigo mio?

—En que habeis creído darme una moneda de veinte y cuatro sueldos, y me habeis puesto en la mano una de oro. Y efectivamente, abrió al propio tiempo la mano mostrando un luis nuevo y flamante.

Bálamo miró al viejo criado con un sentimiento de admiración, que parecia indicar su poquísima fé en la probidad humana.

—*And honest!* dijo entonces como Hamlet.

Y echando mano á su bolsillo, puso un segundo luis al lado del primero.

Faltan frases para transcribir el júbilo de La-Brie á vista de esta espléndida generosidad. Habia veinte y cinco años que no veia el oro, y fué menester que Bálamo le cerrara la mano y hasta se la llevase al bolsillo, para que se creyese dueño de semejante tesoro.

El pobre diablo saludó hasta el suelo, y se retiraba andando hácia atrás, cuando Bálamo le detuvo.

—Qué costumbres hay por las mañanas en el castillo?

—El señor de Taverney permanece en la cama hasta tarde; pero la señorita Andrea se levanta temprano.

—A qué hora?

—A eso de las seis.

—Quién duerme encima de esta sala?

—Yo, señor.

—Y debajo?

—Nadie, porque precisamente está este aposento colocado encima del portal.

—Bien está, gracias, amigo mio; retiraos.

—Buenas noches. A propósito, cuidad de que mi carruaje esté con seguridad.

—Oh! su señoría puede estar tranquilo.

—Sí ois en él algun ruido ó veis luz, no os asustéis, pues está habitado por un criado viejo y baldado que llevo conmigo. Encargad á Gilberto no le moleste; y suplicadle que no se aleje mañana sin que yo le haya hablado. Os acordaréis bien de todo esto, amigo mio?

—Sí, ciertamente. [Pero nos dejará el señor tan pronto?

—Eso segun y conforme, dijo Bálzamo sonriendo. Con todo, preciso me fuera estar mañana por la tarde en Bar-le-Duc.

La-Brie lanzó un suspiro de resignacion, echó una última mirada al lecho, y arrimó la bujía al fuego para calentar un poco aquella grande y húmeda habitacion, quemando los papeles á falta de leña.

—No, le dijo Bálzamo deteniéndole, dejad quietos todos esos viejos diarios; yo no duermo y me entretendré en leerlos.

—La-Brie se inclinó y salió.

Entonces Bálamo arriñóse á la puerta para escuchar, oyendo claramente los pasos, primero en la escalera y enseguida encima de su cabeza lo que le probó que La-Brie habia entrado ya en su aposento.

Entonces el baron se dirigió á la ventana, en frente de la cual, en la otra ala del pabellon, se veia una pequeña bobardilla con las cortinas mal corridas; era el cuarto de Nicolasa.

Ibase la jóven despidiéndose lentamente, abriendo á menudo la ventana y asomándose á mirar al patio.

Bálamo la miró con una atencion que un duda no habia querido con cederle durante la comica.

—Estraña semejanza! murmuró.

En este momento se apagó la luz de la boardilla, no obstante no estar acostada la que la habitaba. Bálamo permaneció apoyado en el muro.

El clave seguia oyéndose.

El baron pareció escuchar si se mezclaba algun otro ruido al del instrumento, y luego que se hubo cerciorado bien de que sola la armonía velaba en el silencio general, abrió la puerta, bajó la escalera y empujó tan suavemente la puerta de la sala principal, que giró sin el mas mínimo ruido sobre sus usados gonces.

Andrea nada oyó.

Pascaba sus hermosas manos de un blanco mate, sobre el amarillo marfil del instrumento; en frente habia un espejo incrustado en un marco de relieve, cuyo dorado, caido en mil partes, habia desaparecido bajo una capa de color gris.

La joven tocaba una melancólica balada que mas que una composicion, eran meros acordes. Sin duda improvisaba y repasaba en su clave los recuerdos de su pensamiento ó los sueños de su imaginacion. Acaso su espíritu, entristecido por la morada de Taverney, dejaba momentáneamente el castillo para ir á perderse en los inensos y sombríos jardines de la Anunciacion de Nancy, tan poblados de alegres y juguetonas colejillas.

Sea lo que fuese, en aquel momento su mirada vaga se perdió en el sombrío espejo colocado delante de ella y que reflejaba las tinieblas que no alcanzaba á desterrar en el fondo de aquella gran pieza la luz de la sola bujia que, colocada sobre el piano, alumbraba el papel de música.

A veces se paraba de pronto, y era que recordaba la estraña vision de aquella noche y las impresiones desconocidas que habian sido su consecuencia; pero antes de haber podido fijar sus ideas, habia ya nuevamente sentido latir su corazon y temblar todos sus miembros.

Aunque estaba sola, estremeciase como si viniese á conmoverla el contacto de un ser animado.

De repente, y cuando procuraba darse cuenta de sus estrañas impresiones, experimentólas de nuevo. Estremecióse toda como sacudida por una conmocion eléctrica. Las miradas adquirieron claridad, su pensamiento se solidificó, por decirlo así, y percibió en el espejo á manera de un movimiento.

Era la puerta del salon que se habria sin ruido.

Detras de esta puerta apareció un hombre.

Andrea se estremeció y sus dedos se quedaron perdidos sobre las teclas.

Nada, sin embargo, era mas natural que esta aparicion.

¿No podia ser esta sombra, imposible aun de reconocer y sumergida como estaba en las tinieblas, la del señor de Taverney ó tambien la de Nicolas? ¿no podria La-Brie antes de acostarse andar por las habitaciones ó entrar en el salon para alguna cosa? Esto sucedia con mucha frecuencia, y el discreto criado jamás hacia ruido en esta especie de escursiones.

Pero la jóven veía con los ojos del alma que no era ninguno de los tres personajes que acabamos de nombrar.

La sombra se acercó á paso lento y silencioso, haciéndose distinguir cada vez mas en medio de las tinieblas.

Llegado al círculo donde la luz alcanzaba, reconoció Andrea al tan temible extranjero, con su rostro pálido y su gaban de terciopelo negro.

Sin duda se habia quitado por algun motivo misterioso el vestido de seda que llevaba (1).

Ella quiso levantarse y gritar, pero Bálsmo estendió los brazos adelante y no se movió.

Haciendo un esfuerzo sin embargo, exclamó:

(1) Cosa sabida es que la seda es mala conductora, y que rechaza la electricidad siendo casi del todo imposible magnetizar á una persona vestida de seda.

—Caballero! caballero!... En nombre del cielo, qué queréis?

Bálsamo se sonrió, repitiendo el espejo esta expresión de su fisonomía, que Andrea absorbió con avidez, pero esta sonrisa fué su única contestacion.

Andrea intentó de nuevo levantarse, pero no pudo conseguirlo; una fuerza invencible, un entorpecimiento que no carecia de encanto teníanla clavada en su sillón, mientras que su mirada estaba fija en el mágico espejo.

Esta sensacion nueva la espantó, porque se sentia enteramente á disposicion de aquel hombre, y aquel hombre era desconocido.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para pedir socorro: abrióse su boca; pero Bálsamo estendió sus manos por cima de la cabeza de la jóven, y ningun sonido se escapó de entre sus entreabiertos labios.

Andrea quedó muda: apoderóse de su pecho una especie de calor narcótico, que subió lentamente á su cabeza, estendiéndose y envolviéndola toda como una nube de vapor.

La jóven no tenia ya ni fuerza ni voluntad, y dejó caer la cabeza hácia la espalda.

En este momento parecióle á Bálsamo oír un ligero ruido del lado de la ventana, y volviéndose velozmente creyó ver alejarse del trasparente cristal el rostro de un hombre.

Frunció el ceño, y, cosa estraña! la misma impresion pareció reflejarse en el semblante de la jóven.

Volvióse entonces del lado de esta y bajó las

dos manos que habia tenido constantemente abrazadas sobre su cabeza; las volvió á subir con un modo suave, volviéndolas á bajar en seguida, y continuó durante algunos segundos dirigiendo á la jóven aniquiladoras columnas de electricidad.

—Dormid! dijo.

Y como ella se resistiese aun al encanto:

—Dormid! repitió él con imperioso é irresistible acento. Dormid! yo lo quiero.

Desde entonces todo cedió á su poderosa voluntad. Andrea apoyó el codo sobre el clave, la cabeza sobre la mano y se durmió.

En seguida Bálamo se retiró andando hacia atrás, tiró la puerta tras sí, y no pudo oírsele subir la escalera de madera y volver á su habitacion.

Al instante mismo en que cerró la puerta del salon, volvió á presentarse detrás de los cristales la figura que Bálamo habia creído entrever.

Era la de Gilberto.



VIII.

Atencion.

Aunque escludo Gilberto de la sala por la inferioridad de posicion en el castillo de Taverney, no habia, sin embargo, perdido de vista en toda la noche á los personajes que en él se hallaban reunidos.

Durante toda la noche habia visto á Bálamo reir y jesticular. Habia notado la atencion con que le honrraba Andrea; la afabilidad del baron para con él, y la oficiosidad de La-Bric. Mas tarde, cuando se levantaron de la mesa, se habia ocultado entre unos arbustos, temiendo que Nicolasa al cerrar las ventanas ó al retirarse á su aposento, le viese y estorbase sus pesquisas.

Habia en efecto Nicolasa practicado su ronda; pero tuvo que dejar abierto uno de los postigos del salón por estar sus gonces descompuestos.

Gilberto conocia bien esta circunstancia, y así no habia, como hemos visto, dejado su puesto, porque estaba seguro de continuar sus observaciones, luego que Nicolasa se hubiese marchado.

Sus observaciones, hemos dicho, y esta palabra parecerá acaso muy vaga al lector. Porque, qué observaciones podia hacer? no conocia el castillo de Taverney en todas sus partes, puesto que habia sido criado en él, y lo mismo y en sus mas particulares circunstancias á las personas que lo habitaban, supuesto que diez y siete ó diez y ocho años hacia las veia diariamente?

En efecto, y la intencion de Gilberto no se concretaba únicamente á observar; no solo espía sino que aguardaba.

Cuando Nicolasa salió del salon dejando en él á Andrea, cerró lenta y negligentemente puertas y ventanas, paseóse unos breves instantes, cual si aguardase á alguno, despues dirigió furtivas miradas á todos lados, y decidiéndose por fin á retirarse, subióse á su cuarto.

Gilberto, como es fácil comprender, inmóvil y medio encorvado, sujeto al tronco de un árbol y respirando apenas, no habia perdido ni un movimiento ni un gesto de Nicolasa; y luego que esta desapareció y que vió iluminada la ventana de su guardilla, atravesó sobre las puntas de los piés el espacio que le separaba de la ventana de la sala principal, y acurrucóse allí á la sombra, esperando, sin saber él mismo lo que esperaba, y devorando con la vista á Andrea, sentada negligentemente á su clave.

En este momento entró José Bálamo en el salon.

Estremecióse Gilberto al verle, y su ardiente mirada se concentró sobre los dos personajes que acabamos de citar.

Parecióle que Bálamo cumplimentaba á Andrea por su habilidad, y que ella le correspondia con su frialdad habitual; que él insistió sonriéndose, y que ella suspendia su estudio para responder y despedir á su huésped.

Admiró la gracia con que este se retiraba, y nada absolutamente habia comprendido de toda la escena que habia creído comprender, porque la realidad de esta escena era el silencio.

No habia podido oír Gilberto cosa alguna, viendo solo agitar los brazos y moverse los labios. Per otra parte, ¿cómo, por muy buen observador que fuese, habia de hallar misterio en lo que tan natural era en la apariencia?

Al retirarse Bálamo quedó Gilberto no ya observando sino contemplando á Andrea, tan bella en su negligente posicion: bien pronto, sin embargo, echó de ver que estaba dormida. Permaneció todavia algunos instantes en esta actitud, para asegurarse bien si su inmovilidad era en efecto del sueño, y luego que de ello se convenció, levantóse sujetando la cabeza con ambas manos, como el que teme que estable su cerebro bajo la multitud de pensamientos que le asaltan y en su mente pululan.

Estremeciéndose en seguida, exclamó con un acento que parecia hijo de un arranque de furor:

—Oh! su mano, dijo, acercar solamente mis la-

bios á su mano. ¡Vamos, Gilberto, vamos, valor! yo lo quiero!...

Y pronunciadas estas palabras, como obedeciéndose á sí mismo se encaminó precipitadamente á la antesala, y empujó la puerta del salon que se abrió sin ruido para él, como lo habia hecho para Bálamo.

Mas apenas estuvo abierta la puerta, apenas se encontró delante de la jóven sin que nada los separase, comprendió toda la importancia de lo que iba á ejecutar, él, Gilberto, el hijo de un labrador y de una aldeana, él, jóven tímido cuando no respetuoso, que apenas desde el fondo de su obscuridad habia osado alzar los ojos á la altiva y desdeñosa jóven, iba á tocar con sus labios el ribete del vestido ó las puntas de los dedos de aquella majestad dormida, y que podia al despertarse, aterrarlo con su mirada. A tal idea, se disiparon todos los vapores de embriaguez que habian trastornado su cerebro y estraviado su alma. Detúvose apoyado en el dintel de la puerta porque le temblaban tanto las rodillas que le paració iba á caerse.

Pero era tan profunda la meditacion ó el sueño de Andrea, pues que á decir verdad Gilberto no sabia aun si dormia ó meditaba, que no hizo el menor movimiento, aun cuando hubiera podido oír los latidos del corazon del entusiasta jóven, que en vano procuraba este comprimir en su pecho; permaneció un momento de pié y palpitante, pero la jóven no se movió.

Estaba tan bella de aquel modo, apoyada blandamente en su mano, con sus hermosos cabellos sin

polvos esparcidos por su cuello y espaldas, que no pudo menos de despertar su llama adormecida, pero no apagada por el terroꝝ. Acometióse un nuevo vértigo, semejante á una embriagadora locura, sintió una devorante necesidad de tocar algo que la tocase á ella, y avanzo un paso.

Crujió el piso bajo su mal seguro pié, á cuyo ruido corrió un sudor frio por la frente del joven; pero Andrea no dió señal de haberlo percibido.

—Duerme! qué felicidad! exclamó Gilberto, está durmiendo!

Siguió adelante, pero nuevamente se detuvo á los tres pasos; una cosa le asustaba y era la rara y singular luz de la lámpara que próxima á apagarse despedía aquellos postreros y trémulos rayos que preceden á las tinieblas.

Por lo demas, ni el menor ruido, ni una respiracion se percibia en toda la casa, habiendose acostado sin duda y acaso dormido el viejo La-Brie. Tambien estaba apagada la luz de Niclasi.

Vamos, dijo.

Y se adelantó nuevamente.

Cosa estraña! El piso volvió á crujir y tampoco se conmovió Andrea.

—Duerme, repitió con aquella inmovilidad de pensamiento que en un minuto hace cambiar veinte veces la resolucion de un amante ó de un cobarde. Cobarde es el que no es dueño de su corazon. Dios mio! Dios mio! duerme.

Pero avanzando siempre Gilberto en medio de estas febriles alternativas de temor y esperanzas, se

halló á dos pasos de Andrea. Entonces fué como una magia. Colocado ya en el círculo de atracción de que la jóven era el centro, le hubiera sido imposible huir aunque hubiera querido, y sintiéndose ligado, encadenado, vencido, se dejó caer de rodillas.

Andrea permaneció inmóvil, muda como una estatua.

Cogió Gilberto con las dos manos la orilla de su vestido y lo besó.

En seguida levantó la cabeza lentamente, sin aliento, con un movimiento igual, y sus ojos buscaron los de Andrea, que estaban abiertos cuan grandes eran; sin embargo, Andrea no veía.

Gilberto no sabía que pensar, y estaba confundido por la sorpresa. Ocurrióle un momento la horrible idea de que estaba muerta, y para asegurarse, cogióle la mano que estaba tibia, y cuyo pulso latía suavemente. Pero quedó inmóvil la mano de Andrea en la de Gilberto. Entonces creyó este, embriagado sin duda por tan deliciosa presión, que Andrea veía y sentía, y que había adivinado su insensato amor: creyó iluso y pobre corazón que esperaba su visita, que su silencio era un consentimiento y su inmovilidad un favor.

Levantó entonces la mano de Andrea hasta sus labios é imprimió en ella un febril y prolongado beso.

Estremecióse Andrea repentinamente, y sintió Gilberto que ella le rechazaba.

—Ah! soy perdido, murmuró abandonando la mano de la jóven é hiciendo el suelo con su frente.

Levantóse Andrea, como si un resorte la hubie-

se puesto en pié: sus ojos no se bajaron hácia el suelo, en donde yacia Gilberto, medio anonadado por la vergüenza y el terror, y hasta sin fuerzas para implorar un perdon con que no contaba.

Pero Andrea, con la cabeza alta y el cuello estendido, como atraída por una fuerza secreta hácia un objeto invisible, rozó al pasar la espalda de Gilberto, y paso sin ni mirarle ¡siquiera, ¡dirijiéndose á la puerta con paso lento y forzado.

Viéndola Gilberto alejarse, alzóse sobre una de sus manos, volviöse lentamente y la siguió con vaga y aterrorizada vista.

Andrea siguió marchando hácia la puerta, abrióla, pasó la antesala, y llegó al pié de la escalera.

Gilberto, pálido y temblando, la siguió andando de rodillas.

—Oh! pensó para sí, tanto es su indignacion que ni aun se ha dignado hacer alto en mí; iré á buscar al baron y á contarle mi vergonzosa locura, y van á despedirme como á un lacayo.

Trastornóse la cabeza del jóven con la idea de que dejaria á Tavernoy, que cesaria de ver á la que era su luz, su vida, su alma, y la desesperacion le dió valor, se puso de pié y se lanzó hácia Andrea.

—¡Perdon, señorita, en nombre del cielo! perdon! murmuró.

Andrea parecia no haber oido, y pasó adelante sin entrar en la habitacion de su padre.

Gilberto respiró.

Pisó Andrea la primera grada de la escalera, luego la segunda....

—Dios mio! Dios mio! murmuró Gilberto, ¿á dónde irá? esta escalera no conduce mas que á la sala roja que habita el extranjero y á la boardilla de La-Brie. Si buscase á La-Brie le hubiera llamado, hubiera tirado de la campanilla. Irá pues... Oh! es imposible! imposible!

Y Gilberto crispaba los puños de rabia, con solo la idea de que Andrea pudiese ir á la habitacion de Bál-samo.

Paróse la jóven ante la puerta del extranjero.

Un sudor frio corria por la frente de Gilberto, que tuvo que apoyarse en el posamano de la escalera para no caer, pues habia continuado siguiendo á Andrea, y tan monstruoso le parecia cuanto veia y cuanto creia adivinar.

La puerta de Bál-samo estaba entrecabierta, y Andrea la empujó sin llamar. La luz que salia por ella iluminó sus facciones tan nobles como puras y reflejó un torrente de oro en sus grandes y abiertos ojos.

Gilberto alcanzó á entrever en medio de la sala al extranjero, en pié, con la vista fija, la frente plegada y la mano estendida en ademán de mando, y en seguida cerróse la puerta.

Sintió Gilberto agotarse sus fuerzas. Una de sus manos soltó la baranda, la otra se dirigió á su abrazada frente; giró sobre sí mismo como una rueda escapada del eje, y cayó aturdido sobre la fria piedra del primer escalon, fija siempre la vista en aquella maldita puerta por la que acababan de sumergirse todos sus sueños pasados, toda su dicha presente y toda su esperanza futura.

IX.

La Souámbula.

Colocóse Bálamo delante de la jóven que habia entrado en su aposento sin separarse de la línea recta, y con un paso tan seguro y firme como pudiera tenerlo la estatua del conendador.

Por mas estraña que fuese esta aparicion para los ojos de otro cualquiera, no pareció, sin embargo, sorprender á Bálamo.

Os he mandado dormir, dijo, dormis?

Andrea lanzó un suspiro, pero no respondió.

Acercóse Bálamo á la jóven y la cargó de mayor cantidad de flúido.

La jóven se estremeció.

Habeis oido lo que he dicho? preguntó el extranjero.

Andrea hizo señas de que sí.

—Entonces por qué no habláis?

Llevó Andrea su mano á la garganta, como para indicar que las palabras no podían abrirse paso.

—Bien: sentaos aquí, dijo Bálamo: y cogiéndola la misma mano que acababa Gilberto de besar sin que ella lo percibiese, este solo contacto le produjo el mismo estremecimiento que la hemos visto ya experimentar cuando poco antes le era comunicado desde arriba el irresistible flúido.

Conducida la jóven por Bálamo dió tres pasos hácia atrás y se sentó en un sillón.

—Y ahora, le dijo, veis?

Dilatáronse los ojos de Andrea como si hubiera querido abarcar todos los rayos luminosos esparcidos en la habitación por los pávilos de las dos bujías.

No os digo que veais con los ojos, continuó Bálamo; ved con el pecho.

Y sacando de debajo de su vestido una varita de acero apoyó uno de sus cabos sobre el pecho palpitante de la jóven.

Hizo esta un movimiento como si un ardor inflamado le hubiese atravesado la carne y llegado hasta el corazón.

—Ah! muy bien, dijo Bálamo, comenzais á ver, no es así?

—Sí, respondió Andrea; pero al mismo tiempo se llevó la mano á la frente con un gesto de indecible malestar.

—Qué tenéis?

—Oh! sufro!

—Por qué sufrís?

—Porque me forzais á ver y hablar.

Pasó dos ó tres veces las manos por cima de la frente de Andrea y pareció quitar una porción de fluido prócsimo á hacerla estallar.

—Sufrís todavía? le preguntó.

—Menos, respondió la jóven.

—Bien; entonces mirad donde estais.

Bien es verdad que los ojos de Andrea permanecieron cerrados, pero torvo ceño arrugó su frente y pareció espresar el mas vivo asombro.

—En la sala roja balbuceó.

—Con quien?

—Miedo, vergüenza.

—¿De qué? ¿No estamos unidos simpáticamente?

—Sí.

—¿No sabeis que os he hecho venir con puras intenciones?

—Ah! sí, verdad es, dijo.

--Y que os respeto como una hermana?

--Sí, lo sé.

Y su semblante se tranquilizó aunque no tardó en alterarse nuevamente.

--No me lo decis todo? continuó Bálamo. No me perdonais enteramente?

--Es que veo, que si no me quereis mal, acaso quereis á otros.

--Posible es murmuró Bálamo, pero no os ocupéis de eso, añadió en tono de mando.

Andrea recobró su semblante habitual.

—Duermen todos los de casa?

—No sé, contestó ella.

—Pues mirad!

—Hacia donde queréis que mire?

—Veamos. Del lado de vuestro padre. Donde está?

—Está acostado.

—Duermel?

—No, está leyendo.

—Que lee?

—Uno de esos libros malos que siempre quiere que yo lea.

—Y ¿ve vos leéis?

—No, contestó.

La fisonomía de Andrea expresó el mas soberano desprecio.

Bien. Por esta parte estamos tranquilos. Mirad ahora en el cuarto de Nicolasa.

—Está oscuro.

—Necesitais luz para ver?

—No, si vos lo queréis.

—Ved, pues, yo lo quiero.

—Ah! ya lo veo.

—Y que?

—Está medio vestida; empuja suavemente la puerta de su cuarto; baja la escalera.

—Bueno, y adonde va?

—Se detiene en la puerta del patio, se oculta detrás de ella; está en acecho, espera.

Balsamo sonrió casi imperceptiblemente.

—Sois vos, dijo, ¿quien espia ó espera?

—No.

—Bien! Eso es lo principal. En estando una jóven libre de su padre y de su doncella, nada tiene que temer á menos que...

—No, dijo ella.

—Ola! Ola! respondeis á mi pensamiento?

—Lo estoy leyendo.

—Segun eso no amais á nadie?

—Yo? dijo desdenosamente la jóven.

—Sí! sin duda; me parece que podiais amar á alguno. No se sale de un convento para vivir en reclusion, y, ¿no sé dá libertad al corazon al propio tiempo que al cuerpo?

Mencó Andrea la cabeza.

—Mi corazon está libre, dijo tristemente.

Y era tal la espresion de candor y de modestia que brillaba en su frente virginal, que Bálamo exclamó radiante de alegría.

—Ah! es una perfecta iluminada.

Y despues de haber plegado sus manos en señal de alegría como para dar gracias al cielo, se volvió hácia Andrea.

—Pero, si vos no amais, sercis tal vez amada.

—Que yo sepa, no, dijo la jóven con dulzura.

—Cómo que no sabeis? respondió Bálamo con bastante aspereza, buscad! Cuando yo pregunto es para que se me responda.

Y tocó segunda vez el pecho de la jóven con la punta de su varita de acero.

La jóven volvió á estremecerse, pero con un dolor visiblemente menos vivo que la primera vez.

—Sí, sí, ya veo, dijo; pero mirad mas por mí, ó me mataréis,

—Qué veis? preguntó Bálamo.

—Oh! pero es imposible, respondió Andrea.

—Pero decid, que veis?

Un jóven que desde mi vuelta del convento me sigue, me espia, no aparta la vista de mí; pero siempre oculto.

—Quién es ese jóven?

—No veo su rostro aunque sí su traje; es un traje bastante ordinario.

—Dónde está?

—Al fin de la escalera: sufre, llora.

—Por qué no le veis el rostro?

—Porque lo tiene cubierto con las manos.

—Ved al través de las manos.

Andrea pareció hacer un esfuerzo.

—Gilberto! gritó, oh! bien decia yo que esto era imposible.

—Y por qué imposible?

—Porque no se atreveria á amarme, respondió la jóven con un supremo desden.

Bálamo sonrió como quien conoce al hombre, y sabe que no hay distancia que no allane el corazon, mas que sea un abismo esta distancia.

—Y qué hace al fin de la escalera?

—Aguardad: separa las manos de su rostro: se apoya en el pasamano: se levanta: sube.

—A dónde sube?

—Voy...aquí, y....

Es inútil, no se atreverá á entrar.

—Por qué no se atreverá á entrar?

—Porque tiene miedo, dijo Andrea con una sonrisa de desprecio.

—Pero escuchará.

—Sin duda, ya aproxima su oído á la puerta, ya escucha.

—Os desagrada eso?

—Sí, porque puede oír lo que digo.

—Y es capaz de abusar de ello para con vos, su amor?

—Sí, en un momento de cólera ó de celos; oh! sí en uno de esos momentos es capaz de todo.

—Entonces desembaracémonos de él, dijo Bálamo, y marchó hácia la puerta haciendo ruido.

Sin duda no habia llegado aun la hora del valor para Gilberto, porque al ruido de los pasos de Bálamo, y temiendo ser sorprendido, se subió sobre la baranda de la escalera y se deslizó hasta abajo.

Andrea lanzó un ligero grito de espanto.

—Cesad de mirar á ese lado, dijo Bálamo acercándose nuevamente á Andrea. Los amores vulgares son cosas de poca importancia. Quereis hablarme del baron de Taverney?

--Yo quiero todo lo que quereis, dijo Andrea dando un suspiro.

—Es muy pobre el Baron?

Muy pobre.

--Tan pobre que no pueda proporcionarnos distraccion alguna?

--Ninguna.

--Segun eso estareis fastidiada en este castillo?

--Oh! y tanto!

--Teneis acaso ambicion?

--No.

--Amáis á vuestro padre?

--Sí, dijo la jóven: casi dudando.

--Sin embargo, me ha parecido esta noche que alguna nube oscurecia este amor filial, añadió Bálamo sonriendo.

--Es que no olvido que ha disipado locamente todo el caudal de mi madre: de modo que el pobre Casa-Roja se fastidia en una guarnicion, y no puede sostener con dignidad el nombre de nuestra familia.

--Quién es ese Casa-Roja?

--Mi hermano Felipe.

--Y por qué le llamáis Casa-Roja?

--Porque este es el nombre, ó mejor dicho, era el nombre de un castillo nuestro, nombre que usaban los hijos mayores hasta que á la muerte de su padre, tomaban el de Taverney.

--Y amáis á vuestro hermano?

--Oh! sí, mucho, mucho.

--Mas que á nadie?

--Mas que á nadie.

--Y por qué le amáis con esa pasion, amando á vuestro padre tan moderadamente?

--Porque tiene un corazon noble y daria su vi-

da por mí.

--Mientras que vuestro padre?...

--Andrea calló.

--No me respondeis?

--No quiero responder.

Sin duda no juzgó Bálamo oportuno forzar la voluntad de la jóven, y por otra parte, quizá sabia ya del baron todo cuanto le convenia saber.

--En dónde está en este momento el caballero Casa-Roja?

--Me preguntais dónde está Felipe?

--Sí,

--Está de guaracion en Strasburgo.

--Le veis en este momento?

--Dónde?

--En Strasburgo.

--Nó lo veo.

--Conoceis la ciudad?

--No.

--Pues yo la conozco; quereis que lo busquemos juntos?

--Bien.

--Está en el teatro?

--Nó.

--Está en el café de la plaza con los dema oficiales?

--Nó.

--Está en su casa, en su habitacion? Quiero que veais la habitacion de vuestro hermano.

--Nada veo, y creo que no está en Strasburgo.

--Conocéis el camino?

--No.

--No importa! yo le conozco, sigamos; está en Saverne?

--No.

--Está en Sarbruck?

--No.

--Está en Nancy?

--Esperad, esperad!

--La jóven se ensimismo todavía mas, y su corazón latía en términos que parecía querer saltársele del pecho.

--Ya le veo, ya le veo! dijo con alegría estremada. ¡Oh, amado Felipe! qué felicidad!

--Qué hay?

--Amado Felipe! continuó Andrea cuyos ojos brillaban de alegría.

--Dónde está?

--Atraviesa á caballo una ciudad que conozco perfectamente.

--Cuál?

--Nancy, Nancy! Donde yo he estado en el convento.

--Estais segura de que es él?

--Oh! sí, las luces que le rodean iluminan su rostro.

--Luces? dijo Bálamo con sorpresa. Para qué son esas luces?

--Está á caballo! á caballo! al lado de una bella carroza dorada.

--Ya, ya! dijo Bálamo, y quién hay en la carroza?

--Una mujer jóven. Oh! qué majestuosa! qué graciosa! qué bella! Oh! esto es extraño, me parece haberla visto otra vez: no, no me engañaba, es que se parece mucho á Nicolasa.

--Se parece Nicolasa á esa jóven tan altiva, tan majestuosa y tan bella?

--Sí, sí! pero cómo el jazmin se parece á la lila.

--Veamos: qué sucede en Nancy en este momento?

--La jóven se inclina fuera de la portezuela y hace señas á Felipe para que se acerque: este obedeció se aproxima, y se quita el sombrero respetuosamente;

--¿Es fácil oír lo que dicen?

--Escucharé, dijo Andrea haciendo á Bálamo un signo para que guardase silencio.

--Ya oigo, ya oigo, murmuró.

--Qué dice la jóven?

--Le ordena con dulce sonrisa haga apresurar el paso de los caballos. Que es preciso que esté dispuesta la escolta al día siguiente á las seis de la mañana, porque quiere detenerse en el camino.

--Dónde?

--Esto la pregunta mi hermano. ¡Oh Dios mio! es en Taverney donde quiere detenerse. Quiere ver á mi padre. Oh! detenerse en esta pobre casa una tan gran princesa!... Que hemos de hacer sin vajilla, casi sin ropa...?

--Tranquilizaos de todo os proveerémos.

--Ah! gracias gracias.

Y la jóven que se habia medio levantado volvió á caer rendida en un sillón, lanzando un profundo suspiro.

Al momento Bálamo se acercó á ella, y cambiando por medio de pasas magnéticas las corrientes eléctricas, dió la tranquilidad del sueño á aquel hermoso cuerpo que se doblaba quebrantado, y aquella cabeza atormentada que se inclinaba sobre su pecho palpitante. Pareció que empezaba para la jóven un completo y reparador reposo.

Recobrad vuestras fuerzas, la dijo Bálamo mirándola con un sombrío éxtasis, porque bien pronto habré menester de toda vuestra lucidez.

Oh ciencia! continuó con el aspecto de la mas creyente exaltacion: tú sola no te engañas, y á ti sola debe sacrificarlo todo el hombre. ¡Dios mio! ¡muy bella es esta mujer! ¡Este ángel es muy puro! y mejor que nadie lo sabes tú, tú, que criss los ángeles y las mujeres. Pero ¿que vale para mí la belleza en este momento? Que vale la inocencia! Unicamente una mala noticia que solo la belleza y la inocencia pueden darme. Muera la criatura por mas bella, por mas pura, por mas perfecta que sea, con tal que hable su boca. Mueran los placeres del mundo entero, amor, pision, éxtasis, con tal que yo marche siempre con paso seguro é ilustrado. Y ahora, jóven, á quien han dado mi poder y voluntad algunos instantes de sueño, ahora que por medio de ese poder y esa voluntad te han comunicado esos instantes de sueño tantas fuerzas como si acabaras de dormir veinte años,

despierta, ó mejor dicho, abismante en tu iluminado sueño. Todavía necesito que hables: pero esta vez hablarás solo para mí.

Y estendiendo Bálamo nuevamente las manos hácia la jóven, la obligó á levantarse bajo un flúid omnipotente.

En seguida cuando la vió preparada, y sometida sacó de la cartera un rizo de cabellos negros como el ébano que Bálamo colocó en la mano de Andrea.

--Ved, le mandó.

--Oh! todavía! dijo la jóven con angustia. Oh! Dios mio! Dios mio! me hallaba también ahora!

--Ved, respondió Bálamo colocandó implacablemente el extremo de la varita sobre el pecho de la jóven.

Andrea se torció los maños, y procuró sustraerse á la tiranía del experimentador. Apareció una ola de espuma en sus labios como sucedia en otro tiempo con los de la pitonisa sentada sobre el sagrado trípode.

--Oh! ya veo, ya veo, dijo ella con la desesperacion de la voluntad vencida.

--Que veis?

--Una mujer.

--Ah! murmuró Bálamo con una alegría salvaje, no es la ciencia un nombre vano como la virtud. Mesmer! he vencido á Bruto. Veamos, describidme á esa muger para que yo sepa si habeis visto ídem.

--Es morena, alta, ojos azules, cabello negro, y nervudos brazos.

--Qué hace?

--Corre, vuela y parece arrebatada por un caballo magnífico, cubierto de sudor.

--Hacia donde vá?

--Por allí, por allí, dijo la jóven señalando al oeste.

--¿Por el camino?

--Sí.

--De Chalons?

--Sí.

--Bien está, dijo Bálamo; sigue la ruta que debo yo seguir. Va á París lo mismo que yo; bueno, la encontraré en Paris. Ahora, reposad, dijo á Andrea tomándole el huete que ella no habia abandonado.

Los brazos de Andrea cayeron inmóviles á lo largo de su cuerpo.

--Volved á vuestro clave.

Dió Andrea un paso hácia la puerta; pero quebrantadas sus rodillas por una estremada fatiga, se negaban á llevarla y flaqueaban.

--Adquirid fuerza y continuad, añadió Bálamo arrojándole nuevas corrientes de fluido.

Andrea hizo como el generoso caballo que se reanima para cumplir la voluntad de su dueño, aun cuando sea injusta.

Empezó á andar.

Bálamo abrió la puerta, y Andrea bajó la escalera lenta y pausadamente.

Nicolasa.

Indecible es la mortal angustia que experimentó Gilberto todo el tiempo que duró el interrogatorio de Bálamo.

Acurrucado al extremo de la escalera sin atreverse á subir para aplicar el oido á la puerta de la sala roja y saber de qué se trataba, habia acabado por caer en una desesperacion, cuya expansion, gracias al carácter de Gilberto, debía sin duda producir algun resultado extraordinario.

Esta desesperacion crecia con la conviccion de su debilidad é inferioridad. Para el Bálamo no era

mas que un hombre, pues Gilberto, espíritu fuerte y filósofo en ciernes, creía poco en los hechiceros; pero aquel hombre era fuerte y Gilberto débil; aquel hombre era valiente, y Gilberto no lo era todavía. El jóven mas de veinte veces se levantó para subir la escalera, decidido á hacer frente al baron si llegaba el caso; pero otras tantas flaquearon sus piernas y cayó de rodillas.

Ocurrióle entonces la idea de buscar una escalera, y se acordó de que La-Brie, que era á la vez cocinero, ayuda de cámara y hortelano, se valia de una para subir á enlazar los jazmines y madreselvas. Su objeto era aplicar esta escalera á la pared y trepar hasta la ventana de la sala roja para no perder ni una palabra de cuanto deseaba con tanta ansia saber.

Pasó pues la antesala, cruzó en seguida el patio y se dirigió al sitio en que sabia estaba la escala tendida al pié del muro; pero al bajarse para cojerla, le pareció oír algun ruido al lado de la casa, y se volvió.

Dilatadas sus pupilas en la obscuridad, creyó entonces ver pasar á través del negro cuadro de la puerta, que estaba abierta, una forma humana; pero tan veloz y silenciosa, que mas parecia un espectro que una persona viviente.

Dejó caer nuevamente la escalera y se adelantó hácia el castillo, palpitándole el corazón.

Hay ciertas imaginaciones que por necesidad son superficieras, y son comunmente las mas ricas

y exaltadas; admiten menos voluntariamente la razon que la fábula, y encuentran muy vulgar lo que es natural. Hevadas siempre de sus instintos hácia lo imposible ó al menos hácia lo ideal. Por esta causa son tan apasionados á los bosques sombríos, y es porque allá, en su mente, existe el retrato de los genios y fantasmas que pueblan y habitan las lúgubres y tenebrosas bóvedas. Los antiguos, que fueron tan grandes poetas, soñaban cosas como estas en medio del dia, exceptuando que como su sol era para ellos un foco ardiente de luz de que nosotros no tenemos mas que un reflejo, ni gozamos mas que de un rayo, como su sol sustentaba la idea de fantasmas y de gnomos, imaginaron las risueñas driades y las voluptuosas nereidas.

Nacido Gilberto en un pais nebuloso en que las ideas son mas lúgubres, creyó ver pasar una vision, y con este motivo hirió su memoria, á pesar de su incredulidad, el recuerdo de lo que habia dicho la mujer que acompañaba á Bálamo; ¿no podia haber evocado el hechicero algun fantasma, puesto que tenia poder para arrastrar al mal al ángel mas puro, tipo del candor y de la inocencia?

Gilberto, no obstante, tenia siempre un segundo movimiento peor que el primero si se quiere, y era el de la reflexion.

Por lo mismo llamó á su socorro todos los argumentos de las armas valerosas contra los espectros, y el párrafo APARECIDO del diccionario filosófico dióle algun valor, al mismo tiempo que le dió un miedo mayor y mas fundado; pues si efectivamente habia

á sito alguno, debía por necesidad ser un ser viviente y sobre todo muy interesado en espiar.

Su espanto le indicó el baron de Taverney, su conciencia le recordó otro nombre.

Miró al segundo piso, y ya hemos dicho que estaba apagada la luz de la guardilla habitada por Nicolasa, y que sus cristales se hallaban confundidos en las tinieblas.

La casa toda estaba envuelta en el mayor silencio.

Nuevamente volvió á mirar y á escuchar, pero no oyendo nada tampoco, volvió á tomar su escala, convencido de que por aquella vez habían estado sus ojos turbados, como de un hombre cuyo corazón late demasiado, y de que aquella vision era una intermitencia de la facultad de ver, hablando técnicamente, mas bien que el resultado del ejercicio de sus facultades. Cuando acababa de colocar su escala y ponía el pié en el primer escalon, se abrió y volvió á cerrar la puerta de Bálamo despues de haber dejado pasar á Andrea, quien bajó sin luz y sin hacer ruido, como si la guiase y sostuviese un poder sobrenatural.

De este modo llegó Andrea á la meseta de la escalera, y siguió su camino no sin haber pasado junto á Gilberto y rozádole con su ropa en medio de la oscuridad.

Se hallaba el baron de Taverney dormido. La-Brie acostado, Nicolasa en su cuarto y cerrada la puerta de Bálamo. Garantido pues se hallaba el jóven contra toda sorpresa.

Hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y siguió á Andrea.

Esta atrevesó la antesala y entró en el salon.

Ibala siguiendo Gilberto, ahogando con una mano los fuertes latidos de su corazon. Andrea fué á sentarse en el taburete colocado junto al piano sobre el cual continuaba ardiendo la bujía: el jóven no se atrevió á pasar de la puerta aun cuando hubiese quedado abierta.

Gilberto se clavaba en su pecho sus crispadas uñas. Aquel era el mismo sitio en que media hora antes habia besado la ropa y la mano de aquella mujer, sin que ella se enfadase; aquel tambien era el mismo sitio en que habia esperado ser dichoso. Sin duda la indulgencia de la jóven nacía de una de esas corrupciones profundas, como las que Gilberto habia encontrado en las novelas que formaban la parte principal de la biblioteca del baron, ó bien de una de aquellas decepciones de los sentidos que habia visto analizadas en algunos trabajos fisiológicos.

—Pues bien! murmuraba fluctuando entre ambas ideas: si es así, explotaré lo mismo que los otros esta corrupcion, ó me aprovecharé de este engaño de los sentidos, y ya que el ángel se desnuda de su ropa de candor, ¡que extraño que yo me atreva á recojer fragmentos de su castidad!

Esta vez habia tomado Gilberto su resolcion y abalanzóse por lo mismo hácia la sala sin vacilar; pero al ir á fijar en ella el pié, una imno salida de entre las agrapadas tinieblas le agarró enérgicamente por el brazo.

Volvióse Gilberto asustado, y parecióle que el corazón se le salía del pecho.

—Ah! por fin te hallo aquí! Imprudente! le dijo al oído una voz irritada, negarásme ahora que tienes citas con ella y que la haces el amor?

No tuvo fuerza Gilberto ni aun para soltar su brazo de la mano que lo sujetaba.

Sin embargo; el lazo no era tal que no pudiese romperle, consistiendo solo, como consistia, en la mano de una jóven. La que tenia sujeto á Gilberto era Nicolasa Legay.

—Vam^{os} á ver, que queréis? le preguntó en voz baja y con impaciencia.

—Ah! Ah! bajais la voz? Pues bien, yo por el contrario hablaré alto, dijo Nicolasa en su timbre natural de voz.

—Oh! no, no, callaos! exclamó Gilberto apretando con rabia sus dientes y empujando con fuerza á Nicolasa hácia la antesala.

—Pues bien! sígueme.

Esto era cabalmente lo que anhelaba Gilberto, pues siguiendo á Nicolasa se desviaba de Andrea.

—Sí, os sigo, dijo.

Efectivamente, marchó detrás de Nicolasa que lo condujo al patio cerrando la puerta tras sí.

—Pero la señorita llamará y no estareis allí.

—Os engañais mucho, si creéis que eso me llama la atención en este momento. Poco me importa que me llame ó no. Lo que quiero es hablaros.

—Bien podriais, Nicolasa, dejar para mañana lo que tenéis que decirme: la señorita es severa.

—Ah! sí, le aconsejo que sea severa, y sobre todo conmigo.

—Nicolasa, os prometo que mañana!...

—Prometecel! ¡buenas son tus promesas y sé lo que se puede esperar de ellas! ¿No me habias prometido esperarme hoy á las seis, junto al muro de la casa roja? En dónde has estado? En direccion opuesta, supuesto que tú has sido quien ha traído al viajero. ¡Tus promesas! el mismo caso hago yo de ellas que de las del director del convento de las Anunciadas, quien habia hecho juramento de guardar el secreto de la confesion y sin embargo iba á contar á la superiora todos nuestros pecadillos.

—Pensad Nisolosa, que os despedirán si notan....

—¿Y no os despedirán á vos, el amante de la señorita? ¿no se enfadará por eso el señor baron?

—A mi? dijo Gilberto procurando defenderse, no hay motivo para que me despidan.

—Ah! ya!... ¿os habrá dado entonces permiso para que hagais el amor á su hija? ¡Por mi vida que no lo creia tan filósofo!

Bien podia Gilberto probar á Nicolasa con una sola palabra, que si él era delincuente, no habia al menos complicidad de parte de Andrea: no tenia para eso mas que contarle lo que habia visto, y por mas increíble que fuese, á ojos cerrados le hubiera creído la doncella, gracias á esa encantadora opinion que las mugeres tienen unas de otras; pero al ir á hacer la revelacion detuvo al jóven una idea mas profunda. El secreto de Andrea era de aquellos

que enriquecen á un hombre, ya desee este hombre los tesoros del amor, ya desee otros tesoros mas materiales y positivos.

Los que deseaba Gilberto eran de amor. Calculó que la cólera de Nicolasa era menos peligrosa que apetecible la posesion de Andrea, y haciendo sobre la marcha su eleccion, decidióse á guardar el mas profundo silencio sobre la singular aventura de aquella noche.

—¡Vaya! esplicémonos, dijo, puesto que lo quieres absolutamente.

—¡Oh! será muy breve, contestó Nicolasa, cuyo carácter absolutamente contrario al de Gilberto no le permitia dominar ni poner á raya ninguna de sus sensaciones; pero dices bien, estamos mal en este patio; vámonos á mi cuarto.

—¿A vuestro cuarto? exclamó Gilberto asombrado. ¡Imposible!

—Y por qué?

—Es esponernos á ser sorprendidos.

—Vamos, vamos, replicó Nicolasa con una sonrisa impregnada de sarcasmo; ¿y quién nos sorprenderá? La señorita? Y en efecto debe estar celosa de tan bello caballero. Desgraciadamente para ella, no son temibles las personas cuyos secretos son conocidos. Oh! ¡Celosa de su camarera Nicolasa la señorita Andrea de Tavernoy! Pues digo! es un honor que jamás me hubiera atrevido á esperar.

Y acompañó estas palabras con una risa forzada, terrible como el bramido de la tempestad, que anunció

mas á Gilberto que si hubiera sido una invectiva ó una amenaza.

—No es la señorita á la que temo; Nicolasa; es por vos por quien tiemblo.

—Ah! si, es verdad, siempre me habeis dicho que donde no hay escándalo, no hay mal. Los filósofos son á veces jesuitas, y tambien decia esto mismo el director de las Anunciadas; melo habiadicho antes que vos y seguramente por esto teneis de noche vuestras citas con la señorita. Vamos, vamos, basta de razones como esta... venid á mi cuarto, yo lo quiero.

—Nicolasa! dijo Gilberto apretando los dientes.

—Y bien, qué? dijo la jóven.

—Cuidado! é hizo un gesto amenazante.

—Oh! no tengo miedo; ya me habeis pegado una vez, pero era porque teniais celos, y me amabais en aquel tiempo. Era ocho dias despues de nuestro bello dia de miel y me dejé pegar. Pero nos veremos las caras, hoy es otra cosa porque ya no me amais; yo soy quien está celosa.

—Y qué harás? dijo Gilberto agarrando la mano de la jóven.

—Oh! gritaré tanto, que la señorita os preguntará conque derecho dais á Nicolasa lo que solo á ella debeis en este momento. Soltadme, pues, os lo aconsejo.

Soltó Gilberto la mano de Nicolasa.

Cojiendo en seguida la escala y llevandola con precaucion la colocó por la parte de afuera del pabellon de modo que casi tocara la ventana de Nicolasa.

—Hé ahí lo que es el destino, dijo ella; la escala que debía indudablemente servir para escalar la habitación de la señorita servirá bucnamente para bajar de la guardilla de Nicolasa Legay. Esto me lisonjea mucho.

Reconociéndose en aquel entonces Nicolasa la mas fuerte, se apresuraba á triunfar con aquella precipitacion de las mugeres, que á menos de ser realmente superiores en lo bueno ó en lo malo, hacen paguen casi siempre cara esta primera victoria, proclamada demasiado pronto.

Gilberto habia conocido la falsedad de su passion y de consiguiente seguia á la jóven, reuniendo todos sus recursos para la lucha que presentia, asegurándose desde luego de dos cosas como hombre de precaucion.

La primera, al pasar por delante de la ventana, de que la señorita de Taverney continuaba en el salon.

La segunda, así que llegó al cuarto de Nicolasa de que sin haber gran esposicion de romperse la cabeza, se podia alcanzar la primera grada de la escalera y escurrirse por allí hasta abajo.

En cuanto á sencillez, no desdecia la habitación de Nicolasa de las otras del castillo.

Era un granero cuya pared habia desaparecido bajo un papel gris con dibujos verdes, y todo el adorno consistia en una cama de cordeles, y un gran geranio colocado junto á la ventana. Además, Andrea habia prestado una gran caja á Nicolasa y este mue-

ble le servía á la vez de mesa y de cómoda.

Sentóse Nicolasa en la orilla de la cama, y Gilberto en una esquina de la caja.

Aquella se había calmado al subir la escalera, pero se sentía fuerte y dispuesta á todo porque era dueña de sí misma. Gilberto, por el contrario, trémulo aun por las agitaciones anteriores, no conseguía adquirir sangre fría y sentía hervir su mal comprimida cólera.

Durante un breve instante reinó el mayor silencio y en este corto espacio Nicolasa dirigió á Gilberto mas de una mirada ardiente é irritada.

—Con que amais á la señorita y me estais engañando?

—Quién ha dicho que yo ame á la señorita? contestó Gilberto.

—Pues no tenéis citas con ella?

—Y quién os dice que sea con ella?

—Con quién teniais que hacer entonces en el pabellon? con el hechicero?

—Muy posible fuera porque ya sabeis que tengo ambicion.

—Decid envidia.

—Es la misma palabra, interpretada en buen ó mal sentido.

—No hagamos de una discusion de cosas una discusion de palabras. A la cuestion: ya no me amais, no es esto?

—Sí á fé, siempre amo.

—Entonces por que huís de mí?

—Porque siempre que me encontráis me dais un nuevo disgusto.

—Justamente el disgusto es porque no nos vemos mas que cuando por acaso nos encontramos.

—Ya sabéis que siempre me ha gustado á mi la soledad.

—Ya!... y se sube por una escala en busca de la soledad? ¡Oh! no lo sabís! ¡Disimulad mi ignorancia.

Gilberto habia sido batido en esta primera posicion.

—Vamos, vamos, Gilberto, sed franco si podeis, y confesad que no me amais ya, ó que nos amais á las dos.

—Y bien! qué diriais si así fuese?

—Diria que eso es una monstruosidad.

—No tal, sino un error.

—De vuestro corazon?

—De nuestra sociedad. Bien sabéis que hay pueblos en que cada hombre tiene hasta siete ú ocho mujeres.

—Esos no son cristianos, respondió impaciente Nicolasa.

—Pero son filósofos dijo enfáticamente Gilberto.

—Oh! segun eso, señor filósofo, no tomariais á mal que hiciese yo lo mismo que vos, y que tomase un segundo amante?

—No queria ser injusto y tiránico para con vos ni oprimir los movimientos de vuestro corazon... la santa libertad consiste sobre todo en respetar el libre albedrío... Si cambiáis de amor, Nicolasa, yo no podré obligaros á una fidelidad que, segun mi modo de pensar no está en la naturaleza.

--Ah! bien veo que no me amais.

La discusión era el fuerte de Gilberto, no precisamente porque su talento fuese lógico, sino porque era paradójico. Y luego, por poco que supiese siempre sabía más que Nicolasa. Esta no había leído más que lo que parecía divertido y Gilberto había leído no solo lo que juzgaba divertido, sino lo que le había parecido útil.

De eso resultaba que en la discusión Gilberto ganaba en sangre fría lo que Nicolasa perdía.

--Teneis memoria, señor filósofo? preguntó Nicolasa con una sonrisa irónica.

--Algunas veces, respondió Gilberto.

--¿Os acordais de lo que me deciais cuando llegué de las Anunciadas con la señorita, habré unos cinco meses?

--No, pero recordádmelo vos.

--Me digisteis, yo soy pobre! Era el día que leíamos juntos á Tanvat, bajo una bóveda del antiguo y derruido castillo.

--Bueno... bueno... proseguid.

--Temblabais mucho aquel día.

--Es fácil; soy de un natural tímido; pero hago lo posible para corregirme de este defecto, como de otros que tengo.

--De modo, dijo riendo Nicolasa, que seréis perfecto cuando os hayais corregido de todos vuestros defectos.

--Al menos seré fuerte; porque estoy en la creencia que la sabiduría es la que dá la fuerza.

--Queréis decirme donde habeis leído eso?

--Qué os importa? Volvamos á lo que os decia bajo la bóveda.

No sé le escapaba á Nicolasa que iba perdiendo terreno cada vez mas.

--Bien! me deciais: yo soy pobre, Nicolasa, nadie me ama, y no saben que yo tengo aquí... y os dabais golpes sobre el corazon.

--Por fuerza debeis equivocaros, Nicolasa, porque si al deciros eso me golpeaba en alguna parte, no debia ser en el corazon, sino en la cabeza. El corazon no es mas que una bomba de presion destinada á empujar la sangre á las estremidades. Leed el articulo *corazon* en el *Diccionario filosófico*.

Y Gilberto se enderezó con orgullo. Humillado por Bálamo, se hacia soberbio para con Nicolasa.

--Teneis razon, Gilberto, efectivamente debió ser la cabeza la que golpeabais. Deciais, pues, golpeándoos la cabeza: se me trata como á un perro de caza, y todavia es Mahon mas dichoso que yo. Os contesté entonces que hacian mal en no amaros, y que si yo hubiera sido vuestro hermano os habria amado. Me parece que al hablaros así lo hacia con el corazon y no con la cabeza; pero acaso esté equivocada porque no he leído el *Diccionario filosófico*.

--Os habeis equivocado Nicolasa.

--Entonces abrazándome me dijisteis: sois huerfana Nicolasa, yo tambien lo soy; nuestra miseria y abyeccion nos hacen mas que hermanos; amémonos pues, como si lo fuésemos realmente. Ademas si lo fuésemos, la sociedad nos prohibiria amaros como

yo quiero que me amais; y al concluir estas palabras me abrazásteis segunda vez.

—Es muy posible.

—Pensábais entonces lo que deciais?

—Sin duda. En el momento de decirlo, casi siempre se piensa lo que se dice.

—De modo que al presente....

—Al presente han pasado cinco meses; he aprendido cosas que ignoraba y adivinado otras que no sabía. Hoy pienso de otro modo.

—Oh! sois un falso, un farsante, un hipócrita! exclamó Nicolasa con cólera.

—No por cierto. Me sucede lo que á un viajero, á quien se pregunta lo que le parece el pais, hallándose en lo hondo de un valle, y luego se le pregunta lo mismo en lo alto de una montaña, que le impedía dilatar la vista. Abrazo un paisaje mas estenso, y esto es todo.

—De modo que no os casaria conmigo?

—Jamás os he dicho que me casareis; respondió Gilberto con desprecio.

—Oh! exclamó la exasperada jóven, es que me parece que tanto vale Nicolasa Legay como Sebastian Gilberto.

--Todos los hombres son iguales, dijo Gilberto, y únicamente la naturaleza ó la educacion les han dado valores diversos y facultades diferentes; alejandose y diferenciándose entre sí, segun estos valores ó estas facultades se desarrollan mas ó menos.

--¿De modo que teniendo facultades y valores mas desarrollados que los míos os alejais de mí?

--Naturalmente: veo, Nicolasa, que aun no raciocináis, pero ya comprendéis.

--¡Si, sí! dijo Nicolasa en el colmo de la cólera; si demasiado comprendo.

--¿Y qué es lo que comprendéis?

--Comprendo que sois un malvado.

--Es posible. Muchos nacen con instintos malos; pero la voluntad sirve para corregirlos. Rousseau, nació tambien con malos instintos, y sin embargo, se corrigió. Yo pienso hacer lo que Rousseau.

--Dios mio! Dios mio! ¿Cómo he podido amar á semejante hombre? dijo Nicolasa.

--No me habeis amado, Nicolasa, os he agradado y nada mas. Saliais de Nancy, en donde no veiais mas que seminaristas que os hacian reir ó militares que os daban miedo. Ambos éramos jóvenes, inocentes, deseosos de dejar de serlo y la naturaleza os hablaba con su irresistible voz. Hay una cosa en nuestras venas que se inflama, cuando deseamos; una inquietud, cuya curacion buscamos en libros, que mas nos inquietan cuanto mas los leemos; y bien recordaría, que leyendo uno de esos libros no diré que cedisteis, porque nada os peló; pero sí que leyendo uno de esos libros encontramos la palabra de un secreto. Por espacio de uno ó dos meses esta palabra fué: felicidad! Por espacio de uno ó dos meses hemos vejetado en el seno de esta felicidad. Y decidme ahora con toda franqueza, ¿es esta una razon para que seamos mutuamente nuestra felicidad durante toda la vida, porque durante uno ó dos meses háyamos sido la dicha uno de otro? Ya veis, Nicolasa, que si

se contrajese semejante compromiso al dar y recibir la felicidad, se renunciaria el libre albedrio, y esto es un absurdo.

—Estais filosofando? dijo Nicolasa.

—Ciertamente, respondió Gilberto.

—Con que nada hay sagrado para los filósofos?

—Sí, en verdad: la razon.

—De modo que yo que desesba ser honrada...

—Dispensadme si os digo que demasiado tarde os habeis acordado de eso.

Pásose Nicolasa pálida y encarnada alternativamente, como si una rueda hiciese girar su sangre alrededor del cuerpo.

—Honrada en cuanto á vos, dijo ella. Siempre se es buena casada, me habeis dicho varias veces para consolarme, cuando se guarda fidelidad al que el corazon ha elegido. ¿Recordais esta teoria acerca del matrimonio?

—La recuerdo, pero forzoso es advertiros que siempre he hablado de eso del modo que habla un hombre que maldita la intencion tiene de casarse.

—No os casaréis jamás?

—No. Quiero ser sabio y filósofo. La ciencia prescribe el aislamiento del alma, y la filosofia el del cuerpo.

—Sois un miserable, señor Gilberto, dijo Nicolasa, y me envanezco en decir que valgo mas que vos.

—Resumamos, dijo Gilberto levantándose, porque perdemos el tiempo, vos en decirme injurias y yo en escucharlas. Me habeis amado porque asi os agradaba, no es esto?

—Sin duda.

--Pues bien! creo que no es razon para hacerme desgraciado el que hayais hecho una cosa que os complacia.

--Necio, necio el que creyéndome pervertida aparenta no temerme?

--Temeros, Nicolasa! Vamos! Qué podeis contra mí? Los celos os estravian.

--Los celos? yo celosa! dijo la jóven con una risa febril: mucho os engañais si me creeis celosa. Y decidme, si os place, ¿de qué habia de estar celosa? Acuso existe en todos esos alrededores una jóven mas linda que yo? Si yo tuviese las manos tan blancas como la señorita, y las tendré en no trabajando, no valdria tanto como ella? Mi cabello, miradlo, -- y la jóven desató el lazo que lo sujetaba, -- mi cabello puede cubrirme de la cabeza á los piés, como si fuera una capa. Soy alta y bien formada, -- la jóven cojió su cintura con las dos manos. -- mis dientes parecen dos lineas de perlas, -- y diciendo esto contempló sus dientes en un pequeño espejo colgado á la cabecera de su lecho. -- Si pretendo mostrarme risueña para alguno, me valgo de cierta sonrisa que tengo estudiada, le miro de un modo que yo me sé, y le veo ruborizarse ante mi sonrisa, padecer y temblar ante mi mirada; porque aunque es muy cierto que vos habeis sido mi primer amante, no lo es sin embargo menos que no habeis sido vos el primer hombre con quien he coquetado. Oh Gilberto! esto te hace reir? -- prosiguió la joven mucho mas temible con su forzada sonrisa que con sus vehementes amenazas; -- esto te hace reir? Pues

créeme, no me obligues á declararte la guerra, no me hagas salir de una vez de la estrecha senda en que me retiene aun no sé que vago recuerdo de los consejos de mi madre, ó que monótona rescricion de mis infantiles plegarias. Anda con cuidado, Gilberto, pues que si llego á perder el pudor, tendrás que reprocharme no solo de las desgracias que te sucedan, sino tambien de las que sucedan á otros.

—Sea enhorabuena, dijo Gilberto; por fin os habeis remontado á cierta altura, y estoy convencido de una cosa por lo menos.

— De cual?

— De que si al presente consintiese en casarme con vos.

— Y bien?

— Que vos seriais quien no querría.

Nicolasa guardó silencio un instante, y en seguida con los dientes apretados y las manos crispadas.

— Creo, Gilberto, le dijo que teneis razon; creo que yo tambien empiezo á subir esa montafia de que me hablábais hace poco, y que mi horizonte vá ensanchándose tambien; creo que yo tambien estoy destinada á ser algo, y por cierto que es bien poco ser la mujer de un sabio ó de un filósofo. Ahora podeis ya volver á tomar vuestra escala, Gilberto, y cuidado no os rompais la cabeza; aun cuando empiezo á creer que seria no poca felicidad para los demas, y acaso para vos tambien.

Y la jóven volviendo la espalda á Gilberto comenzó á desnudarse, como si él no hubiera estado allí.

Gilberto quedó un instante inmóvil, indeciso, dudando, porque, escitada Nicolasa por la poesía de la cólera y la llama de los celos, estaba encantadora. Abrigaba sin embargo el corazón de Gilberto un designio muy meditado, y era el de romper con Nicolasa, tanto mas cuanto que esta podia perjudicar á la vez á sus amores y sus intereses.

Gilberto, pues, pásose sobre sí y apagó en su corazón la seductora llama que los encantos de la hermosa camarera empezaban á encender.

Al cabo de algunos segundos, no oyendo Nicolasa ningun ruido detrás de ella, se volvió y no halló á nadie.

—Se ha ido! murmuró; se ha ido!

Asumóse á la ventana, pero todo estaba obscuro y la luz apagada.

—Y la señorita? se dijo Nicolasa.

La jóven bajó entonces la escalera de puntillas, se acercó á la puerta del cuarto de la señorita y escuchó.

—Bueno! dijo se ha acostado sola y está durmiendo. Hasta mañana. Oh! yo he de saber irremisiblemente si ella ama y he de apurar este fatal misterio.

La señora y la doncella.

No era por cierto tan tranquila como aparentaba la situación en que Nicolasa había vuelto á su guardilla; porque de toda esa travesura de que había querido dar una prueba y de toda esa firmeza de que creía haber hecho alarde, la jóven no poseía en realidad mas que una dosis de amor propio exagerado y suficiente para hacerla peligrosa y para que apareciera como mujer corrompida á los ojos del mundo.

Forzoso es no obstante decir que á una imaginacion naturalmente desordenada, unia Nicolasa un talento estraviado por las malas lecturas. La combinacion de este talento y de esta imaginacion producía razonamientos fogosos y apasionados; pero tenía un al-

ma seca y si su amor propio, omnipotente sobre ella lograba á veces contener las lágrimas en sus ojos, estas lagrimas, rechazadas violentamente, volvian á caer sobre su corazon corrosivas como gotas de plomo derretido.

Solo habia hecho una demostracion significativa y verdadera, y era esta la sonrisa llena de desprecio conque habia acogido los primeros insultos de Gilberto: aquella sonrisa revelaba todas las heridas de su corazon. Ciertó, ciertísimo es que Nicolasa era una muchacha sin virtud y sin principios; pero habia dado algun valor á su derrota, y al entregarse, como se habia entregado toda entera, habia creído hacer un presente por eso era que la indiferencia y fatuidad de Gilberto la envilecian á sus propios ojos. Acababa de ser rudamente castigada por su folta y habia sentido cruelmente el dolor de este castigo, pero sublevóse contra la mano que habia descargado el látigo y juróse solemnemente á si misma que devolveria á Gilberto, ya que no todo el mal, á lo menos parte del que le habia hecho.

Jóven vigorosa, llena de sábia rústica, dotada de esa facultad de olvidar, tan preciosa para cualquiera que no aspira á otra cosa que á mandar á los que le aman, Nicolasa se durmió sin remordimientos despues de haber concertado su pequeño plan de venganza, siguiendo los infernales consejos que le dictaron todos los demónios que le hacian el honor de habitar su pequeño corazon de diez y siete años.

Fuerza es decir que á los ojos de la doncella la

señorita de Taverney era tanto ó aun mas culpable que Gilberto. Una jóven noble, llena de preocupaciones, henchida de orgullo; que en el convento de Nancy trataba impersonalmente á las princesas, llamaba de vos á las duquesas, tuteaba á las marquesas; una estatua fria en la apariencia, pero sensible bajo su corteza de mármol, una estatua en fin que le parecia ridícula y mezquina cuando se convertia en muger para un Pígameon de aldea como Gilberto.

Porque, preciso es decirlo, Nicolasa, con ese instinto delicado que la naturaleza ha dado á las mujeres, se reconocia inferior á Gilberto solo en talento, pero superior en lo demas. Sin esta supremacia del talento, que su amante habia adquirido sobre ella con cinco ó seis años de lectura, ella, la camarera de un baron arruinado, se humillaba á sus ojos entregandose á un campesino.

Qué hacia pues su ama, si se entregaba realmente á Gilberto?

Reflecionó Nicolasa que contar lo que habia visto, ó lo que realmente se figuraba haber visto al señor Taverney, era una falta enorme, en primer lugar por el carácter de este, que se reiria despues de haber abofeteado y echado á Gilberto, y despues por el del mismo Gilberto, á quien harlo mezquina y despreciable pareceria tal venganza.

Pero hacer sufrir á Gilberto á causa de Andrea, adquirir un derecho sobre ambos, verlos palidecer ó ruborizarse ante su mirada de camarera, hacerse dueña absoluta y lograr acaso que Gilberto echase de me-

nos el tiempo en que la mano que el besaba solo era ruda en la superficie, he aqui lo que lisonjeó su imaginacion y acarició su orgullo; hé aqui lo que le pareció realmente admirable y el único partido que era preciso tomar.

Arrollada por tales ilusiones se durmió.

Ya era de dia cuando despertó, fresca, ligera y con ánimo resuelto. Empleó el tiempo acostumbrado en peinarse, es decir una hora, pues solo para desenredar sus largos cabellos, una mano menos hábil ó mas escrupulosa que la suya habria empleado doble tiempo; Nicolasa miró sus ojos en aquel triángulo de vidrio azogado de que hace poco hemos hablado y que por la camarera habia sido elevado al rango de espejo, y su amor propio quedó satisfecho, pues le pareció que estaban mas hermosos que nunca. Continuó el ecsámen, y detuvo sus ojos en su coqueta boca: sus hermosos lábios no habian palidecido y apatecian redondos como una cereza bajo la sombra de una nariz fina y ligeramente encorbada; su cuello, que tenia sumo cuidado en preservar de los besos del sol, era blanco como la azuzena, y nada podia presentarse mas bello que sus pechos, ni mas ensolemnemente arqueado que su talle.

No dudó Nicolasa, al verse tan hermosa, que le seria muy fácil inspirar celos á Andrea. Como se vé, estaba enteramente corrompida, puesto que no pensó en un capricho ni en un antojo, sino que le ocurrió la idea de que la señorita Tavernuey podia amar á Gilberto.

Armada así física y moralmente; abrió Nicolasa la puerta de la alcoba de Andrea, en uso de la autorización que su misma ama le había concedido cuando á las siete de la mañana no se había levantado.

A los pocos pasos que Nicolasa diera, quedóse inmóvil y estática.

Andrea, pálida y cubierta su frente de un sudor que empapaba sus hermosos cabellos estaba tendida sobre su cama, respirando con dificultad, y agitándose á veces en su pesado sueño con una sombría expresión de dolor.

Arrolladas y arrugadas las sábanas bajo su cuerpo, no habían cubierto las delicadas formas de la jóven que, casi desnuda y en desorden producido por su calentoriento estado de ajitación, apoyaba una de sus mejillas sobre su brazo, y con su otra mano apretaba su pecho blanco y terso como el mármol.

De vez en cuando su respiración suspendida por intervalos, se escapaba como un prolongado suspiro de dolor y lanzaba un gemido inarticulado.

Nicolasa la contempló por un momento en silencio, y meneó la cabeza; porque se hacia justicia, y comprendia que no habia en el mundo hermosura que pudiera competir con la de Andrea.

Dirigióse en seguida hácia la ventana y la abrió de par en par.

Un torrente de luz invadió al punto la alcoba é hizo temblar los cárdenos párpados de la señorita de Taverney.

Despertó Andrea, pero sintió al querer incorpo-

rarse un dolor tan agudo, que volvió á caer sobre su cama apoyando negligentemente la cabeza en la almohada y lanzando un grito.

—Oh, Dios mio! dijo Nicolasa, ¿Que tenéis, señorita?

—Es muy tarde? preguntó Andrea frotándose los ojos.

—Muy tarde, señorita; habeis dormido una hora mas de lo que teniais de costumbre.

—No se lo que tengo, Nicolasa, dijo Andrea mirando á su alrededor para cerciorarse bien del sitio en que se hallaba; me hallo muy cansada, y siento al mismo tiempo un dolor tal que parece vá á romperse mi pecho en cien pedazos.

Antes de responder cosa alguna, Nicolasa clavó la vista en su señorita.

—Será un principio de resfriado que habeis cogido esta noche.

—Esta noche? preguntó Andrea con sorpresa ¡Oh! exclamó notando el desorden de su peinado, ¿cómo es que no me he desnudado?

—Diantre! dijo Nicolasa, ¿no os acordais ya señorita?

—De nada me acuerdo, dijo Andrea llevando ambas manos á su frente: qué me ha sucedido? estoy loca?

Y se incorporó en su cama mirando otra vez á su alrededor con aire azorado.

Haciendo despues un esfuerzo, exclamó:

—Ah! si, me acuerdo: ayer estaba tan cansada;

tan rendida.... á causa sin duda de la tormenta, despues....

Nicolasa le mostró con el dedo su cama desbaratada, pero cubierta, á pesar de su desorden y detúvose Andrea pensando en el extranjero que le habia mirado de tan singular manera.

—Y despues?... preguntó Nicolasa con la apariencia del interés, parece que os acondabais...

—Despues, contestó Andrea, me quedé dormida en el tabureto de mi clave, pero á contar desde este momento de nada mas me acuerdo. Habré subido á mi cuarto medio dormida, y me habré echado sobre la cama sin tener fuerzas para desnudarme.

—Y por qué no me llamasteis, señorita? dijo Nicolasa cariñosamente. No soy acaso vuestra camarera?

—No habré pensado en ello, ó me habran faltado fuerzas para llamar, dijo Andrea con un candor que nada tenia de fingido.

—Hipocrita! dijo Nicolasa entre sí.

En seguida añadió:

—Segun eso os quedasteis hasta muy tarde al clave, pues antes de que hubieseis entrado en vuestra alcoba, al oír yo ruido en la sala baja, descendí inmediatamente.

Aquí se interrumpió Nicolasa esperando sorprender algun movimiento de Andrea, alguna señal de rubor; pero permaneció tranquila, y en cierto modo podia la vista penetrar hasta su alma por el límpido cristal de su rostro.

--Bajé inmediatamente, repitió Nicolasa.

--Y que? preguntó Andrea.

--No estabais ya sentada al clave.

Andrea levantó la cabeza; pero era imposible leer en sus hermosos ojos otra cosa que el asombro.

--Es extraño! dijo.

--Así ha sucedido, ni mas ni menos.

--Decís que no estaba en el salon cuando no me he movido de él?

---Perdonad, señorita, si os digo que no es así, contestó Nicolasa.

--Pues, entonces dónde estaba?

--Debeis saberlo mejor que yo, contestó Nicolasa encojiéndose de hombros.

--Creo que te engañas, Nicolasa, dijo Andrea con la mayor dulzura; no me he movido de mi asiento, y recuerdo solamente haber tenido frio, y haber experimentado cierta pesadez y grande dificultad para levantarme y andar.

--Oh! dijo Nicolasa riendo, pues cuando yo os vi andabais muy bien.

--Me has visto?

--Sí, señora, os he visto.

--Sin embargo, ahora mismo decias que yo no estaba en el salon.

---Es que no fué en el salon donde os vi, señorita.

--Pues dónde estaba yo?

--En el patio, al pié de la escalera.

--Yo! dijo Andrea.

--Vos misma; creo que os conozco muy bien; seño-

rita, dijo Nicolasa con una sonrisa que afectaba sinceridad.

--Sin embargo, estoy segura de no haberme menado del salon, replicó Andrea llamando cándidamente en su auxilio á todos sus recuerdos.

--Y yo, dijo Nicolasa, estoy segura de haberos visto en el patio, y hasta creí, añadió redoblando su atencion, que volvais de pasear por el jardin, pues luego de apaciguada la tempestad, quedó la noche tranquila y deliciosa. Es agradable pasearse de noche; el aire es mas fresco, las flores huelen mejor, ¿no es así, señorita?

--Bien sabes que no me atrevo á pasearme de noche, dijo Andrea sonriendo, porque tengo mucho miedo.

--Paseándose con compañía, replicó Nicolasa, no se tiene miedo.

--? Y con quién quieres tú que me pasee? dijo Andrea, que estaba lejos de ver un interrogatorio en todas las preguntas de su camarera.

No juzgó á propósito Nicolasa llevar mas adelante la investigacion. Aquella sangre fria que le parecia el colmo de la falacia, la asustaba y por lo mismo creyó conveniente dar otro giro á la conversacion.

--Deciais, señorita, que sufriais?

--Sí, en efecto, sufro mucho, contestó Andrea; estoy cansada, rendida, y esto sin razon alguna, pues ayer he hecho lo que hago todos los dias. ¿Si iré á ponerme enferma!

--Oh! dijo Nicolasa, algunas veces tiene uno penas....

--Y qué? preguntó Andrea.

--Las penas producen el mismo efecto que la fatiga. Yo sé eso por experiencia.

--Como! tienes tú penas, Nicolasa?

Estas palabras fueron pronunciadas con una especie tal de desdeñosa negligencia, que dió á Nicolasa valor para romper su reserva.

--Si, señorita, contestó bajando los ojos, si, tengo penas.

Andrea se bajó negligentemente de su cama, y desnudándose para vestirse de nuevo, dijo:

--Cuéntame eso.

--En efecto, venia precisamente para deciros... Nicolasa se calló de repente.

--Para decirme qué? Dios mio! estás pálida Nicolasa.

--Si, señorita, cansada como vos, sin duda padecemos ambas.

Esta última frase desagradó á Andrea, que frunció el ceño y lanzó esta exclamacion:

--Ah!

Pero Nicolasa se admiró muy poco de la exclamacion, á pesar de que la entonacion con que fué pronunciada hubiera debido hacerla reflexionar.

--Puesto que lo quereis, dijo, comienzo.

--Veamos, respondió Andrea.

--Quisiera casarme, señorita, continuó Nicolasa.

--Bah! exclamó Andrea.... piensas en eso, y no tienes todavía diez y siete años.

--Y vos no tenéis mas que diez y seis.

--Y qué?

--Y qué! aun cuando no tengais sino solo diez y seis, ¿no pensais algunas veces en casaros?

--Que prueba tienes para pensar así? preguntó severamente Andrea.

Nicolasa abrió la boca para decir una impertinencia pero sabia que esto seria cortar enteramente la explicacion, que aun no estaba muy adelantada, y mudando de parecer dijo:

--En resumidas cuentas; yo no puedo saber lo que pensais; soy una campesina, y obro segun la naturaleza.

--Bellísima palabra.

--Cómo! no es natural amar á uno y desear ser correspondida?

--Es posible; y que tenemos con eso?

--Que amo á uno.

--Y ese uno, te ama?

--Creo que sí.

Comprendió Nicolasa que en aquel instante la duda tenia poca fuerza, y que en semejante ocasion era necesaria la afirmativa.

--Es decir; que estoy seguro de ello, añadió.

--Muy bien; segun veo, aprovechas tu tiempo en Taverny.

--Es menester pensar en el porvenir. Vos, que sois una señorita, tendreis sin duda una fortuna de algun pariente rico; pero yo, que no tengo parientes, no podré contar sino con lo que bucnamente encuentre.

Como todo esto parecia muy natural á Andrea, olvidó poco á poco el tono conque habian sido pronunciadas las palabras que tan mal le habian parecido, y triunfando su bondad natural dijo:

—Y con quién quieres casarte?

—Oh! con uno que conoçais, dijo Nicolasa fijando sus dos hermosos ojos en los de Andrea.

—Que yo conozco?

—Perfectamente.

—Quién es? sepamos.

—Temo que os desagrado mi eleccion.

—A mí?

—Si.

—Luego la juzgas poco conveniente.

—No digo eso.

—Pues bien, entonces habla sin temor; es un deber en los amos interesarse por los criados que bien les sirven, y yo estoy contenta de ti.

—Sois muy buena.

—Habla pronto, y acaba de una vez con tus rodeos.

Reunió Nicolasa todas sus fuerzas y toda su penetracion.

—Pues bien, es... es Gilberto, dijo.

Con no poco asombro de Nicolasa, Andrea no frunció el ceño siquiera.

—Gilberto, el hijo de mi nodriza?

—El mismo, señorita.

—Cómo! es ese muchacho con quién quieres casarte.

—Sí, señorita, él es.

—Y él te ama?

Nicolasa creyó llegar al momento decisivo.

—Me lo ha dicho veinte veces, respondió.

—Oh! pues entonces, cástate, dijo tranquilamente Andrea; no veo en ello ningun obstáculo. Tú no tienes ya parientes; él es huérfano, y sois dueños de vuestra suerte.

—Sin duda, balbuceó Nicolasa estupefacta de ver llegar el desenlace de aquella escena de una manera tan poco conforme con sus previsiones. ¿Permitís pues?

—Con mucho gusto; el único inconveniente que hallo, es que ambos sois muy jóvenes.

—Así podremos vivir mas tiempo juntos.

—No sois ricos ni el uno ni la otra.

—Trabajaremos.

—En qué ha de trabajar el que no es bueno para nada?

Por lo pronto Nicolasa no acertó á pronunciar una palabra, pues tanto disimulo la tenia sorprendida.

—Dispensadme si os digo que tratais muy mal á ese pobre Gilberto.

—Diantre! exclamó Andrea: le trato como merece: es un perezoso.

—Oh! señorita, el pobre está leyendo siempre y no desea mas que instruirse.

—Lleno de mala voluntad, continuó Andrea.

—Pero no para vos, señorita, replicó Nicolasa.

—Cómo?

—Lo sabeis mejor que nadie, señorita, pues le mandais cazar para el regalo de vuestra casa.

—Yo!

—Y le haceis andar algunas veces diez leguas antes de encontrar una perdíz.

—Confieso á fé mia que jamás he prestado la menor atencion.

—En la perdiz? dijo Nicolasa riendo.

Acaso se hubiera reido Andrea de aquella salida sin profundizar toda la hiel que el sarcasmo de su doncella a brigaba, si se hubiera hallado en su disposicion ordinaria de espíritu; pero sus nervios temblaban como las cuerdas de un instrumento que una mano profana acaba de agitar, y nerviosos estremecimientos precedian á cada acto de su voluntad y á cada movimiento de su cuerpo. El menor rasgo de agudeza era para ella una dificultad que queria vencer á toda costa.

—Veamos, qué quiere decir lo del talento? preguntó Andrea reanimándose de repente, y recobrando con la impaciencia toda la perspicacia que su malicia le impedia tener desde el principio de la escena.

—Yo no tengo talento, señorita, dijo Nicolasa; el talento es bueno para las grandes señoras. Yo no soy mas que una pobre muchacha, que digo buenamente lo que tengo que decir.

—Pero que es lo que tienes que decir? sepamos.

—Que calunnias á Gilberto, el cual os guarda todas las atenciones que os son debidas. Esto es lo que tengo que decir.

—No hace mas que su deber como criado.

—Es que Gilberto no es criado, señorita, puesto que ningun salario cobra.

—Es hijo de nuestros antiguos colonos; se le dá casa y comida y nada hace en cambio del alimento y de la habitacion que se le dá; cosa tanto peor para él,

porque viene á ser como si lo robase. ¿Pero dónde queréis venir á parar, y por qué defendéis tan acaloradamente á ese jóven á quien nadie ofende?

—Oh! ya sé que no le ofendeis, dijo Nicolasa con una sonrisa terriblemente sarcástica: todo lo contrario.

—He ahí otras palabras que no comprendo.

—Porque no queréis comprenderlas.

—Basta ya, dijo Andrea severamente: exijo que me expliquéis ahora mismo lo que queréis decir.

—Mejor que yo lo sabeis.

—No: nada sé y sobre todo nada adivino, porque me falta tiempo para adivinar vuestros enigmas. Me pedís mi aprobacion á vuestro casamiento?

—Sí, señorita, y os suplico que no me odieis por mas que Gilberto me ame.

—Y qué me importa á mí que Gilberto os ame ó deje de amaros! Por cierto que estais todo lo mas fastidiosa que puede estarse.

Nicolasa se empujó sobre sus menudos pies como un gallito sobre sus espolones y la cólera tanto tiempo encerrada en su interior, estalló por un fin ruidoso y terrible.

—Despues de eso, dijo, tal vez háyais dicho la misma cosa á Gilberto.

—Hablo yo acaso con vuestro Gilberto? Dejádme en paz, estais loca.

—Sí señora que le hablais, y eso sin que haya pasado mucho rato desde vuestra última conversacion.

Adelantóse Andrea hácia Nicolasa lanzándole una mirada desdeñosa.

—Mas de una hora hace que estais por decir alguna impertinencia. Decidla puez, pero que sea pronto; así acabaremos de una vez.

—Pero... dijo Nicolasa algo conmovida.

—Decís que he hablado á Gilberto?

—Sí, señorita, lo digo.

Un pensamiento que por mucho tiempo habia considerado como imposible acudió de pronto á la imaginacion de Andrea.

—¿Tienes acaso celos de mí, infeliz? dijo soltando una carcajada. Tranquilízate, pobrecilla: yo no miro á tu Gilberto, y no sabria decirte siquiera de qué color es su rostro.

Andrea se sentia dispuesta á perdonar lo que segun ella, no era ya una impertinencia; sino una locura.

No era esta sin embargo la cuenta que allá en sus adentros se habia echado Nicolasa; considerándose ofendida y no queria perdon.

—Lo creo, replicó, porque el verle de noche no es el mejor medio para enterarse de ello.

—Qué estais diciendo? preguntó Andrea, que comenzaba á comprender, pero que aun no acertaba á creer.

—Digo, que si no hablais á Gilberto mas que de noche, como lo habeis hecho ayer, ya se ve que no es el mejor medio para enterarse minuciosamente de su rostro.

—Exijo que os espliqueis inmediatamente, dijo Andrea cubierto el semblante de mortal palidez.

—Oh! nada mas fácil señorita, dijo Nicolasa abandonando todo su plan de prudencia... he visto esta noche.

—Cállate! porque me parece que están llamando, dijo Andrea.

Efectivamente una voz gritaba desde el jardín:

—Andrea! Andrea!

—Es vuestro padre, señorita, dijo Nicolasa: le acompaña el forastero que ha pasado aquí la noche.

—Oh! pues entonces, aprisa, baja y díles que no puedo contestar... porque me siento mala, porque estoy muy cansada y vuelve para que acabemos como conviene tan estraña conversacion.

—Andrea! gritó otra vez el baron, es el señor de Bálamo que quiere solamente darte los buenos dias.

—Id, os digo, repitió Andrea mostrando la puerta á Nicolasa con un ademán de majestad que hubiera envidiado una reina.

Nicolasa obedeció, como se obedecía á Andrea cuando mandaba: sin replicar, sin fruncir el ceño.

Pero cuando la doncella hubo partido, Andrea experimentó cierta cosa estraña; por muy resuelta que estubiese á no presentarse, se sintió, como arrastrada por un poder superior é irresistible hácia la ventana que Nicolasa habia dejado entreabierta.

Entonces vió á Bálamo que la saludaba profundamente fijando en ella sus ojos.

Sintió Andrea que iban á faltarle las fuerzas, y para no perder el equilibrio se apoyó en la ventana.

—Muy buenos dias, caballero, contestó ella á su vez.

Fueron pronunciadas estas palabras precisamente en el momento en que Nicolasa, que acababa de avisar al baron que su hija no contestaria, quedábase estupefacta y con la boca abierta, sin comprender nada de aquella caprichosa contradiccion.

Casi al mismo tiempo, perdiendo Andrea enteramente sus fuerzas, cayó casi desvanecida en un sillón.

Bálsamo siguió con los ojos fijos en la ventana.



XII.

Al despertar.

Muy de madrugada se había levantado el viajero con objeto de encaminarse al coche é informarse de la salud de su maestro Althotas.

Todos dormían aun en el castillo, excepto Gilberto, que oculto en un cuarto que habitaba en la puerta de entrada, había cuidadosamente seguido las maniobras de Bálamo é interrogado todos sus pasos.

Pero Bálamo se había retirado, cerrando la puerta del apartamento contiguo al de Althotas, y se halló lejos ántes que Gilberto hubiese puesto el pié en el umbral.

No poco sorprendió á Bálamo, al dirigirse hácia el bosquecillo, el pintoresco cambio que la luz del día

producía en el cuadro que tan lúgubre y sombrío le pareciera la víspera.

El pequeño castillo blanco y rojo, pues, estaba hecho de piedras y ladrillos, se hallaba coronado de un bosque de sicomoros y ébanos inmensos, aromatizados ramajes caían sobre su techo y ceñían los pabellones como coronas de oro.

Enfrente sobre el parterre, un estanque de 30 pasos cuadrados, ceñido de césped y de una ancha hilera de salices, formaba un delicioso reposo para la vista fatigada por este lado á causa de la altura de los castaños y de los polvos del camino.

A cada lado de los pabellones subía hasta un frondoso bosquecillo, asilo de multitud de pájaros, cuyo cántico matinal se oía desde el castillo, subía, pues, una ancha calle de arces, de plátanos y de tilos. Bálamo tomó el sendero de la izquierda, y no había dado aun veinte pasos, cuando se encontró en una verde espesura de rosas y geringuillas, en cuyos cálices entreabiertos brillaban aun como menudas puntas de diamantes las gotas que en ellos dejara la tempestad de la víspera. Por debajo de los liguetros penetraban las madreselvas y jazmines, y una larga calle de lirios entremezclados de fresales se perdía bajo la sombría bóveda de un bosque en el que formaban mil caprichosos laberintos los cambrones en flor y las enredaderas.

Bálamo llegó así hasta la parte culminante del terreno, y allí vió las ruinas majestuosas todavía de un castillo descañando sobre la mitad de una torre

en medio de un enorme monton de piedras, sobre las cuales serpenteaban grandes guirnaldas de yedra y de trepadoras solanas, esos salvajes hijos de la destruccion que la naturaleza ha colocado sobre las ruinas para indicar al hombre que tambien son fecundas las ruinas.

Si bien se consideraba, el dominio de Taverney, limitado á trescientas sesenta y cuatro fanegas de tierra, no carecia de dignidad ni de gracia. La casa parecia á esas cavernas cuya entrada embellece la naturaleza con sus flores, sus curvaderas y caprichosa fantasia de sus grupos de rocas, pero cuya desnudez exterior espanta y ahuyenta al extraviado viajero, que pide á esas rocas un asilo.

Al volver Bálamo de su paseo por entre las ruinas, vió al baron, encerrando su floxa persona en su gran bata de indiana, salir de la casa por una puerta lateral que daba á la escalera, y recorrer el jardin, limpiando sus rosas y aplastando con su pié los gusanillos.

Dirijiose Bálamo á su encuentro.

—Caballero, le dijo con una politica tanto mas estudiada, quanto que de antemano habia sondeado la pobreza de su huésped; perimitidme que os presente mis excusas al mismo tiempo que mis respetos. Bien es cierto que hubiera debido esperar que despertaseis para bajar, pero el golpe de vista que por la madrugada presenta Taverney me ha seducido desde mi ventana, y he querido ver de cerca este hermoso jardin y estas pintorescas ruinas.

—Las ruinas son efecto bellísimas, señor mio, respondió el baron despues de haber devuelto sus cumplidos á Bálamo; pero tambien deho deciros, y así lo conoceréis que son lo único bueno que hay aquí.

—Era esto un castillo? preguntó el viajero.

—Sí; el mio, ó mas bien de mis ante-pasados, se llamaba Casa-Roja, y por mucho tiempo hemos llevado este nombre unido con el de Taverney. La baronia es tambien la de Casa-Roja. Pero, mi querido huésped, no hablemos ya de lo que no es.

Bálamo se inclinó en señal de asentimiento.

—Por lo que á mí toca, señor baron, continuó Taverney, deseaba presentaros mis excusas. Mi casa es pobre y así os lo habia advertido.

—Me encuentro en ella admirablemente bien, señor.

—Una pocilga, mi querido huésped, una pocilga, dijo el baron, un nido á que las ratas principian á tomar cariño, desde que las zorras, los lagartos y las culebras las han hechado del otro castillo. ¡Ah pardiez! continuó el baron, vos, que sois hechicero ó cosa por el estilo, deberíais levantar con vuestra varita el viejo castillito de Casa-Roja, y no olvidad sobretudo las mil fanegas de prados y bosques que formaban su circuito. Pero apuesto á que en lugar de pensar en eso habeis tenido la política de dormir en una execrable cama.

—Oh! nada de esto, señor baron.

—A un lado los cumplimientos, mi querido hués-

ped; la caña es execrable, lo conosco, es la de mi hijo.

—Os juro, señor baron, que tal como es la caña me ha parecido excelente. De todos modos, estoy confundido por vuestra excesiva bondad hacia mí, y quisiera con todo mi corazón probároslo, haciéndoos un servicio cualquiera.

Taverney continuó en tono zumbon:

—Pues bien, le dijo mostrándole á La-Brié que le traía un vaso de agua pura en un magnífico plato de Sajonia: se os presenta la ocasion, señor mio; haced por mí lo que Jesucristo hizo en la boda de Canaán; trocad esta agua en vino, pero en vino de Borgoña á lo ménos, en Chambertin, por ejemplo, y me hareis en este momento el servicio mayor y mas grande que pudiérais hacerme.

Sonrióse Bálamo por única respuesta, y tomando el viejo Taverney aquella sonrisa por una completa negativa, tomó el vaso y apuró de un sorbo su contenido.

—Excelente específico, dijo Bálamo. El agua es el mas noble de los elementos, baron, puesto que sobre ella fijó Dios su espíritu ántes de la creacion del mundo. Nada resiste á su accion; horada la piedra, ¿y quién sabe si algun día no se verá que disuelve el diamante?

—Pues bien, el agua me disolverá, dijo el baron; ¿queréis beber conmigo, mi querido huésped? Ella tiene sobre mi vino la ventaja de ser un excelente digestivo; oh! todavía queda: no es como mi marrasquino.

—Si hubiéscis añadido á vuestro vaso otro para mí

querido huésped, acaso habría podido sacar de semejante atención un medio de seros útil.

—Muy fácilmente puede ser remediada esta falta. Es tiempo aun?

—Oh, Dios mío! sí. Mandad á ese buen hombre que me traiga un vaso de agua muy pura.

—La-Brie, oia? dijo el baron.

Partió La-Brie, con su actividad ordinaria.

—Cómo! dijo el baron volviéndose hácia su huésped, ¿será posible que el vaso de agua que bebo todas las mañanas contenga propiedades ó secretos que yo ni siquiera sospecho? Habré, pues, hecho dediez años á esta parte cosas pertenecientes á la alquimia, del mismo modo que M. Jourdain hacia prosa sin saberlo?

—Iguro lo que habeis hecho, contestó gravemente Bálzamo, pero sé lo que yo voy á hacer.

Volviéndose en seguida hácia La-Brie, que había desempeñado su cometido con una rapidéz milagrosa, dijo:

—Gracias, amigo.

Y cogiendo el vaso con una mano, lo alzó hasta la altura de sus ojos, los cuales fijó en el líquido que contenia el cristal, sobre el que pintaba la luz del día los hermosos y variados colores del arco iris.

—Es muy hermoso lo que se vé en un vaso de agua, ¿no es verdad? dijo el baron.

—En efecto, señor baron, respondió el forastero; hoy á lo menos es muy hermoso.

Y redoblaba Bálzamo su atención entanto que bien á pesar suyo le seguia el baron con los ojos, y en tan-

to, que el estupefacto La-Bric continuaba presentándole su plato.

--¿Qué es lo que ahí estais viendo querido huésped? continuó el baron en tono de burla. En verdad que no puedo contener ya mi impaciencia. ¿Una herencia para mí? Una nueva Casa-Roja que me ayude á salir de apuros?

--Veo aquí la invitacion que voy á transmitir os para que esteis prevenido.

--De veras? Debo ser atacado?

--No, pero debeis recibir esta misma mañana una visita.

--Entonces habeis dado cita á alguno en mi casa. Dispensadme si os digo que habeis hecho muy mal pues os advierto que acaso no haya perdicés.

--Lo que tengo el honor de deciros es sério, mi querido baron, replicó Bálzamo, y de la mas alta importancia; alguien en este momento mismo se halla en camino para Taverney.

--Por que casualidad, Dios mio! Y que especie de visita es? Instruidme, mi querido huésped, os lo suplico, pues os confieso que toda visita es importuna para mí; ya lo habeis conocido por el recibimiento algo frio que os he hecho. Hablad, mi querido hechicero, y sobre todo hablad claro, si es que os es posible.

--No solamente puedo, sino que debo decir, para que no tengais que demostrarme vuestro agradecimiento, que me es sumamente fiel.

Y Bálzamo volvió á fijar su ojo escrutador sobre la opalada capa que en el vaso ondulaba.

--Veis algo? preguntó el baron.

--Sí, por cierto,

--Hablad, pues.

--Veo venir una persona de alta condicion.

--Bah! de veras? y esa persona viene así, sin ser convidada por nadie?

--Se ha convidado á sí misma. Es conducida por vuestro hijo.

--Por Felipe?

--Por él mismo.

El baron soltó aquí una carcajada que no hacia mucho honor al hechicero.

--Ah! ah! dijo: conducida por mi hijo!..... ¿decís que esta persona es conducida por mi hijo?

--Sí, baron.

--Es decir entonces que conocéis á mi hijo?

--Vaya, si le conozco!

--Y en dónde está ahora?

--A media legua, ó acaso á un cuarto de legua.

--De aquí?

--De aquí.

--Amigo huésped, mi hijo está en Strasburgo, donde se halla de guarnicion, y á no ser que se esponga á ser declarado desertor, lo que no hará; os lo juro, no puede conducir á nadie.

--Sin embargo, os conduce á una persona, dijo Bálamo consultando siempre su vaso de agua.

--Y esa persona, preguntó el baron, ¿es un caballero ó una dama?

--Es una dama, baron, y muy principal. Ah!

oid una cosa particular, estraña!

—Es importante? preguntó el baron.

—Tambien.

—En ese caso acabad.

—Harías bien en alejar á vuestra camarera, á esa bribonzuela, que tiene segun vos las manos tan lindas.

—Y por qué motivo he de alejarla?

—Porque Nicolasa Legay se parece muchísimo á la persona que vá á venir aquí.

—Y decís que es una dama principal la que se parece á Nicolasa; ¿no veis que esto es una contradiccion?

—No hay tal contradiccion. Acuérdomé que compré cierta vez una esclava que se parecia de tal modo á la reina Cleopatra, que se trató de conducirla á Roma para hacerla figurar en el triunfo de Octavio.

—Bueno: hé ahí lo que os condena, dijo el baron.

—En fin aprovechaos como gasteis del aviso que os he dado, amigo baron, pues ya comprendereis que la cosa no me interesa á mí, sino á vos solamente.

—Pero en qué puede ofender á la persona que me llega, esa semejanza de Nicolasa?

—Suponed que sois rey de Francia, lo que no os deseo, ó el delfin que es mucho ménos: ¿os gustaría, al entrar en una casa, hallar en el número de los criados de ella un retrato de vuestra augusta fisonomía?

—Ah! diablo, dijo el baron: hé ahí un dilema de los mas fuertes: ¿y qué resultaria de lo que decís?...

--Que la muy alta y muy poderosa señora que vá á venir se alegreria muy poco de ver su vivo retrato en saya corta y pañoleta de algodón.

--Pues bien! dijo el baron siempre riendo, pensarémos en ello cuando sea necesario. Pero mirad, lo que mas me regocija en todo eso es mi hijo. Ese querido Felipe á quien una feliz casualidad vá á traernos sin gritar siquiera: allá voy!

Y púsose á reir el baron á carcajada tendida.

--Segun eso, dijo gravemente Bálamo, ¿mi prediccion os causa placer? tanto mejor, por vida mia, pero en vuestro lugar, baron....

--Vamos á ver, qué hariais en mi lugar?

--Daria algunas órdenes, tomaria algunas disposiciones....

--Sí?

--Sí.

--Pensaré en ello, querido huésped, pensaré en ello.

--Si es que no os queda tiempo.

--Decis eso con toda seriedad?

--No que no! os lo repito, baron, si deseais recibir con toda la dignidad á que es merecedora, á la persona que os hace el favor de visitaros, no debeis perder ni un minuto.

Meneó el baron su cabeza en señal de incredulidad.

--Creo que dudais, dijo Bálamo.

--Pardiez, mi querido huésped, confieso que teneis que habérosla con un incrédulo muy duro.

En este momento fué cuando el baron se dirigió

hacia el lado del pabellon de su hija, y cuando la fascinadora mirada de Balsamo la atrajo á pesar suyo cerca de la ventana.

Nicolasa estaba allí mirando con asombro á La-Brie que le hacia señas que procuraba adivinar.

--Es sumamente difícil de comprender, repetia el baron y á menos que no vea....

Entonces, puesto que necesitais absolutamente ver, volveos, dijo Balsamo alargando la mano hácia el camino por el cual avanzaba á todo escape un ginetete, cuyo caballo hacia estremecer la tierra bajo sus cascos.

--Oh! oh! exclamó el baron, allí viene en efecto...

--El señorito Felipe! dijo Nicolasa empuñándose sobre la punta de sus piés.

--Nuestro joven amo, exclamó La-Brie dando un grito de júbilo.

--Mi hermano! mi hermano! exclamó Andrea, sacando los dos brazos por la ventana.

--Será por casualidad vuestro hijo, querido baron? pregunto Balsamo con aire de indiferencia.

--Sí, pardiez! sí, es él mismo, contestó el baron estupefacto.

--Ah! pues esto no es mas que el principio de lo que os decia, añadió Balsamo.

--No hay duda, sois un hechicero, dijo el baron.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del forastero.

El caballo aparecia cada vez mayor, y pronto se le vió bañado de sudor y rodeado de un vapor húmedo atravesar las últimas hileras de árboles, y todavía

corria cuando un jóven oficial de mediana estatura, cubierto de lodo y animado el rostro por la rapidéz de su carrera, saltaba de su corcel y venia á estrechar entre sus brazos á su padre.

--Cáspita! decia el baron que veia derribados sus principios de incredulidad. Cáspita!

--Sí, padre mio, decia Felipe viendo en la fisonomía del viejo un resto de duda: soy yo, yo mismo.

--Ya se vé que eres tú, ninguna duda me cabe en ello, contestó el viejo baron; ¿pero por qué casualidad eres tú?

--Padre mio, dijo Felipe, un gran honor está reservado á nuestra casa.

--El anciano levantó la cabeza.

--Una visita ilustre se dirige hácia Taverney; ántes de una hora estará aquí María Antonia Josefa, archiduquesa de Austria y delina de Francia.

Dejó caer el baron sus brazos con tanta humildad, como sarcasmo é ironía habia mostrado, y volviéndose hácia Bálamo, le dijo.

--Perdonad.

--Caballero, dijo Bálamo saludando á Taverney, os dejo con vuestro hijo, pues hace mucho tiempo que no os veis, y debéis tener mil cosas que contaros.

Y Bálamo, despues de haber saludado á Andrea, que, alegre con la llegada de su hermano, se precipitaba á su encuentro, se retiró haciendo una seña á Nicolasa y á La-Brie, quienes no hay la menor duda que le entendieron, pues que fuéronse tras él desapareciendo los tres bajo la verde bóveda de la alameda.